



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN,  
CULTURA Y DEPORTE



*Tristeza andaluza*

NICOLÁS MARÍA LÓPEZ





BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

NICOLÁS MARÍA LÓPEZ

*Tristeza andaluza*



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

## [el autor]

Nicolás María López Fernández-Cabezas (1863-1936) nace en Santa Fe (Granada), como hijo primogénito de una familia acaudalada. Pero será en su deseada capital donde crecerá, cursará estudios de Filosofía y Letras y Derecho y desarrollará su fructífera carrera literaria.

Trasladado a Madrid en 1884, tras una estancia más prolongada de lo deseado para doctorarse, y tras aprobar varias oposiciones, consigue volver a Granada, como Archivero y Bibliotecario.

Tres años después de su regreso, a finales de 1892, se casa muy enamorado, pero su mujer, enferma de tuberculosis, fallece en julio de 1897. Sumido en la desesperación, comienza su amistad con Ángel Ganivet y se adscribe a *La Cofradía del Avellano*, grupo de cuatro escritores con los que colabora en *El Libro de Granada*. Al poco, publica *En Sierra Nevada* (1900), donde relata la excursión que realizan un grupo de compañeros, *Diez Amigos Limited*, en un volumen lleno de curiosas peripecias y narrado en un tono de fina ironía.

Finalmente, en 1903, es nombrado notario de Granada y pocos meses después contrae matrimonio en segundas nupcias, con lo que su vida se ve doblemente encauzada.

En 1915, siendo ya un autor consagrado, adquiere, en el barrio del Albayzín, el precioso “Carmen de los Cipreses”, donde transcurrirá su vida hasta sus últimos días, dedicado casi exclusivamente a su numerosísima prole y a las obras de acondicionamiento de la casa.

En enero de 1936 publicará su epistolario con Ganivet, y once meses después, el día 9 de diciembre, fallecerá, nunca repuesto del brutal impacto que supuso para él el inicio de la Guerra Civil, en la que pierde brutalmente asesinados a sus amigos más jóvenes, como Federico García Lorca y Constantino Ruiz Carnero.

## [la obra]

En 1899 ve la luz su libro más interesante y de más éxito, *Tristeza andaluza*. Se trata de un volumen de prosa costumbrista, muy próximo al mejor modernismo andaluz y que será acogido, en el ambiente intelectual granadino, como un verdadero acontecimiento. En él se recogen cuarenta y una estampas o cuadros breves que constituyen meditaciones en prosa poética sobre el ambiente granadino, escritos en un tono entre melancólico y triste.

Por otro lado, la obra llegó a trascender las fronteras nacionales, puesto que un hispanista francés como Ephrem Vicent le dedicó un elogioso artículo en el *Mercure de France*.

El título que Nicolás María López elige para su obra resulta altamente significativo, y se puede poner en relación con una corriente minoritaria, que, vinculada con la renovación literaria del modernismo, intenta huir del tópico manido de la Andalucía perennemente ruidosa y festiva... De esa «triste Andalucía» que llora, mediante cuya evocación se persigue una intensificación del sentimiento y la autenticidad, guiándonos por las fechas, había sido pionero Nicolás María López...

*Colección Una Galería de Lecturas Pendientes*

Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Educación, Cultura y Deporte  
© 2013 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Educación Cultura y Deporte  
© de la traducción, notas y posfacio: Amelina Correa Ramón  
Diseño: Carmen Piñar  
ISBN: 978-84-9959-158-2

Ilustración de cubierta: *Cipreses dorados* (Granada), Santiago Rusiñol, 1908.

# índice

NOCHE DE LUNA	11
EN LA PLAYA	13
CARMEN	19
ALMAS SOLITARIAS	33
LO QUE DIJO LA BRISA	37
EL SECRETO	41
REMORDIMIENTO	51
CREPÚSCULOS GRANADINOS	55
EVOCACIÓN	57
LA HERENCIA	61
SUEÑO	69
LOS PIES DE LA MUERTA	73
ISABEL	77
EL ÚLTIMO ROMÁNTICO	81
EPISODIO DEL DRAMA UNIVERSAL	89
INDOMABLE	93
JUICIO DE DESAHUCIO	97
TIERRA HUMILDE	101
ESTADO DE ALMA	103
LUZ	117
AMANECIENDO	121
GRANADA	125
DESPEDIDA	129
EL CASTIGO	135
FIN DE SIGLO	139
LAS PRIMERAS ESCENAS	143
HISTORIA BREVE	155
NUEVA PRIMAVERA	163
PIDIENDO IMPOSIBLES	167
EN EL CARMEN	171
LAS HORAS MUERTAS	175
TORMENTA	179
DE PASO	183
EL SERMÓN	187
LO QUE QUEDA	193
EL HERMANITO	197
LA CUESTA DE LOS MUERTOS	201
AMBIENTE DE IDILIO	205
EL ALBA	213
BRINDIS EN LA ALHAMBRA	217
TARDE GRANADINA	223

## POSFACIO

NICOLÁS MARÍA LÓPEZ: cautivado en el país de los sueños Amelina Correa Ramón	229
---	-----



*EN días de materialismo y ambiciones, las almas sencillas, que aman y sufren en silencio, se ocultan, rebuyendo turbadas el remolino de la vida, acercándose, como la hoja que arrastran las aguas, á los tranquilos remansos.*

*Cuando parece que agonizan los ideales y se desconyuntan los resortes interiores de un pueblo, los poetas claman como Jeremías ó fustigan con la sátira como Juvenales; los pensadores quieren destruir ó pretenden crear; los literatos y artistas vacilan, y se hacen catequizadores ó visionarios aterrizados; la literatura se transforma en polémica y el arte en audaces ensayos...*

*Sin embargo, en medio de este desasosiego, muchas almas desean el descanso, y vuelven el rostro con hastío á los problemas de la sociedad, para pensar en los misterios del corazón. A estos espíritus que gustan de lo sencillo, quisiera hablarles y distraerlos con cuentos inocentes, impregnados de la melancolía que ellos sienten, revelarles el vacío angustioso de las almas sin fe ni amor, ó pintarles con tintas violadas las tristezas del pecado.*

*No lo conseguiré, porque los nimios asuntos de este pequeño libro son demasiado insignificantes; mas para ellos, y para mi querido público de cariñosos amigos de este poético rincón granadino, se publica. De sobra sé que carece de alardes de imaginación; pero también lo insignificante, si es sentido, puede tener valor estético; á veces la belleza de un paisaje no está en las altas montañas, ni en la oscuridad de los bosques, ni en el resonar de cascadas y vientos, sino en los puntos rojos con que salpican una árida ladera delezna-  
bles amapolas...*

*Miremos con benevolencia al que se entretiene en contar ingenuamente sus inquietudes y tristezas, amores y desencantos. Peor es ambicionar como un loco; encanallarse con la vida bárbara que pasa; seguir los rumbos de la ignorancia salvaje, que todo lo nivela con arreglo á patrones grises, y encuentra ridículo lo que es sentimental é íntimo, dejando los corazones arrugados como frutos secos...*

*Esta literatura de la juventud no tiene importancia social; mas es la trama de la vida; es como dice Menéndez Pelayo, «la red de ensueños y de dolores, de cuyas mallas, que parece que un niño rompería, no hay corazón humano que escape, porque todos encuentran allí algún fragmento de su propia historia».*

*Este librito no vale nada; pero es enteramente original y espontáneo; y si parece lánguido y monótono, considere el lector que ha nacido de la pereza granadina, en días de laxitud, contemplando las nieves perpetuas del Mulhacen, el círculo azul de nuestras montañas, y la soñolienta hermosura de nuestra vega...*



## NOCHE DE LUNA

Es una noche clara, trasparente, profundamente silenciosa, íntimamente expresiva. Parece que el cielo se ha dormido. La brisa es fresca, tenuísima, suave como el aliento de un niño: y se siente que pasa acariciando lentamente, recitando misteriosas frases apasionadas, suspirando intensísimas nostalgias...

La luna llena, hermosa y solitaria, rutilante en medio del espacio, como pupila abierta en la oscuridad, esparce su luz clara, igual y tranquila, que tiene el desmayo de un éxtasis prolongado, de un ritmo suavísimo y sublime...

Aquella luz plateada parece que llora al entrar en el misterioso palacio árabe, bañándolo en ondas azules; suspira entre los arrayanes de los cármenes, y gime de amor, de amor profundo, devorador y triste, de virgen semita.

Sólo se oye el rumor de las hojas que se agitan estremecidas; aquel eco leve semeja el crujir de un vestido allá en las sombras del jardín... ¿Qué sentirán las hojas cuando el aire de la noche llega con sus labios húmedos á besarlas y decirles: «No durmais, por Dios, como los hombres que se hastían; vivamos nosotros siempre en la eterna vaguedad de la belleza?...»

La ciudad está callada; en completo silencio; duerme la prosa; lo que debe dormir; duerme la palabra; la voz humana torpe y ruidosa; los ecos de la vida material; duerme la Granada tosca; pero está despierta la Alhambra, murmura el Dauro, se oye el canto de los arroyos y el rumor de las fuentes, y desde la cumbre del Veleta á las rosas de los Adarves, desde el fondo oscurísimo del bosque hasta la altivas salas de mármol de las torres árabes, cuyos minaretes abiertos dejan entrar la luz azul de la noche, circulan torrentes de poesía, corrientes invisibles de amor, de tristeza andaluza, la más honda y penetrante, porque es el recuerdo, la nostalgia de lo imposible, el fuego de la pasión árabe espiritualizado por la muerte, la leyenda adherida á las moriscas ruinas, la tristeza del amor que pasa...

¡Profunda melancolía del amor! Allí en los rincones de los Adarves, en aquel jardín levantado en lo alto, tan cerca del cielo, tan pequeño y tan lleno de flores; en aquel oasis, en aquella proa de barco soñado por el amor, para cruzar á Granada, dos almas vivieron un momento en el infinito; y no descendieron, no, ¡maldito el que piense mal! á la oscuridad de la materia, sino que rieron y lloraron; y aquella noche lo amaron todo, todo lo que iluminaba la luz blanca de la luna, los rojos ladrillos de las murallas, los fríos troncos de los álamos, el asiento de piedra, el rincón, el carruaje que brillaba como una góndola de plata...

## EN LA PLAYA

En la costa granadina, donde es más azul el Mediterráneo, entre las rocas pizarrosas y negruzcas, ha abierto la dentellada del monstruo un hueco en forma de herradura, que las olas, con perdurable fatiga, han llenado de menuda arena; y entre la arena y las rocas se esconden unas cuantas casas de pobre aspecto.

El mar llega casi á las puertas, y algunas veces salta furioso sobre los techos de los mezquinos albergues. De ordinario allí reina imponente quietud, solemne y misterioso silencio; solo el rumor del oleaje en la línea ondulante de la playa, que, tostada por el fuego del sol, parece una franja de oro, con encajes de espuma...

La brisa salobre, en aquella soledad, orea las barcas carcomidas de los pescadores, que cruzan, mudos como sombras, entre las redes negras tendidas á lo largo, y, hundidos en la arena, miran inmóviles, con la soñolienta melancolía de la muerte, aquel

eterno horizonte, que alegra sólo la luz de la mañana, cuando pone en las verdes aguas reflejos de plata, y acaricia las rocas inertes...



En medio del pueblecillo hay una casa mejor que las otras; en la pequeña terraza se ven las flores embriagantes del mediodía, y sus habitaciones, de blancas paredes y altos techos, tienen el encanto de la sencillez y el dulce sabor de la resignación.

Allí vivían María y su padre, viejo marino encanecido en las ondas mediterráneas; alma de niño en la ruda corteza de un molusco.

Quería á su hija con pasión. Cuando bogaba en la fragil barca, en esas tardes cenicientas en que el ruido de las olas tiene palabras de amenaza y sus crestas traiciones de odio; cuando veía á sus pies aquel abismo, que siempre contempló sereno, y pensaba en ella, que se quedaba sola en la casa abandonada, sentía en los ojos la humedad de las lágrimas y en el pecho apreturas de angustia; algo como si le faltara el aire y se acabara la luz, una ansiedad cruel, el temor de morir, que hasta entonces no había conocido.

Era que todo lo amable y bello de la vida lo había compendiado en su hija. Lo demás, ¿valía algo?...



Cansado de correr borrascas por todos los mares conocidos, se había escondido en aquel rincón, dejando el navío poderoso por la débil barquilla, y las faenas de altura

por las minuciosas labores de la pesca. Y como quiso anclar de veras, apenas dió fondo se casó.

María recordaba como un sueño las facciones sonrientes de su madre, el calor de sus besos y el apretón de sus caricias. Le parecía verla, con aquel cuerpo tan grande y hermoso, tomarla á ella en brazos, é ir allí, hasta meter los pies en el agua, á esperar la barca donde venía su padre; le parecía también contemplarla, hacendosa y satisfecha, entre el humo de la chimenea, secando las ropas mojadas, ó preparando aquella comida que consumían después, oyendo allá abajo la música inacabable de las olas, que reían unas veces como locas, y se quejaban otras con sombríos rumores...

Recordaba también con el negro relieve de lo trágico, el día terrible: á su madre enferma, suspirando de dolor en el oscuro rincón de la alcoba; á su padre inmóvil, mudo, inconsciente; y ella... temblorosa, asustada, con un miedo vago, tan doloroso que todavía le punzaba el corazón... Luego aquella noche de sombras, de lágrimas, larga como lo infinito y angustiosa como el remordimiento, y á la mañana siguiente, con las primeras luces que entraron por la ventana, á su madre, amarillenta, rígida, dormida para siempre; á su padre inerte, con los brazos cruzados y la cabeza hundida, y al señor Cura, con su negro hábito y la blanca cabeza descubierta, leyendo, pausado y solemne, algo grandioso, palabras de otro mundo que ella no entendía...



María era delgada y esbelta; tenían sus ojos inmensos luz indefinible, en la que se mezclaba algo poético y tierno con lo apasionado y salvaje. Eran sus facciones acentuadas, delicados sus perfiles, expresivo el conjunto. El cabello negro y descuidado

le caía á los lados de la frente pálida, y en sus labios finos asomaba con frecuencia la sonrisa de las almas tristes, que parece el reflejo de una luz lejana, una caricia de despedida.

Hermosa niña, nacida como lirio solitario en la arena de la playa, ¿qué sentía, cómo vivía aquél espíritu que fulguraba en la negrura de sus ojos?... La luz alegre y brillante del amanecer, las neblinas ténues tiñéndose de púrpura, el lánguido desperezo del mar, al despertar sonriendo; las velas de los barcos que huían rápidos como palomas blancas, tal vez le infundieron la esperanza, la dulce inquietud de un amor risueño como el comenzar del día... La melancolía de los crepúsculos, con sus tonos brumosos, cuando en el mar y el cielo se besan entre resplandores de incendio y vapores violados, llevaría á su alma ansias vagas, temores inexplicables, un dejo amargo como aquellas aguas donde se perdía su vista... El fragor del abismo que traía la tempestad; las noches amenazadoras en que el hervor de las espumas llamaba á las puertas y el aire se rasgaba con estallidos de cárdena luz, le harían pensar en lo infinito, sentir la nostalgia del ideal, amenazador y luminoso...



Sentada al pie de las rocas, esperaba todas las tardes el regreso de su padre.

Y un día, aunque el cielo estaba despejado y el mar tranquilo, se sintió sobrecogida por la angustiada inquietud de triste presentimiento. Estas almas que viven en la soledad, perciben más claramente y tienen misteriosas adivinaciones; la palabra apenas les sirve de vehículo y suelen volar con más libertad por espacios ignotos. El aire estaba templado y suave, el horizonte risueño, el mar acariciador, y María, sin embargo,

sintió que una negrura espesa iba envolviendo su ser, que un soplo helado llegaba hasta su corazón, que la desgracia se cernía ya sobre ella como cuervo hambriento.

Divisó á lo lejos, como siempre, un punto que no confundía con otro; fué agrandándose la silueta, de la barca querida, cuya vela, esponjada por el viento favorable, la empujaba velozmente á la playa...

Aquella tarde no vió María la figura de su padre, de pie sobre la proa, destacándose, con relieve oscuro y vigoroso, en la claridad celeste del espacio, ni oyó la voz con que la saludaba antes de saltar á tierra. Cuando la barca encalló, crujiendo entre la arena, dos marineros sacaron en brazos á su patrón, que venía muy enfermo.

El pobre viejo se moría; el aire entraba gimiendo en sus pulmones y su corazón saltaba como máquina descompuesta.

Abrazó á su hija con más efusión que nunca.

—Esto, —le dijo,— es amainar deprisa para dar fondo en el otro mundo... Te quedas sola, pero tienes para vivir, pues te dejo la casa más bonita del pueblo y la barca más grande y graciosa, otra «María» que se queda huérfana en el mar... Debías casarte con Joseillo, que es muy trabajador, ó con quien tú quieras, porque á tí todos te quieren... Ya sé que eres muy melindrosa y muy señorita y que no te gustan estos jayanes, pero, hija mía, el terreno no da otra cosa, y tú solica te vas á morir de pena...

El viejo marinero se murió cristianamente, come quien hace alto en un camino que ha seguido sin curiosidad ni impaciencia.



Risueños unos, grises y tristes otros, van resbalando los días, con la abrumadora indiferencia del tiempo, en aquel pueblecillo de la costa.

Como el coral en el fondo de las aguas, la hermosura de María duerme allí olvidada. No ha seguido el consejo de su padre; ninguno de aquellos rudos pescadores ha levantado la más leve brisa de amor en su alma virgen y soñadora; los quiere á todos, como quiere á la barca gallarda que lleva su nombre, y á las rocas parduzcas que vió desde niña... Cuando la ven cruzar errante aquellas playas, la miran con respeto como si pasara un ser de otro mundo.

La soledad engendra la melancolía, y la melancolía es amor sin definir, aspiración que lucha en vano, quizás una ilusión que va demasiado lejos...

María siente en su alma la nostalgia del amor, como la ola solitaria la nostalgia de la playa. Pero el amor no está allí... en la inmensa monotonía del mar, en el hastío infinito de aquel horizonte siempre azul...

## CARMEN

Cuando el sol sale por detrás de Sierra Nevada, lo primero que hace es ir á curiosear entre los bojes y macetas de los huertecillos del Albaicín, y entrar sin miramiento por todas partes, buscando á las mozuelas madrugadoras para darles los buenos días.

Y parece que tiene predilección por una casa primorosa, cuyo jardín tiene glorieta y cenador cubierto de parrales. Muebles antiguos y cuadros de santos adornan las alegres habitaciones; y en su ambiente se respira el aroma impalpable, las ráfagas de emoción penetrante, de perfume indefinible, que son la estela de una mujer hermosa.

En los días calurosos, aquella casa es un oasis de frescura, cuyo silencio interrumpe sólo el canto de los pájaros y el rumor del agua, como aliento de un pecho joven que duerme dulcemente la siesta; en invierno, las flores asoman riéndose, entre el verde

perenne de arrayanes y naranjos, mientras en frente, el sol juega y deslumbra en las espaldas inmensas del gigante de nieve...

¡Paisaje granadino del Albaicín!... La luz de la tarde tiene expresión de trágica tristeza cuando se despide de tus palacios derruidos; de tus estrechas calles, que bajan desde la cumbre al umbrío Darro; de las solitarias torrecillas de tus conventos mudéjares, que levantan al cielo, como frentes puras, sus blancas siluetas...

Los rotos arcos y las esbeltas columnas, que reflejan su melancólico semblante en la verdosa alberca; los sombríos telares; los viejos cipreses; las mujeres que allí ocultan el brillo de sus ojos y la fiebre de sus sueños; aquellos restos, que se van desmoronando, sin que nadie los toque, como huesos de un esqueleto, sugestionan y trasportan la imaginación al mundo de la leyenda...

Pero no es de leyenda de lo que se trata ahora; sino de historia sencilla, insignificante; mejor dicho, episodio de la inacabable historia del amor.



Morena, más alta que baja, bien puesta de carnes, pero ligera y desenvuelta; así es Carmen.

La línea de la belleza moldea su cuerpo con ondulaciones deliciosas en el busto y con la espiral de la gracia en la cintura. Su paso es resuelto y su mirada serena y diáfana. Al sonreír todo lo alegra; y si están tristes sus ojos parece que el aire se oscurece á su alrededor.

En el barrio era la niña mimada. A Carmen se la disputaban los vecinos para oírla charlar, con aquel lenguaje animado, voluble y luminoso, que salía de sus labios á borbotones, como surtidor de agua cristalina.

Su genio bullicioso le había dado fama de burlona; pero bien sabían todos que era formal cuando llegaba el caso.

Ella y su hermana menor, vivían solas con su madre, que era una señora muy buena, muy hacendosa, y muy seria desde que se quedó viuda, ya hacía muchos años.

En aquella casa reinaba la paz; cielo alegre, sol y hermosura, costumbres honestas, pobreza resignada... Si es sueño la vida, aquél era indudablemente un sueño envidiable.

Para que se turbara, fué preciso que Carmen tuviera novio. Antonio era un muchacho guapo y de mérito, pero con ese carácter melancólico y reservado, propio de granadinos. A veces le entraban arranques de alegría y era el más animoso, el que armaba la fiesta, reuniendo amigos y mozuelas; y cuando todos estaban contentos, él se dejaba caer en un rincón, con la mirada triste ó inmóvil, como árabe que sueña en medio del arenoso desierto.

Una noche, sin saber cómo, Carmen y Antonio se encontraron solos en un balcón, desde donde se abarcaba aquella hondonada profunda por donde va el río; y allí, sintiendo á sus espaldas el palpitar de la vida, las cadencias del baile y las notas de fuego de la guitarra, inclinados ante aquél horizonte inmenso y oscuro, en cuyo fondo parpadeaban las luces lejanas de la ciudad, y en lo alto las estrellas sobre la solitaria Alhambra, nació su cariño, entre miradas de pasión y palabras temblorosas...



Cuando la madre de Carmen los veía sentados, junto á las macetas de albahaca, pe-  
lando la pava, se le humedecían los ojos, y le decía á la vecina:

—Mire V. que pareja hacen; da gloria verlos.

Carmen y Antonio se peleaban de vez en cuando; y entonces aquella pobre mujer pasaba las de Caín. No podía intervenir en son de paz, porque, alguna vez que lo intentó, como Carmen era viva de genio, sobre ella cayó todo el peso del coraje; tenía pues, que contentarse con pedirle á todos los santos que dulcificaran el carácter de su hija, que no le diera celos á Antonio, que este fuera prudente, y que se quisieran en paz y gracia de Dios. Porque es lo que ella decía:

—Si se quieren tanto, no sé por qué se ponen así; quererse es llevarse bien y estar contentos; pero esos arrebatos ¿para qué son? El día que se disgustan, Carmen no come, no vive, se le hundén los ojos, no se le puede hablar... y él lo mismo, anda rondando la calle, como un perro hambriento, desencajado y amenazador... Y si fuera por algo, pero porque sí, por si dijiste, si no te acordaste, si no has mirado, si te has reido...

Lo cierto era que ellos se querían de verdad, y que el amor que los devoraba tenía la culpa de aquellos pasajeros trastornos.

Iban á casarse pronto: y si ya no lo habían hecho era porque Antonio esperaba que lo ascendieran, de un día á otro, á oficial de primera en su taller, y Carmen acabara

el ajuar; aquél montoncito de trapos, agenciados con tan maravillosas economías, y cuyas puntadas, más que la aguja, bordaban las ilusiones.



Luisa, la zagaloncilla que hacía poco jugaba en la placeta, se hizo mujer de pronto.

Creció con la arrogancia de una planta tropical; y un día que Carmen la contemplaba embobada, dió un salto de alegría, le echó los brazos al cuello, y le dijo, dándole un beso muy apretado: ¡Chiquilla tu eres mucho más bonita que yo!... Era, en verdad, un primor; blanca como la nacar, más alta que su hermana, más señorita y de modales más dulces.

Cuando se sentaba á coser bajo el emparrado, y la brisa de la Alhambra la rodeaba de perfumes y el intenso azul del cielo en nimbos de luz, era una figura tierna y delicada como Margarita; mas la luz de la luna ó el resplandor rojo del crepúsculo daban á su hermosa cabeza y á su mirada, vaga y adormecida, una expresión sombría.

Luisa conoció á Antonio desde muy niña y se quisieron como hermanos. Al hacerse mujer, esta intimidad fraternal no se alteró; Antonio la trataba como si siguiera siendo una chiquilla, dándole bromas y riéndose de su seriedad. En cambio en ella esta simpatía fué cambiando de aspecto.

La curiosidad le hizo sorprender algunas frases de las que los novios se decían bajito, devorándose con los ojos. Cuando se disgustaban, Luisa estaba siempre de parte de Antonio. Algunas veces pensaba que su hermana no sabía querer, y que Antonio no

merecía aquellos sofiones. Le daba rabia de ver á Carmen tan desdeñosa, y sentía impulsos de ir á quitarle á él el disgusto. Cuando Antonio tardaba, llegó á sentir ella más impaciencia que Carmen... En fin, que Luisa acabó por enamorarse del novio de su hermana...

Y se enamoró de veras y cada día más. Pensando en él se le pasaban las horas, y al ayudar á Carmen en la tarea del ajuar, sentía oprimírsele el pecho, sin saber si era de envidia ó de pena. Y tuvo celos, ¡celos de su hermana!...



—Oye, Luisa, —dijo Carmen una tarde que las dos estaban pensativas contemplando la puesta del sol;— cuando me case, si Dios me dá hijos, tu los querrás mucho, ¿no es verdad?... Y al decir esto el rubor teñía su rostro del mismo color purpúreo que incendiaba el horizonte.

Estaban sentadas en los escalones de piedra de la puerta del jardín, bajo la glorieta, que, iluminada entonces por los últimos rayos del sol, adquiría tonos violados; algunas hojas amarillas temblaban en el aire como topacios; la luz que se filtraba por los huecos, arrancaba de los cabellos y de las caras suaves de las dos hermanas, brillantes reflejos, y bordaba sus vestidos de color de rosa con puntos luminosos.

Parecían dos musas clásicas sentadas en un pórtico griego. Enfrente, por encima de la hilera de macetas que limitaban la vista, asomaban su cabeza roja y encrespada las torres de la Alhambra, las almenas carcomidas, los mantos de yedra negruzca, que querían escalar el celeste blanquecino del cielo...

Luisa no contestaba. Y al mirarla su hermana, la encontró encendida, turbada, retorciendo el delantal entre sus manos, como si quisiera hacerlo pedazos.

—¡Pero chiquilla, qué te pasa! ¿Qué he dicho para que te pongas así?... ¡Qué cosa tan rara! ¡No comprendo esto!... Y Carmen se quedó cortada, pensativa, sin saber qué decir.

Al fin Luisa irguió su redondo y delgado cuello de cisne; su mirada penetrante se adhería á las lejanías del paisaje, con fijeza de hipnótica.

—¡Quieres burlarte de mí porque no tengo novio... porque nadie me quiere! — exclamó sin mirar á su hermana, temblándole la voz, con trémolo de rabia y emoción profunda.— ¿Crees que voy á contentarme con ser tu niñera?... ¡No, no y no!

Y se levantó de pronto, sollozando y diciendo: ¡No os he de mirar á la cara!...



En poco tiempo en el carácter de las hermanas se verificó un cambio extraordinario.

Desapareció la alegría de Carmen; con todos era muy juiciosa, y parecía que esquivaba la conversación, como si temiera hablar. Buscaba pretextos sin cuento para estar ocupada y que la dejaran sola. Luisa apenas hablaba tampoco, empezó á adelgazar, y sus hermosos ojos se cubrieron de una opacidad siniestra.

La pobre madre, que no comprendía bien aquellos cambios, los atribuía á quisquillas domésticas ó á enfermedad, y esto la soliviantaba, haciéndole derramar lágrimas. Anto-

nio, que tampoco podía explicarse lo que pasaba, notó sin embargo algo extraño y misterioso en aquella casa, donde un ser invisible había puesto un abismo entre las almas.

Luisa se puso mala. Cada día estaba más esquiva. A la hora que Antonio acostumbraba llegar, no parecía por ninguna parte; éste preguntaba por ella, iba á buscarla, y la encontraba en algún rincón, muy pálida, mirándole con ojos desencajados. Así es que en vez de bromear como antes, la miraba con compasión, la dejaba sola, y volvía á decirle á Carmen:

—¡Pobre Luisilla!... ¿Qué será lo que le pasa?...



Como las dos hermanas dormían muy cerca, Carmen notó bien pronto que Luisa pasaba noches enteras sin pegar un ojo; la sentía moverse, respirar con fuerza, y hasta le pareció oír el rumor contenido del sollozo y el goteo de las lágrimas... Carmen le daba un beso y las buenas noches al acostarse, y luego, con habilidad consumada, fingía que se quedaba dormida. Entonces se dedicaba á mirar en la oscuridad, y le parecía ver que su hermana se incorporaba y, con la cabeza entre las manos, pasaba mucho tiempo, hasta que á ella la vencía de veras el sueño...

Una noche creyó notar en Luisa mayor agitación; las horas pasaban y las dos hermanas permanecían despiertas, con los ojos muy abiertos en medio de la oscuridad; era ya muy tarde; la voz medrosa del sereno había cantado las tres; al último toque de la Vela, había respondido en la Catedral el repique solemne del alba, seguido de esas campanadas sonoras y tremendas, como el despertar del remordimiento, y el

lloro de niño del esquiloncillo... Carmen vió á Luisa arrojarse al suelo de improviso, permanecer de pie un instante, y girar sobre sí misma, como si no supiera qué dirección tomar... Luego la vió avanzar hacia ella, con los ojos muy abiertos, las manos apretadas, desencajada, terrible... Carmen no acertaba á moverse; empezó á temblar, y cerró los ojos... Durante un momento no se atrevió á abrirlos, y, sobrecogida de temor, tuvo, sin embargo, ánimo para fingir que dormía, y pudo sentir el aliento angustioso y entrecortado de Luisa, y un eco muy tenue, parecido más bien al eco de un pensamiento que de una voz, que exclamaba muy bajo:

—¡Tú, tú eres la que me matas!...

Y luego el andar precipitado de unos pies descalzos, y el ruido de la puerta...



Todo estaba en silencio, todo dormía en la tranquila casa. En la mesa de la sala, un Divino Pastor apacentaba dulcemente sus ovejitas blancas... La mariposa, encendida delante de él, iluminaba la sonrisa inalterable del Pastor divino, que, con su preciosa cabeza de niño, difundía en la habitación un suave ambiente de ternura... Las sillas oscuras parecían hileras de mujeres, que dormitaban con la cabeza inclinada; de vez en cuando la lamparilla chisporroteaba, los muebles se estremecían, como si fueran á despertar, y de las molduras doradas salían reflejos misteriosos y rápidos... ¿Dormían también la Virgen y los ángeles de aquél cuadro grande, oscuro, que ocupaba el testero principal?... El manto de la imagen flotaba como una nube en la penumbra; sus manos delgadas se juntaban suavemente, en el ademán de la oración, y su cara miraba al cielo con la dulzura de virginal pureza...

Por la ventana entreabierta empezaba á entrar la claridad ténue del amanecer, esa luz indecisa, blanquecina, que da frío...

Carmen se lanzó detrás de su hermana. Esta había bajado deprisa la escalerilla de la casa y abierto con resolución la puerta del jardín; á través de la glorieta de bonibus, pudo ver Carmen la trágica figura de aquella, que se deslizaba por el jardín y se acercaba al estanque...

Echó á correr y la cogió de un brazo. Luisa, al verse sorprendida, dió un grito... A la incierta luz de la mañana, bajo aquel cielo gris, como el alma sin esperanza, forcejearon las dos hermanas, cruzaron palabras incoherentes y desgarradoras, y acabaron por abrazarse sollozando y volver á la casa, tiritando de frío.



Tengo que decirte una cosa muy seria... —decía Carmen á su novio á los pocos días de esta escena.

—Tú dirás, —contestó éste, inquieto y receloso ante aquella actitud de Carmen, cuyos labios pálidos le temblaban al hablar.

—Ya no me atrevo á engañarte más...

—¡Engañarme!... ¿De modo que tú me engañas?...

—Sí; te engaño como á un chiquillo, y... tú no mereces eso... Yo pensaba que te quería... ¡y me he convencido que no te quiero!...

Antonio dió un salto; pensó que era una broma lo que oía; pero al ver la cara de Carmen, se asustó...

Esta proseguía hablando con tranquilidad, como quien dice la verdad, y está resuelta á decirlo todo.

—Sí; no te impacientes, ni desesperes... Verás... No es que no te quiera del todo... te aprecio como amigo, te quiero así... como á hermano... —y aquí su voz temblaba más,— pero no te quiero como se debe querer para casarse... Ya hace tiempo que lo estoy pensando, sin atreverme á decírtelo... Tú habrás notado que estaba preocupada; que aquí todos estábamos tristes... y era... eso... ¡que no te quería!... Perdóname Antonio; tú eres bueno... tú comprenderás que yo soy franca y leal... Peor, mil veces peor, sería que te ocultara mi falta de cariño y me casara contigo... ¡Seríamos los dos muy desgraciados!...

Antonio, con la cabeza entre las mano miraba fijamente á Carmen, como si no comprendiera lo que decía, al mismo tiempo que con el pie taconeaba con furia en el suelo...

Carmen prosiguió:

—No creas que al no quererte á tí es que quiera á otro. Yo no quiero á nadie... ¡á nadie, más que á Dios y á mi madre... y á Luisa!...

Luego cambiando de inflexión, añadió rápidamente:

—Con ella es con la que debías casarte y no ser tonto... ¡Ella sí que te quiere!... ¡Qué, te extraña?... ¡No tiene nada de particular; te ha visto desde pequeña!... Con

ella sí que serías feliz... Mi genio es muy diferente del tuyo; soy arisca y desabrida; pero Luisa parece que ha nacido para tí...

Y hubo una pausa, pausa terrible, de la cual tal vez no hubieran sabido salir nunca, si la madre de Carmen, apercebida y aleccionada por ésta para ayudarle en tan difícil y extraña empresa, no hubiera entrado en aquel momento, provista de argumentos, y del increíble valor que la abnegación y el amor dan á la mujer.



—Mira niña, —le decía á Carmen cierta, tarde una amiga muy pizpireta y bonita;— parece que desde que se ha casado tu hermana te ha dado por cantar.

—Qué quieres, hija mía, como estoy sola en algo he de entretenerme...

—La verdad es que tienes unas cosas tan raras... Lo que tú haces no tiene igual. ¡Cuidado, después de tanto tiempo de relaciones, salir con lo que saliste!...

—Ahí verás; todos no somos lo mismo.

—Sí, pero como tú nadie; no le tomas cariño ni á la camisa que tienes puesta...

Carmen le dió una palmadita á su amiga, y le dijo sonriendo:

—Déjate de tonterías, y vamos á seguir cantando...

No creas que estoy alegre  
por más que me oigas cantar,  
que es la tortolilla el ave  
que sufre y que canta más.



## ALMAS SOLITARIAS

Cerca de un pueblo pobre y feo, en el árido campo, ví cierta tarde á un hombre, recostado en la cuneta, al lado del camino. Estaba inmóvil, descubierta la cabeza, con los ojos, sin brillo ni expresión, fijos, allá en la línea del horizonte, entre la tierra seca, donde los tallos negruzcos de las plantas descarnadas destacaban sus delgadas siluetas, y las nubes blancas, que corrían empujadas por el aire frío.

Pasé á su lado, mirándolo fijamente, y no hizo el más pequeño movimiento. Su cara amarillenta, su frente rugosa, sobre la que caían temblorosos mechones de cabello cano, no expresaban dolor ni tristeza; ni hambre ni enfermedad; era una cara sin sentido, como la mascarilla de un muerto; y la mirada de aquellos ojos, tan abiertos, producía la sensación del vacío... Cuando volví á pasar por allí, al cabo de largo rato, el hombre aquel estaba en el mismo sitio. No miraba ya á la línea del horizonte, sino un poco más abajo, á la tierra escueta y polvorienta, y allí permanecía sin movimiento, caído, insensible al aire helado, que penetraba su ropa miserable y sus carnes marchitas...

Al sentir en el alma el vacío del amor perdido; al contemplar, en la planicie árida de la vida, que el aire frío y penetrante de la muerte seca las hojas, dejando sólo la rígida silueta del recuerdo; al verse también caído, indolente, helándose al borde del camino... ¡qué expresión de símbolo tiene el hombre de la carretera, que aquella tarde, fría y desapacible, parecía la imagen misma de la indiferencia, cuerpo sin alma, forma sin espíritu, vida sin ideal!...

Y todavía, entre el bullir de la gente, es más dolorosa la soledad. Se siente, al cruzar en la calle con los que llamamos amigos, la bofetada del egoísmo que hiela las entrañas; se oyen confundidos, como en anhelosa pesadilla, el eco histérico de la carcajada del necio, el quejido lastimero de la mendicidad, el sobresalto de la bárbara blasfemia; sofoca el rumor del afanoso vivir, siempre detrás de algo que desasosiega, del negocio pasajero, que nada deja para la paz del espíritu; y la cabeza, la hermosa cabeza apolina del ser humano, no se levanta al cielo, no mira arriba, baja, baja á la tierra escueta y polvorienta... ¡Pobres almas solitarias en medio del egoísmo! ¡Pobres corazones atormentados por la tristeza indecible de la ausencia, viviendo entre el ruido monótono de los indiferentes!... Quien ha sentido esta soledad del espíritu, comprenderá la amargura de los dolores ignorados, sin lágrimas, que se esconden, á veces, detrás de la sonrisa con que nos presentamos en la pista, como el clown, á hacer todos los días el trabajoso ejercicio.

Y en esas horas, en que todo gira como figuras de un sueño borroso y estúpido; en que se nos presenta el porvenir como un camino penoso, donde hemos de caer muertos de cansancio, y el pasado como viacrucis doloroso, en que dejamos pedazos del alma, juventud, amor... ¡qué trágica aparece la figura del viejo indolente, que se helaba una tarde, en el campo solitario!...



Penetrante amargura, la del amor que pasa para no volver... Resignación, viajes, sensaciones rápidas, que distraigan, y pensamientos cristianos, que tonifiquen... Sí, sí; pero en todas partes, en las hojas del libro, en la mesa del Hotel, en el rodar del tren, oireis la voz ansiosa del corazón, que os pregunta: ¿Y ella, y ella?... Y la que encarnó los más delicados sueños vuestros, quien mejor os comprendió, quien os juzgó sin pasión y os amó sin ningún egoísmo, el único amigo capaz de sacrificio... no contesta.

Entonces lo encontrareis todo sombrío. Vereis que en el mundo nada ha cambiado y sin embargo es distinto; habrá mañanas, en que espléndido luzca el sol, y encendidos crepúsculos de bellos colores; pero en las mañanas no os saludará, antes que el sol y más alegre que el sol, la cariñosa sonrisa, ni el anochecer será la hora de las dulces confidencias; notareis una sensación extraña, como cuando se sueña, y os parecerá el presente sombras y realidad el pasado, y creereis que habeis muerto y resucitado á otra vida más odiosa y esquiva, é inquieto el pensamiento y agitado el corazón, saltareis de acá para allá, como pájaros solitarios...

¡Ah! y si algún indiscreto os recita los versos de Musset:

«Hay que sufrir después que se ha sufrido,  
hay que amar otra vez cuando se ha amado...»

decidle que no nace dos veces una misma flor, ni la rama delicada y tierna que tronchó el destino, vuelve á dar sombra al aterido tronco...



## LO QUE DIJO LA BRISA

Paseo estrecho, con acacias y álamos á los lados, en un jardín público. Al final, se vé una ámplia glorieta circular, con asientos alrededor; todos están desocupados; en el centro hay una fuente con doble taza; en la parte superior de ésta, los cuerpecillos de unos niños abrazados, sostienen varios surtidores, por los que salta abundante agua cristalina, que cae á la primera taza, y de esta se derrama á la de abajo... Alrededor de la fuente, un tupido jardinillo, con muchas flores, plátanos, magnolios y pinos enanos. Hacia el centro del paseo estrecho, casi cubierto por los árboles, en un asiento de madera de espaldar redondo, se halla recostado, en actitud de cansancio y fatiga, un joven bien vestido; tiene la cabeza inclinada, hundida en el pecho, y mira fijamente la franja de césped, que corre á lo largo del paseo, sembrada de rosales pequeños, con rosas muy rojas, de verbenas, y otras flores. Son las cinco de la mañana. Habla la brisa fresca del amanecer:

—Mira como te ves, marchito, cansado, próximo á caer desfallecido, y, morir bostezando de angustia, cuando todo á tu alrededores alegría de amanecer y de vida; tienes la cara amarilla, los ojos hundidos, pareces un muerto de pié; mis caricias, frescas y puras, no pueden refrescar tu piel ardorosa, que han secado las evaporaciones del alcohol, el calor de las luces artificiales, el esfuerzo del insomnio... ¡Oh, qué despreciable me pareces, ahí sentado en ese banco, como un reo, como un mendigo, con esa tristeza sorda y sin consuelo del vicioso!... Has venido á este jardín á hacer alarde de audacia, á querer gozar la hermosura del amanecer, sin comprender, hombre miserable y flaco, que estos placeres solo los guarda Dios para las almas puras y los cuerpos sanos; aquí venías á gozar, y te sientes entristecido, porque la naturaleza se revela contra tí; el oxígeno, el aire frío y libre de la mañana, que es salud y vida, en tí produce excitaciones morbosas; remueve tus humores, y en vez de reanimarte, te arroja rendido, te duerme, entre inquietudes y sobresaltos; la luz, aquella luz rosada tan suave é intensa del amanecer, ofende tus pupilas y te deslumbra, como á un pobre mochuelo; no puedes mirar al cielo sin encoger los ojos con un gesto repulsivo; no puedes ver toda la belleza de color de esas rosas, húmedas todavía por el rocío, ese color que en unas es tan vivo, tan vivo como un grito inmenso de la creación, y en otras tan delicado como las dulzuras de una armonía misteriosa y suavísima; no puedes contemplar el brillante verdor de las hojas de las plantas y los árboles, de tonos tan variados y formas tan caprichosas, que parecen un grupo innumerable de angelillos verdes, que cantan al Señor; ni el perfume de esas flores y esas hojas los recibe bien tu olfato, insensibilizado por los malos olores del comedor y la alcoba, por los humos de la comida y de los cigarros, por los perfumes violentos de la industria!... ¡Ah, necio, majadero, que tus mejores goces son grandes mentiras! La mujer que has tenido al lado, que creías dechado de forma y belleza, está podrida y pintada, sobada y mal-

trecha, suave como una babosa; en cambio allí, á lo lejos, detrás de aquella ventana, duerme una doncella hermosísima y honrada; pronto se levantará, con colores de rosa en el cuerpo y alegrías puras en el alma; pronto verás abrirse la ventana, y verás como le sonrío al sol que nace, como besa las flores, como canta... Esa sí que tiene formas hermosas, esa sí que guarda cariños intensos y éxtasis honestos, que tu no puedes gozar, célibe indigno; ella es virgen, y huiría de tí aterrada, se asustaría de verte con tus ojos encandilados, de brillo siniestro, con fiebre de sátiro; ya vez, pobre hombre, que ni el amor ni la sensualidad sabes gozarla; eres tan torpe, que la buscas en el fango, y te engolfas con cualquier piltrafa ó hueso asqueroso que arrojan á la calle; las mujeres hermosas y vírgenes son para los hombres sanos y honrados... Anda, anda y acuéstate, ahora que amanece y despierta el sol y se despereza el mar y la vida renace y los obreros van al trabajo; anda y acuéstate, métete en la habitación oscura, en tu cuarto solitario, y quédate allí, con la boca abierta por el estertor de la fatiga, como un muerto dentro del nicho, mientras los demás trabajan... Ves aquel obrero que pasa á lo lejos, entre los árboles de la carretera, con su blusa blanca y la bolsa de la merienda en la mano, es mucho más feliz que tú. Anoche se acostó, rendido, al lado de su mujer y de sus hijos, y cuando él los ve sanos y robustos, y sabe que él les dió la vida y los mantiene con su trabajo, siente un placer que tú no puedes imaginar; ha dormido de un tirón toda la noche, sin pesadillas ni ensueños, y, repuesto del gasto muscular de ayer, va otra vez al trabajo, sin inquietudes ni hastíos. Con lo que te costó una sola de las botellas que anoche derrochaste, tendría ese hombre de sobra para darles un festín á su mujer y á los chiquillos; con lo que has gastado en un cigarro comería alegremente toda esa familia... ¡Anda, anda y acuéstate!...



## EL SECRETO

Por las altas ventanas del estudio penetraba la luz suave de la tarde, luz blanquecina que apagaba los toques vigorosos de los cuadros, los muebles y las telas, envolviéndolo todo en la ténue claridad que precede á la sombra. Sobre el caballete más grande, se hallaba el cuadro últimamente empezado: un paisaje saturado de humedad y ternura, con copudos pinos negruscos y lejanías moradas.

Luis tiró los pinceles, todavía mojados, dejó la sucia paleta sobre la silla de trabajo, se sentó en un divancito, enfrente de mí, reclinando la cabeza sobre la pared, como quien descansa de la tarea del día. Encendimos un cigarro. Las hebras azules de humo semejaban suspiros que salían de nuestras bocas...

Era la hora de las confidencias. Hora en que, á solas con un amigo que inspira confianza, el alma siente deseos de expansión, de revelar dolores ocultos, de descorrer el

velo de misterio de las impresiones íntimas, con el respeto y temor con que descubrimos el rincón que guarda las reliquias de nuestros amores.

Hablamos aquella tarde, primero de cosas indiferentes; de la mezquindad del mercado de Madrid, del calvario de los artistas, de la miserable envidia de algunos, de la insensata soberbia de otros... Mas la conversación fué rodando, rodando no sé cómo hasta llegar al corazón.

Yo presentí aquel momento, y lo esperaba casi temblando de curiosidad. No en vano la había deseado mucho tiempo.

Así es que, cuando oí que del pecho de Luis se escapó un suspiro hondo y angustioso, y ví que brillaban sus ojos como estrellas; cuando se incorporó y empezó á hablarme, grave y pausado, comprendí que iba al fin á conocer á un hombre nuevo.



Luis era para todos sus amigos un enigma. Decía que nació en Montevideo y había vivido en Buenos Aires.

Era alto y bien proporcionado, con barba rubia y sedosa, el cabello más oscuro, las facciones muy enjutas y los ojos grandes, con una mirada escrutadora y melancólica, que rebelaba franqueza y honradez.

Toda su figura denunciaba un alma, una personalidad que no era vulgar.

Tenía pasión por Madrid; pero pasaba temporadas largas en París, en Italia y Andalucía. Hacía la vida incoherente del artista, aunque trabajaba de verdad.

No se entregaba nunca á la negra orgía, en que caían algunos de sus compañeros. Sus alegrías se desvanecían en una delicada atmósfera de tristeza; algo así como un dejo amargo, y un punzante escozor, se revelaba en él cada vez que la copa del placer tocaba sus labios.

Amores no se le conocían; su respeto á las mujeres habría pasado muy bien por un desdén profundo, por un ardiente rencor escondido...

Y no le faltaba motivo. Porque lo que Luis me contó aquella tarde en su estudio, fué lo siguiente.



—¡Mi juventud!... ¡Apenas la he tenido!... Cuando recuerdo las perspectivas, ya lejanas, de mi casa y de mi patria, todo me parece un sueño.

Un placer doloroso se apodera de mí al evocar aquel clarísimo cielo americano, que me vió nacer, las campiñas semi-virgenes, cuyos perfumes orearón mi infancia, y aquella ciudad, alegre y caprichosa, en que pasé mis mejores años.

Allí hay sin duda más ambiente, más aire, más vida que aquí.

Al principio me ahogaba aun en los anchos boulevares de París, y las calles de Madrid me parecían oscuras y sombrías.... Créeme, ni en la soberana Italia, ni en tu

radiante Granada, he encontrado la caricia agreste y refrescante de la naturaleza, tal como la percibí en mi patria americana...

Mis padres eran ricos. Descendientes de familias de origen español, que fueron comerciantes en las riberas del Plata, y habían ido adquiriendo propiedades agrícolas y pecuarias.

Vivíamos en Paysandú, capital de distrito, en una casa preciosa, con amplias galerías, con hermosas habitaciones, cuyas notas risueñas no he encontrado en las viviendas de Europa, sin que le faltaran los detalles de lujo que posean éstas.

De mis cinco hermanos no quedamos ya más que tres, que yo sepa. Mi pobre hermano mayor murió en la plenitud de su juventud y de su talento, cuando yo terminaba mis estudios en la Escuela de Medicina de Montevideo...

Te acabo de revelar ya un secreto... que soy médico, ¡médico y hoy vivo manchando lienzos y me llaman artista!...

Pero prescindo de detalles; no voy á hacerte mi biografía; solo quiero desahogar el pecho, decirte porqué he cambiado de patria y de profesión, porqué vivo desterrado, lejos de personas y lugares queridos.

Cuando me encontré con el diploma de médico, me establecí en Montevideo. La medicina era para mí una afición; pero una afición por la cual sentía entusiasmo.

Me relacioné con lo principal de la capital, y mi vida se deslizaba tranquila y amena: rico, joven, agasajado, ¡verdaderamente era feliz!

Nunca tuve mucha clientela; pero entre ésta y las relaciones particulares, visitaba á lo principal de la ciudad.

Una de las familias que desde el principio trató con más intimidad, fué la del General Ramirez, Senador de la República, que tenía tres hijas, dos de las cuales eran el orgullo merecido de su padre y la admiración de los pollos montevideanos...

Veo que te sonríes pensando sin duda que me acerco al asunto, y así es en efecto. ¡Maldita historia!

Rosario, la mayor de las hijas del General Ramirez, me causó desde el primer día una impresión profunda, de esas que estremecen y nos detienen en el camino de la vida, para oír mejor las palpitaciones del corazón, que nos dice: «Es ella. ¡La tuya!»

Era muy hermosa, casi una niña; diecinueve años... Su cuerpo tenía majestad y gracia; sus ojos brillaban siempre con una mirada alegre y picaresca, aunque ingénua y sencilla; la sonrisa era habitual en sus diminutos labios rojos... Sus movimientos eran vivos é incoherentes; de improviso, en medio de sus risas locas, se quedaba parada, y miraba fijamente, sin saber adonde; con una seriedad encantadora... La dominaba algo así como la inquietud del pájaro, cantaba, reía, gorjeaba... Tenía en fin el arma formidable de la mujer, ese poder indefinible que llaman seducción. Atraía y deslumbraba. ¡Jamás, jamás se hartaban los ojos de mirarla!...



—Para que me comprendas mejor, —continúo con voz más opaca,— te diré lo que pensaba del amor en aquella época.

Yo era romántico, como casi todos los americanos, pero quizás más que otros. Desde muy joven pensó en el amor como en algo sublime, trascendental, infinito. Esa ansiedad que se experimenta cuando se va á emprender un largo viaje á un punto desconocido, la sentí desde que me dí cuenta de lo que sería el amor, por mí concebido como un mundo especial, de deslumbradoras impresiones é inagotables deleites.

Con tales sentimientos, no te extrañaré que fuera retrasando el momento de enamorarme; un temor instintivo me hizo reacio para querer de verdad.

Mis amigos se extrañaban de mi frialdad, que atribuían á excesiva timidez. Realmente, conociendo y tratando á no pocas jóvenes hermosísimas, que me brindaban su cariño, no me decidí por ninguna. Con la misma Rosario me defendí obstinadamente hasta última hora...

Te digo sinceramente que luché lo que no es decible, por sobreponerme al sentimiento que me inspiró; pero ella pudo más; venció; ¡y cómo venció!...

Nuestras relaciones duraron un año. ¡Un año de deseos y de mortificaciones inauditas! Me empeñé en hacer de Rosario una mujer seria y prudente, en educarla á mi gusto, en infundirle mis ideas y mi modo de pensar, y Rosario se me revelaba, se reía de mis más elocuentes sermones, y, con un mohín ó un gesto, deshacía todos mis castillos de argumentos.

El cariño que ella me confesaba no me satisfacía; quería más, mucho más; sentía celos terribles, sin saber de qué, de sus risas, de sus palabras, de todo su ser, que hubiera querido absorber en mí.

Al fin llegó un día en que me convencí de que me quería.

Esto coincidió con un cambio en su manera de ser. Se puso muy formal, la dominó una melancolía invencible, y sus palabras de amor tenían el acento y el calor de la verdad.



—Nos casamos.

Jamás olvidaré aquel momento en que, después de la ceremonia religiosa, nos encontramos al fin solos, pálidos, temblando frente á frente... Aquellos días de verdadera y profunda embriaguez, me parecen hoy un instante único en mi existencia...

Vivíamos en un Chalet, en las afueras de la población; yo respeté todos los gustos y caprichos de mi mujer.

Tuve en ella una confianza ciega. Mis inquietudes, aquel sentimiento indeterminado de celos, todo desapareció como el humo.

Mi mujer era para mí como únicamente se podía y se debía ser; y viví tan embebido en mi felicidad ¡maldita felicidad de los sentidos! que no percibí el hálito del demonio á mi lado, hasta que pronto, muy pronto, á poco de casados, de improviso... ¡qué atrocidad!...

Fué una tarde... Tarde trasparente y fresca, tarde de idilio, en que todo sonreía. Había ido á dar un paseo por la rada, con unos amigos, pero el mar se picó demasiado, y nos volvimos. Recuerdo que sentía angustia en el pecho, que mis nervios temblaban, y que algo indefinido, helado, la ansiedad cruel del presentimiento, penetraba mi ser.

Llegué muy deprisa á mi casa; ¿para qué? No sé, pero recuerdo que fuí muy deprisa. Cuando llegué, los últimos rayos del sol caían blandamente sobre el pórtico de entrada, y las innumerables flores del jardín despedían sus embriagantes perfumes...

La puerta estaba abierta, y entré, sin que los criados me vieran. Crucé el vestíbulo, atravesé una sala, un gabinete, otra sala... mi mujer no estaba por allí.

Solo los rayos del sol, claros y tristes, penetraban por las ventanas, como dando el último adiós á mi dicha. Pensé ir á buscarla á nuestro gabinete, al precioso nido de nuestras confidencias, y, como si no fuera dueño de mí mismo, como si algún ser invisible me gobernara en aquellos momentos, me quedé un instante parado, ante una ventana, desde donde se veía, enfrente, á través de la galería, aquel gabinete.

Y, á la manera que se definen en el blanco lienzo las figuras del cinematógrafo, así apareció en mis retinas atónitas aquel cuadro, combinado por el mismísimo demonio... ¡Rosario, mi mujer, estaba junto á un hombre, que la acariciaba con arrebatos de pasión!...

No, no fué ilusión de los sentidos; lo ví bien, hasta oí el chasquido de sus besos; estuve allí mirándolos, inerte, como un espectador de piedra... ¿Cuánto tiempo?... No sé si fué medio segundo ó medio siglo.

La oleada de sangre que subió á mi cabeza, fué el telón que me ocultó aquella escena... Sentí un nudo en la garganta, que me impidió gritar, que me iba á ahogar...

Instintivamente extendí los brazos para matar, para estrangular, pero estaban demasiado lejos...

Se me crisparon los nervios, se dilataron mis ojos, ví fantasmas que corrían por un inmenso mar de sangre, sentí el calor de los trópicos y el frío del polo; luego los espasmos de terror... y salí corriendo, huyendo, tropezando con los muebles, loco...

Solo sé que me alejé de la ciudad, que dejé atrás los muelles, que anduve mucho, hundiendo mis pies en las arenas de la playa, que me caló la lluvia, y me embarqué; y al día siguiente, cuando volvió á salir el sol y mis nervios se aplacaron, me encontré en el camarote de un vapor transatlántico, con rumbo á Europa...



Luis calló. El estudio había quedado en completa oscuridad. Solo se destacaba el busto claro de la Venus de Milo, y algunos destellos que la última claridad del día arrancaba á los objetos.

No veía á Luis; pero, del sitio donde se hallaba, sentí un suspiro profundo, como un eco de dolor, y una exclamación sorda y acusadora: «¡infame! ¡infame!»...



## REMORDIMIENTO

Apagó rápidamente la luz, y quedó solo, de pie, en medio de completa oscuridad. Sintió entonces de improviso una sensación angustiosa, que le llenó el corazón y le subió, como un escalofrío, por la espalda. Aquello era miedo, verdadero miedo. Comprendió que había que salir de allí, y salir pronto. Anduvo unos cuantos pasos, y tropezó con un mueble; estaba desorientado. Apresuradamente, con los dedos temblorosos, restregó una cerilla... El fósforo se deshizo, sin brotar la luz, dejando en sus manos el vaho luminoso del fuego fatuo... Al fin encendió, miró alrededor espantado, y salió de prisa de aquella habitación, donde le acusaba todo con el lenguaje mudo y aterrador de las cosas...

En la calle hacía mucho frío. No había nadie. Sólo vió á lo lejos la silueta de alguien, que marchaba aceleradamente, dejando atrás el eco rítmico de sus pasos, como el tic-tac de un reloj... El iba despacio; los deshilvanados pensamientos formaban en

su espíritu una trama confusa, caótica, en la que no había un solo punto de luz ni asomo de una idea; sentía, sí, algo oscuro y ardoroso en lo íntimo de su ser; una sensación desconsoladora, un desgarramiento interior, el pavor de lo que ya no tenía remedio...

¿Qué había hecho? ¿Qué maldita conjunción de circunstancias había producido la explosión súbita de aquella locura, de aquel arrollamiento de lo que siempre respetó?... Sentía la soledad y desaliento del vencido, el ansia del que resbala, la angustia de quien ha causado un daño irreparable...



El propósito firme, el deseo de regeneración, el ansia de ideal, sentido allá á lo lejos como sostén de la vida, como un compañero que lo alentaba en las amargas luchas diarias... aquel mundo espiritual que se había creado en días de laboriosa perfección, aquel sueño de dulce sosiego y de tranquila paz, los había deshecho un momento de pasión, las fulguraciones de la fantasía desbocada, insensata...

Ya no había remedio. La alegría del espíritu, la confianza en sí mismo, las veía deshechas y cambiadas en cruel incertidumbre; el concepto honrado, la estimación de sí propio, se hundían en triste desaliento; hasta su pequeña fortuna tendría que sacrificarla... Ya nada valía, nada era, nada podía hacer, sino rodar á un abismo de sombras é inquietudes.

Y el amor, aquel amor soñado casi desde la infancia, cuya vitalidad concibió en los amaneceres de días risueños, y cuyos deliquios imaginó al sentir el halago de los

húmedos bosques de la Alhambra, saturados de melancolías y perfumes; aquel amor intenso, fuerte como la muerte, ideal, que encarnaba en la sonrisa de una niña enamorada, en el reflejo inteligente y cariñoso de unos ojos compasivos, en los primores de un cuerpo juvenil, delicado y honesto... aquel amor del abrazo eterno, capaz de saciar el ansia indecible del corazón, era ya imposible; se había transformado en incendio diabólico, de llamaradas intensas y rápidas, que se apagaron en seguida, dejando sólo en las cenizas el rescoldo del desencanto, el temor de la amenaza, del escándalo, del drama necio con aquella mujer, que dejaba caer sobre sus morbideces sensuales las lágrimas estériles del más vulgar delito...



¡Y qué clara era aquella noche! La luna resplandecía con más intensidad que nunca en la oscuridad del cielo, y su luz, que había contemplado tantas veces en momento de idealismo y de éxtasis, resbalaba suave por la tranquila fachada de las casas; todo respiraba quietud; le parecía que la ciudad entera dormía el sueño de la honradez, y que él sólo velaba, como ser maldito, llevando en el alma el arpón doloroso del pecado...

Siguió andando, sin lograr poner en orden sus pensamientos, sin dejar de sentir el roer del fatal gusano allá en lo hondo... Cruzaba las calles solitarias, iluminadas sólo por aquella luz pálida, que dejaba en medrosa sombra los umbríos rincones. En una plazuela se levantaba silenciosa iglesia, cuya erguida torre mudéjar se destacaba, estrecha y alta, como una faja negra... Al mirar la tenue claridad que se transparentaba por las redondas vidrieras del templo, sintió la nostalgia instintiva de sus abrigadas naves; pensó en la dulce paz que habría allí, donde las imágenes de los santos, con

sus mantos oscuros y sus nimbos dorados, se contemplaban siempre en silencio; le pareció ver las lámparas de plata que oscilaban lentamente, como si cabecearan en un suave sueño, el parpadeo misterioso de las pequeñas luces delante de los santuarios, arrancando reflejos de los retablos, de los marcos de los grandes cuadros, cuyas figuras se destacarían risueñas ó imponentes...

Y él permanecía allí, en medio de la calle, helándose de frío; y al andar, confuso y desconcertado, le parecía que caminaba por un desierto de nieve, y que lo seguía siempre una sombra que lo acusaba...

## CREPÚSCULOS GRANADINOS

Luces deslumbradoras, colores vivísimos, sublime belleza, infinita melancolía... ¡Oh, tú, mi Granada, eres la ciudad de los crepúsculos! En ninguna otra son tan espléndidos, tan expresivos y saturados de poesía. Parece que han quedado en tu cielo, para perenne recuerdo, las huellas brillantes de tu pasado oriental; la inmensa tristeza morada de Boabdil; el rojo encendido de la cólera de Aixa; el verde intenso de la sagrada túnica del valeroso Zagal; la palidez celeste de Moraima; el sonrosado pudor de nácar de la ideal Lindaraja... Todas las tardes, en la plenitud de tu cielo, renacen tus glorias y reverdecen tus grandezas, porque allí eres grande y hermosa, en las fulguraciones de luz de tu ocaso... En tus incendios dorados y carmesíes, se ve el manto de tu realeza nazarita, y se comprende que fueras Corte de un reino poderoso; que tuvieras mil torres, y miles de miles de azoteas, para contemplar todas las tardes la incomparable muerte del sol, y el llegar de la noche al cielo ya sin luz, claro y triste, donde brilla el lucero aislado, como una lágrima divina, temblando de emoción...

Tus crepúsculos son la expresión de tu carácter, que tiene la delicada tristeza de los recuerdos felices; ellos son tal vez los que hacen sentir, lejos de tí, la inmensa y punzante nostalgia de tu ausencia. Ese cielo tan rico de colores es el que nos embriaga y nos sujeta á la cintura de tus colinas y á la ternura de tus valles; y si como ciudad te vemos pobrísima y entristecida, apiñadas tus casas humildes, que parecen que se esconden avergonzadas, en la brillantez de tus crepúsculos aparece, soberbia y deslumbradora, tu espléndida diadema de sultana...

## EVOCACIÓN

Los paseos estaban solitarios y se extendían como largas fajas blancas, con festones de verde oscuro; el sol se había ocultado, pero todavía, en los cristales de la alta torre de las escuelas de Aguirre, reverberaban los resplandores rojos del crepúsculo; todo era silencio, y un aire suave, que tenía ya la frescura de la noche próxima, y en el que ondeaban aun algunas ráfagas de perfume femenino, acariciaba el rostro.

Mirando desde los paseos al fondo de los bosquecillos, sentíase el aliento de la sombra espesa y húmeda, que atraía con la seducción del misterio.

Giraban aturridos los murciélagos, y, sobre la superficie inerte del estanque, se reflejaba la claridad mortecina del cielo...

Mi pensamiento, cansado, parecía haber se quedado dormido; el corazón, en cambio, latía con fuerza, y en cada latido, en vez de sangre, dejaban escapar sus válvulas torrentes de amargura.

¡Me encontraba tan solo! ¡Solo en Madrid, á solas con mi ambición! La maldita ambición que había agostado mis sentimientos, apagado las luces del corazón, lanzado mi vida por eriales abrasados; la que me había llevado allí á luchar ahogándome; la que me había robado el alma, y ensangrentado con las dolorosas espinas de la realidad...

Me preguntaba qué fué de mi primera juventud, y no me respondía ni el eco de un recuerdo feliz, ni las cenizas de un amor pasado, ni el dejo sabroso de la felicidad gozada... Solo preocupaciones, sólo delirios nunca realizados...

Aquella serenidad de la tarde, aquella intensa melancolía que me embargaba, hacían revivir en mi memoria las sensaciones juveniles, los anhelos sentidos con emoción de lágrimas, las vagas y soñadas aspiraciones que me infundieron los hermosísimos paisajes, los grandiosos monumentos de mi ciudad nunca olvidada... Si hubiera tenido á mi lado un amigo, un amigo siquiera á quien poder contar las íntimas tristezas... ¡cuánto habríamos hablado! Le hubiera explicado el relieve profundo, la huella imborrable de aquellas emociones que habían modelado mi alma, en la ciudad morisca, con ensueños candentes, con languideces extenuantes, con ambiciones deslumbradoras é indefinidas, con el ansia de una sensualidad abominable, de amores locos, de un más allá jamás, jamás logrado... No, no se hubiera reído, como los amigos de Fornos, si le hubiera dicho que yo llevaba dentro de mí la inmensa tristeza adormecedora de los maravillosos crepúsculos de mi tierra... la poesía enervante,

el íntimo sentimiento de humillación y sacrificio, el profundo desprecio de aquella vida de excepticismo, entre periodistas viciosos, yo que tal vez tenía en las venas sangre de los Beni-Marines, de aquella que se derramaba para escribir una alabanza á Dios ó el nombre de una hurí...

Sentía por primera vez el hastío de la vida, el desgajamiento interior que hace pensar en la muerte como en un descanso, como en un calmante para hacer cesar las náuseas del vivir; todo mi ser se debilitaba, mis piernas querían doblarse...

Como decoración de teatro cayeron todas mis ambiciones, y quedó mi espíritu desnudo, sin ningún deseo, sin ninguna esperanza. Comprendí que era una necedad el querer ser rico, y un imposible el llegar á serlo, sin más palanca que el trabajo; me pareció ridículo ser diputado, ¿para qué?, para oír á aquellos majaderos barbarizar en el salón de conferencias; sentí lo inútil y odioso del estudio, la lucha asquerosa de las oposiciones, para obtener un cargo que, con todo su aparato, me proporcionaría solo el derecho á un mezquino jornal y á un aburrimiento perpétuo... Presentí que la gloria literaria es solo un nombre, un cántaro vacío, y la literatura pasatiempo vicioso ó inútil... Me ví pobre y torpe; toda mi inteligencia reducida á una lucecilla insignificante, como una lámpara de aceite; sentí todos los tormentos del trabajo, del trabajo necesario para vivir, sin esperanzas de éxito ni consuelos de virtud; pasaron por mi imaginación los rostros estúpidos de todos mis amigos, sus risas cínicas, sus despiadadas frases de egoísmo; sentí el escozor del desprecio de la mujer amada, y comprendí qué lógica y qué discreta era al no quererme á mí, hombre desilusionado é inútil, y preferir á otro más honrado y de más méritos... Todos mis vicios, todos mis pecados, se presentaron á mis ojos con acusadora claridad; todas las estupideces que había hecho y pensado en mi vida se levantaron contra mí; y sentí un vacío es-

pantoso, lo que sentirá tal vez el condenado en el infierno, vacío en el pasado, en el presente, en el porvenir...

¡Y con qué oportunidad, con qué instintivo y maravilloso poder trágico, surgió entonces en mi imaginación el recuerdo de mi amigo Alfredo, que se suicidó una noche en una callejuela de Granada!... Y aterrorizado, lo ví destacarse allí del fondo verdoso del estanque, como lo ví aquella noche, con las ropas manchadas de barro, con cuajarones de sangre en la frente, y en la boca, entreabierta, un gesto de supremo espanto...

## LA HERENCIA

Todo estaba igual. El paseo, solitario y triste, con el río escaso y murmurante á un lado, y las antiguas casas al otro; los árboles, enmarañados y llenos de polvo, dejando pasar sin dificultad los rayos de un sol que abrasaba; la fuente negrusca, carcomida, con la estatua medio deshecha de Neptuno, sosteniendo en la mano el surtidor, por donde saltaba el agua cristalina...

Los mismos rincones de las estrechas calles, inundados de frescura y misterio; el convento, por cuyas celosías oscuras nunca se veía á nadie, pero se adivinaban las monjas, con sus hábitos blancos y los ojos negros; aquella plaza, donde el edificio del Ayuntamiento proyectaba sus largos batimentos de sombra en la rojiza piedra; y las calles pintorescas con la desigual alineación de sus casas, que hacía formar esquina al edificio, de fachada blanqueada y polvorienta, con la moderna construcción, estrecha y alta, correcta y simétrica, que se echaba atrás, dejando más espacio expedito á la vía pública, y poniendo más de relieve la inoportunidad y vejeces del vecino...

Me parecía que la gente me miraba con silenciosa simpatía, como si agradeciera la que en el fondo de mi alma me producía cuanto encontraba al paso.

Ni ruidos discordes, ni el rumor sordo de Madrid, ni apiñamiento y confusión de personas. Todo en quietud, no exenta de majestad; la vida lánguida de provincia, que tanto se presta á la comodidad y al ensueño, á los placeres serenos y al sosiego del espíritu...

Anduve al azar, perdiéndome en las antiguas calles conocidas, triste y alegre, sintiendo el punzante estremecimiento del recuerdo, y la pena de ver aquel espejismo de una realidad pasada.

Así estuve todo aquel día; al siguiente, fuí á ver mi finca, á tomar posesión de mi pobre herencia en el barrio morisco.

Deslumbraban las casillas blancas, con los reflejos del sol. Por encima de las tapias, que parecían próximas á derrumbarse, asomaban la cabeza ramas alegres de frutales, hojas brillantes de laureles, parras retorcidas, como serpientes; grises y desparramadas higueras, erguidos cipreses que inclinaban su copa para verme pasar... En algunas calles no había un alma; al ruido de mis pasos salían corriendo las lagartijas, cuyos rabillos verdes asomaban entre los desconchados de la cal, y oía el zumbido de los pájaros que levantaban el vuelo de entre mis pies...

En los recodos de las calles, desde las placetillas irregulares, se veía el campo en lo hondo, un mar verde, que se extendía, con ráfagas amarillas y oscuras, hasta llegar á la Sierra. Me detenía un instante á contemplar en silencio aquellas perspectivas,

aquellos cuadros humildes y risueños, que despertaban en mi memoria sensaciones pasadas, éxtasis de amores soñados...

A veces, un jardinillo abandonado, cuajado de flores y de bojés, con su alberca en medio, me detenía con bocanadas de aliento húmedo y perfumado. Era un rincón ignorado del mundo para esconder la felicidad de los humildes. Ambiente de rosas, rincones oscuros, entre los mirtos y cipreses, como entradas de un palacio encantado, desorden espontáneo, con el arte supremo del instinto; las plantas y las flores combinándose á su capricho, contándose sus íntimos secretos, ó riendo como locas de las cosquillas del agua; allí encontraba el idilio ardiente, real y vivido, que jamás cantó ningún poeta; allí la novela de amores y celos, luchas de la conciencia y languideces del corazón; allí tal vez la tragedia sencilla, la muerte que pasa sin ruido, la suprema angustia, entre la luz y el perfume...

Encontrábame ya completamente extraviado, y pregunté á una chiquilla si sabía donde estaba el Carmen de San Nicolás.

—Siga V. esa calle arriba, —me dijo,— tome V. á la izquierda, donde está la alfarería, baje la cuestecilla, y en lo hondo, á la entrada, verá una adelfa muy grande... allí es.

Seguí, como Dios me dió á entender, las señas de la muchacha; más á no ser por la adelfa, que era magnífica, y asomaba su florido cuerpo sonrosado por encima de la puertecilla del Carmen, quizás no hubiera dado con él.

Apenas traspasó la puerta, siguiendo el sendero de arena que dividía el jardín hasta llegar á la casa, sentí el ladrido un perro; ladró el animalillo dos ó tres veces solamen-

te, sin moverse de la sombra donde estaba echado, sin cólera ni alarma, con mucha pereza, como si cumpliera su obligación de avisar á los de casa, y nada más. Al ladrido del perro, siguió una voz argentina y muy penetrante, que gritó: —¡Madre, un caballero!...

Después gran silencio, sin que nadie pareciera; seguí andando despacio, deteniéndome á contemplar las flores y el jardín. Estaba este formado por cuadros aislados, donde las flores, plantas y árboles, sembradas á granel, crecían á su capricho; tan pronto veía un rosal con deslumbrantes rosas, de rojo vivo y aterciopelado, como débiles guirnaldas de violadas espuelas, que se inclinaban al suelo, ó haces de amarillos jaramagos, recostados sobre un boj de verde oscuro; á la derecha, había una glorieta formada con columnas y arcos de ciprés macizo y recortado, que de lejos parecía un templete azulado, como de pagoda india, y más de cerca, un arco de triunfo para que pasara un poeta ó un héroe... Una escalerilla medio derruida servía para ascender á un murallón árabe, por cuyas saeteras entraban al asalto ramas de almeces, arraigados entre las piedras grises y los ladrillos rotos, en el paramento de la muralla que daba á la hondonada; á lo largo del pretil seguía el tronco de una parra, tendida como un cable, en la que brotaban á su gusto los sarmientos que interrumpían el camino, y acariciaban la cara de quien se aventuraba por aquel alto sendero, siempre caldeado por el sol, que hacía despedir fuego á los carcomidos sillares moriscos; y la vieja muralla suspendida entre el cielo y la tierra, parecía mirar con soberano desprecio, con desprecio real de sultana, el trascurso de los días, del tiempo, de todo lo que pasaba en la tierra y en la ciudad, apiñada allá abajo, á lo lejos...

Recostado sobre la pared, á la medio sombra; deslumbrado por el intenso color verde de los pámpanos, que me rodeaban, y por el brillar del cielo, me quedó extasiado,

casi dormido; perdí la conciencia del presente; sentí la sugestión del pasado morisco, la embriaguez de la pereza musulmana, un deleite penetrante, mezclado de tristeza profunda; el dulce desmayo de las fuerzas, una borrachera de sol y de poesía, evocadora de sueños candentes y vagos, que llegaban y se alejaban, quebrándose como los hilos de un perfume oriental...

Comprendí claramente porqué lloran los surtidores del Alcázar; porque son tan apasionados y tristes los versos de las kasidas, escritos en los mármoles de las fuentes y los baños; porqué tan vivos los colores de los alicatados, en que se mezclan el rojo y el azul, el oro y la nácar; adivinó la soñolencia de aquel pueblo que vivía adormecido bajo los mirtos, al arrullo del agua, soñando con un paraíso de huríes, lejano, inasequible, al que había que llegar derramando la sangre por tremendas heridas...

Y uniendo á aquellas reminiscencias de nuestro pasado morisco las impresiones de la propia vida, se me ofreció, lo mejor de ella, compendiado en las horas pasadas bajo los arcos de la Alhambra, en los torreones rojizos y los umbríos bosques, sin pensar en nada, sin envidiar nada, gozando con los perfumes de los arrayanes, y con el agua cristalina que bajaba saltando... Ó sintiendo otras veces la emoción religiosa en la dulce penumbra de las iglesias mudéjares, bajo el hermoso artesonado; la impresión solemne de la muerte junto á los blancos sepulcros de la capilla Real; y el hálito luminoso de la fe, bajo las grandiosas bóvedas de la Catedral... Y recordando esta paz de la infancia, el cariño de los parientes muertos, el sabor poético de nuestras casas, de nuestra ciudad, de nuestras costumbres, sentí que se humedecían mis ojos, y que un dulce refrigerio, una deliciosa tristeza llenábame el corazón...

—¡Que le va á dar un tabardillo! —oí gritar de improviso á mi lado.

Y me encontré delante de una mujer alta, arrugada, curtida por el sol; cuyo cabello, blanco y despeinado, le caía sobre la frente.

—Le gusta el sitio, eh!... Ahora hace mucho calor para pintar...

—Yo no soy pintor... soy el dueño del Carmen.

—En este mismo sitio estuvo el otro día un inglés, sacando un cuadro muy grande...

—¡Pero mujer, si no soy pintor!... ¿Y usted es la encargada de esto?...

—Le traeré una silla... ¿Dónde ha metido el lienzo?...

Me eché á reir, mirándola fijamente, y ella, comprendiendo que no hablaba acorde, me dijo señalándose al oído: Es que soy sorda... ¡Niñaaa!...

Entonces por entre las matas apareció saltando, riendo y cantando, una jovencilla morena, graciosa, con ojos muy negros, lo mismo que el hermoso pelo que rodeaba su cara picaresca.

—¡Por la otra puerta!... Mi madre no oye ni á cañonazos... Y poniendo sus labios en el mismo oído de la vieja, le repetía á voces lo que yo le preguntaba.

—¡De manera que V. es el sobrino de D. Juan! ¡Válgame Dios, y yo que lo he visto tan chiquito, cuando su tío lo traía de la mano, vestido de enaguillas!... Pues está V.

en su casa... ¡Todo esto es suyo!... ¡Pobre D. Juan! no se me olvida; tanto como le gustaba venir aquí... Mire V., allí en la plazoleta se sentaba; allí lo traía yo algo que merendar y su botellita de vino, y se pasaba las tardes, no sé si rezando ó pensando, qué sé yo... ¿Vé V. aquel rosal tan hermoso?... Pues ese lo plantó él, y recuerdo, recuerdo muy bien, que me dijo: «Frasquita, estas rosas no las veré yo»... Y ¿quién iba á creer que era verdad, que se lo daba el corazón?...

Y la pobre Frasquita lloraba limpiándose las lágrimas con el delantal. De pronto quedándose tranquila, exclamó: —¡Pero que hacemos aquí plantados! ¡Vamos, verá usted su finca!

Y ví, en efecto, aquella casa humilde, aquellas habitaciones pequeñas y casi ruinosas, con restos árabes, tal vez de hermosísimo palacio; humedecí mis labios en el chorrillo de agua cristalina del pilar; pasé revista de comisario á las largas hileras de macetas de albahaca, geraneos y yerbaluisa; visitó al orgulloso pavo real, que se paseaba como un bajá por el jardín; y mientras oía el torrente de coplas vibrantes de la vivaracha Isabel, y aspiraba el delicioso perfume de los jazmines, trascurrían las horas, se incendiaba el poniente con maravillosos resplandores, plateábase el cielo, subía la brisa húmeda del Dauro, y yo pensaba en aquella herencia de luz, en aquel capital de poesía, que era también una herencia de melancolías y de ensueños...



## SUEÑO

Por fuera, las calles oscuras; el aire frío que hace trepidar la madera de las puertas, llevándose entre sus ráfagas húmedas el humo de las chimeneas; el agua recalando los muros terrosos de las humildes casas y escurriendo por los negros tejados. Dentro, la luz, el aire caliente, los resplandores del fuego, que se reflejan en los azófares, brillantes como soles.

Un hombre está sentado en ancho sillón de enea, que tiene algo de majestad de trono en medio de las sillas bajas que hay en derredor, al parecer destinadas á los súbditos; de facciones duras pero simpáticas, su mirada sale viva y penetrante entre los pliegues de carne de una cara toda afeitada, y aunque algo rugosa, enrojecida por el color sanguíneo de un temperamento sano y fuerte.

Por sus labios gruesos vaga una sonrisa casi imperceptible, especie de gesto de satisfacción, que lo mismo podría significar una alegría del espíritu, que el

placer de encontrarse tan calentito al lado de aquellos tarugos que ardían en el hogar.

Su hacienda, no muy menguada, le produce para atender á sus necesidades, reducidas en verdad á bien poca cosa; y su espíritu, posee solo el talento natural suficiente para ver las cosas con la claridad de la verdad, sin las ficciones mortificantes de la fantasía.

La savia fortificante, la causa íntima de su humor apacible y dicha sosegada, era su familia.

Se había casado ya hacía años, con una real moza.

Y de aquella unión espontánea formada por el amor, no había nacido más que un fruto. ¡Pero qué fruto!

María, la hija de Pedro y Frasquita, tenía el perfume del tomillo y las saludables alegrías del campo.

Desde niña creció vigorosa, como planta que nace cerca del arroyo y recibe las caricias ardientes del sol. Poseía esa belleza tosca, cuyo encanto no comprenden los acostumbrados á no ver en la mujer sino delicadezas y debilidades. Su cuerpo era robusto y sin embargo ligero, porque ostentaba la proporción de la unidad y la distribución de la armonía; su piel coloreada por el matiz rojo de la sangre, tenía la opaca transparencia y el lustre nativo de las frutas que penden del árbol, sin que las haya tocado la mano del hombre; por sus ojazos negros, que se movían recelosos y

brillantes, vagaba un rayo de luz, moviéndose fugitivo; y sus labios rojos, entre los dientes diminutos y blancos, dibujaban siempre una sonrisa tranquila y dulce, asomo de su alma virgen.

La madre, ya acartonada por los años, y su hija, entraron en la ancha cocina, cuando el viejo empezaba á sentir en los ojos las primeras aldabadas del sueño.

Las dos se sentaron junto al fuego, y María cogió las largas tenazas, con las cuales empezó á mover los encendidos troncos.

Seguía lloviendo. Un velón, colocado sobre la mesa, alumbraba la ancha estancia, dejando en la penumbra el fondo de ella, donde algunos muebles, adosados á la blanca pared, parecían cariñosos amigos durmiendo en silencio; de vez en cuando el fuego de la chimenea lanzaba imprevistos resplandores, que hacían proyectarse á los varios utensilios colgados de la pared en caprichosas siluetas; los racimos de uvas pendientes de las ahumadas vigas, se secaban con aquel calor; y, apagado todo ruido, el aire tibio tomaba una calma adormecedora, que convidaba á cerrar los ojos con dulzura y á guiar al pensamiento blandamente al oasis de los recuerdos ó al cielo de las esperanzas...

Frasquita, después de algunas palabras con su esposo, sacó el rosario de negras cuentas, que empezó á pasar en silencio entre los dedos toscos, al mismo tiempo que sus labios secos se movían á compás, produciendo al juntarse un leve chasquido.

Pedro, con los brazos apoyados en el sillón, había dejado caer lánguidamente la cabeza sobre el pecho, en la que algunos mechones de pelo blanco semejaban copos de

nieve derritiéndose al fuego; la sonrisa erraba aún en sus labios: quizás soñaba que acompañado de su amigo Juan paseaba por las eras en una tarde hermosa de Julio, viendo la mies dorada crugir en las redondas parvas...

Las negras cuentas del rosario dejaron de pasar entre los dedos toscos, y al rumor de la oración substituyó la cadencia del sueño.

Solo María velaba; sus grandes ojos brillantes, seguían mirando al fuego, viendo como las pequeñas llamas jugaban con el viejo tronco de olivo, juntándose y separándose en caricia constante. Su pensamiento vagaba lejos de allí, sin que pudiera explicarse donde; sintiendo tal vez extraña ansiedad, la alegre esperanza conque la juventud llama al corazón...

El rayo de luna que penetra por las umbrías misteriosas del bosque, no es más puro que el pensamiento de María; pero el rayo de luna es también mensajero de amores para la flor que lo espera en el silencio de la noche...

El tiempo pasaba con quietud solemne, y María soñaba despierta...

Al fin sus hermosos párpados, como dos hojas de rosa, se interpusieron entre el fuego de la chimenea y el de sus ojos; doblóse su cuello; movióse su seno dulcemente, y entreabriéndose sus labios, dejaron escapar un aliento suave como brisa que pasa entre los juncos...

Y ya sólo se oyó el rumor de la lluvia que esponjaba los campos, y un ladrido lejano que salía de las sombras...

## LOS PIES DE LA MUERTA

Subí al cementerio acompañando el cadáver de un amigo, que, dicho sea en verdad ahora que nadie lo ha de saber, era el más bueno y decente de todos; su nombre no ha figurado ni figurará jamás en nada; nunca tuvo títulos, ni glorias, ni ambiciones, ni méritos reconocidos... Era un santo: lo queríamos bastante, y un día se murió...

Como era temprano para enterrarlo, lo dejamos en el depósito. Este es una sala estrecha y larga, con departamentos laterales muy reducidos, ocupados por mesas de mármol, como teclas de un piano, en las que se colocan los ataúdes; las paredes son blancas, dismanteladas, frías; el suelo, de rojos ladrillos, está manchado de cera de los cirios; allí se respira el ambiente de la muerte, y el aire, más que microbios, tiene gérmenes del drama vulgarísimo, de la tragedia irremediable, fin de toda su vida: y estos gérmenes llegan al corazón y lo oprimen con inmensa angustia...

Aquel día, por las anchas ventanas del depósito, entraba el sol brillante y alegre de Granada, que iba á caer directamente sobre las mesas de los muertos, formando anchas bandas diagonales de oro luminoso, en las que se agitaban corpúsculos azulados. Se sentía que allá afuera estaba la Naturaleza bullidora y febril; se oían piar los gorriones en los olivos cercanos, y de vez en cuando algún ruiseñor les hacía callar con su música exquisita; la brisa llegaba en blandas ondulaciones, saturada de húmeda frescura de la sierra y del perfume oxigenado de la Alhambra.

Dirigí á mi amigo la última mirada; los pocos que hasta allí habíamos llegado con él sentíamos recóndita impaciencia por emprender la retirada; el largo paseo por aquellas alturas deslumbradoras, había despertado en lo más hondo y brutal del ser, que es el estómago, un fuerte apetito, y con él la halagadora sospecha, recíprocamente ocultada, de que al bajar tendríamos que detenernos en alguno de los hoteles del bosque... El muerto estaba con las escuálidas y amarillentas manos fuertemente cruzadas, como si las apretara con mucha fuerza, demandando del cielo la eterna compasión; la inerte cabeza se ahondaba en la almohada con la pesantez del plomo, y en sus entreabiertos labios, blancos y morados, se veía el hueco obscuro y frío por donde había salido el alma...

Me sentía, en verdad, entristecido. ¡Tantas veces había hablado con el que quedaba allí mudo para siempre!...

Al cruzar la galería ví un rayo de luz acariciando unos pies de mujer... Unos pies diminutos, elegantísimos, calzados con botinas preciosas: pies enjutos, redondos, ligeros; denunciadores de maravillas de hermosura...

Me detuve, y temblando me acerqué á contemplar á la muerta. Era bellísima y parecía dormida. ¡Qué inmensas pestañas caían sobra sus ojos medio cerrados! Temí que los abriera y me mirara con una mirada brillante de terror y sorpresa.

Su cara conservaba un puro color sonrosado en las mejillas, y en su preciosa boca no había dejado el dolor ninguna de sus muecas infernales, ni la agonía sus líneas turbadoras. Era una hermosura acabada, que embellecía más aún la trágica coquetería de la muerte.

Y aquellos menudos pies, para siempre inertes, constituían un drama sin historia posible, sencillísimo y espantoso.

Quizá alguien desfallecía de pena recordándola; y ella estaba allí sola, en definitiva soledad, y por última vez quizá más hermosa que nunca...

No sabré quién fué; la insensata curiosidad respetó el misterio de la muerte.

Pero al recordar á mi pobre amigo, la imaginación evoca, formando contraste con su trágica fealdad, los hermosos ojos dormidos, y los pies seductores de la muerta, acariciados por un rayo de sol...



## ISABEL

Un rayo de sol, amarillo y mortecino, entraba por la ventana sin cristales cuando Isabel se desmarañaba el abundante pelo, dejándolo caer, como aureola negra, alrededor de su cara pálida y de su cuello delgado.

Miróse entonces, con aquel matiz tristón de la postrera caricia de la luz, en un pequeño espejo colgado de la escueta pared.

Su mirada era grave y caía lenta, como una llama azul que se desprendía del círculo morado de sus ojos. Movi6 con simulada sonrisa sus labios secos; hizo primero con sus manos, y después con el peine, una distribución caprichosa de los d6ciles cabellos; los retorci6 en lo alto de la nuca, y cuando estuvieron bien sujetos, prendi6les dos hermosos claveles, ya casi marchitos, que tenia all6 en un jarrillo, que era su guarda joyas. Colore6 sus mejillas con polvos de rosa, y no falt6 ya nada para que aquella fisonomía apareciera

hermosa y provocativa, pues el perfil delicado de sus líneas y el enjuto y sensual óvalo brillaron con aquellos arreboles prestados que esclarecían la lumbre de sus ojos.

Cuando salió, cubriendo el esbelto cuerpo con el amplio pañuelo, era ya de noche. A Isabel la modelo la conocían mucho en el barrio; los artistas la buscaban, y con ellos había pasado muchos años, dejando que copiaran su hermosura, entre alegrías locas y amargas tristezas.

Aquella noche, como otras, llegó sonriente al Centro Artístico, y entró resuelta en la sala de modelo. Se colocó bajo el potente foco de luz, que puso de relieve todas las maravillas de su cuerpo: la cintura baja, delgada, cimbreadora; los brazos redondos, largos, hechos para estrujar; el seno palpitante, inquieto, lleno de suspiros y anhelos; la garganta alta y estrecha; la barba pequeña; la boca fina, movable, prometedora de delicias...

Recibía de lleno la luz vigorosa, que la inundaba de resplandores y la sofocaba de calor. Adoptó una postura abandonada; tenía en las manos un abanico blanco, de plumas, y el color negro del vestido alquilado de gran señora señalaba, en la seda brillante, el suave contorno de sus brazos desnudos y el escote atrevido del pecho; su cabeza, echada hacia atrás, parecía desvanecida...

Los pintores la miraban con indiferencia, en silencio; y sólo se oía el restregar de los lápices y el rumor de los pinceles al tomar el agua con gorjeo de pájaros...

De pronto Isabel sintió una angustia inmensa; un golpe, un crujido, allá dentro del pecho, doloroso como una puñalada... Quiso levantarse del precioso sillón rojo y

dorado y le faltaron las fuerzas; el estudio giraba, la tierra se hundía, y cayó, llevándose al pecho las manos, con el ansia del que se ahoga, lanzando ese grito opaco y siniestro con que se despide la vida que se escapa...

Y allí quedó en el lujoso sillón de estila Imperio, vestida con el elegante traje de seda negro, los brazos desnudos y el pecho escotado... Y con el abanico de plumas á los pies y la pálida cabeza reclinada, parecía la infeliz modelo una hermosa dama, que, rendida por la fatiga del baile, se había quedado dormida...



## EL ÚLTIMO ROMÁNTICO

### I.

Una casa deshabitada inspira siempre melancolía, porque tiene algo de tumba.

Y si al abandono se une el recuerdo de riquezas perdidas, de personas muertas; si contemplamos la tranquila existencia de las cosas; los muebles antiguos en los mismos sitios que antaño, como símbolo de fidelidad, es menester no tener corazón, para no sentir vapores de tristeza y nostalgia de lágrimas.

Y esto sentimos aquella tarde al visitar el viejo palacio. La alegría y buen humor de un día de campo entre amigos íntimos, pasado entre risas y resplandores de sol, á la sombra de umbrosos olivos, en la pintoresca altura, se disiparon como por encanto al pasar, uno á uno, la puerta de aquella mansión solitaria.

El vestíbulo estaba medio á oscuras; las paredes ostentaban restos de pinturas, que en su parte baja habían sido borradas; un inmenso jardín nos deslumbró; largas galerías, semejantes á las de un claustro, se ofrecieron á nuestra izquierda; bajamos una escalinata de piedra ennegrecida; cruzamos estrechos senderos, asaltados por yerbas y arbustos; y admiramos los frescos de figuras mitológicas y escenas bélicas que cubrían los amplios muros, cuyos zócalos estaban mutilados por el salitre...

A medida que nos internábamos, el eco de nuestros pasos tomaba tonos de lamentación, y cada objeto nos parecía un mudo testigo de tristes historias.

El gran comedor tenía vistas á los dos jardines que rodeaban la casa; una antiquísima araría pendía del techo, empolvada é inmóvil, y las viejas sillas, pegadas á las paredes, parecían en interminable espera de comensales que nunca llegaban. La enorme cocina daba frío; sus numerosas hornillas hacía muchos años que no se encendían, y frío estaba también el horno, donde tan ricas pastas se prepararían para servir las á los buenos señores en las alegres comidas; la chimenea andaluza, como pirámide egipcia, se perdía en las oscuras vigas del techo. Al calor de aquella chimenea los criados robustos, las picarescas mozas, los discretos camareros, pasaron gratas veladas en los días crudos del invierno, en que nevaba por fuera, en tanto que allí dentro reinaba la paz de la abundancia.

Entramos silenciosos, como en una iglesia, en aquellos salones. Numerosos cuadros adornaban los muros; retratos de santos y frailes, de mártires con el pecho atravesado con lanzas ensangrentadas; y al lado plácidos paisajes, alegres figuras y rostros, cuya sonrisa había quedado allí como muestra de que la dicha habita alguna vez en la tierra.

Los altos sillones y largos sofás, dorados y rojos, parecían dormidos, y las cortinas de damasco sacudían su viejo polvo al pasar nosotros...

## II.

Salimos al más amplio de los jardines, lindante con la huerta.

Desde allí se abarca una extensión enorme. Saltaban las fuentes; el airecillo de la tarde tenía una frescura exquisita; la poesía del pasado, la hermosura de aquel suave crepúsculo, nos adormecía en lánguidos sueños.

Perfumes de jazmines y dompedros, perfumes antiguos, como todo lo que nos rodeaba, embargaban nuestros sentidos con gratas melancolías. Nos sentamos en asientos de piedra, que formaban un hemicíclo, y desde allí veíamos el inmenso paisaje desarrollándose á nuestros pies.

Por bajo de los planos del jardín una hermosa huerta descende en suave declive; más abajo aún se destacan las manchas oscuras de los olivares, y, descendiendo siempre, barrancos brumosos y vallecillos rientes, hasta la vega allá en lo hondo; y enfrente, en lo más lejos, montañas como crespones morados que suben al cielo...

Nuestro amigo Mario, conocía la historia de aquel palacio. Su familia había tratado á los antiguos propietarios, y su padre fué contemporáneo del marqués, del último de los Boris.

Mario tiene una verbosidad y gracejo extraordinarios; su característica es el humor epigramático, que despidе destellos como un diamante; pero, hombre de talento, sabe narrar un asunto serio, y no bromea cuando se ocupa de las tristezas humanas.

Este palacio, —nos dijo,— ha presenciado fiestas animadísimas, rayanas con la prodigalidad. Aquí convidaba el marqués á la aristocracia de la ciudad, aquella aristocracia que sabía hermanar la severidad de su clase con una vida espléndida, no estos aburguesados aristócratas de hoy, asustados y empobrecidos; en esos salones danzaron nuestras pulidas abuelas con sus vestidos de mediopaso, y aquellos carcomidos sillones han sustentado espléndidas hermosuras, que ya se comió la tierra.

En el gabinete de enorme chimenea, á cuyos lados mullidos bancos, á usanza de la Edad Media, invitan al dulce reposo; en esa habitación tranquila y alegre, pasó el marqués muchos días de su luna de miel.

¡Cuántas veces los enamorados esposos se asomarían á estos balcones, por donde entran torrentes de luz, bocanadas de azahar y rústico perfume de tomillos, á contemplar este paisaje tan hermoso y expresivo!

La esposa del marqués cuentan que era bellísima. Fué el suyo un matrimonio de amor, más frecuente en aquellos tiempos que en éstos, en que la desilusión lo escarnece todo.

Después de un viaje de novios se establecieron en la ciudad, donde pasaban los inviernos; mas ellos preferían este sitio, tan fresco en el verano, tan dulce y poético en el otoño.

El idilio fué sin embargo bien corto; la marquesa murió muy pronto en la plenitud de su hermosura. Ocurrió esto en un invierno crudísimo. El marqués vino desde la ciudad, detrás del féretro, acompañando los despojos adorados de su esposa hasta depositarlos ahí en la capilla que habeis visto, donde los dos descansan, sin inscripciones romancescas como Abelardo y Eloisa, sin pomposas frases que atestigüen su amor...

Vosotros que conoceis lo inaccesible del camino, comprendereis el viacrucis del Marqués, entre la nieve y la lluvia; helado de frío el cuerpo y el alma; á través de esos vericuetos, ahora tan pintorescos, tan téticos y peligrosos entonces...

Desde aquel día se aisló por completo y no volvió á la ciudad. Por respeto á su dolor ó por lo olvidadiza que es la naturaleza humana, sus amigos no volvieron á acordarse de él, hasta que un día recibieron una invitación cariñosísima y apremiante para pasar unos días á su lado.

Como el Marqués no hacía las cosas á medias, durante muchos días se estuvo abasteciendo esta casa de todo lo imaginable. Nada faltaba; legiones de criados; habitaciones numerosas para hospedar lujosamente á los convidados; repletas despensas y bodegas pletóricas.

Como bandada de gorriones en sembrado de trigo acudieron estos, con puntualidad extremada. Durante una semana estuvieron á mesa y mantel. Por las mañanas, alegres excursiones á la Sierra, en busca de los purísimos manantiales ocultos entre los riscos, en cuyas expediciones derramaríanse el discreto y la galantería; espléndidas comidas, ya en el señoril comedor, ya en los cenadores, bajo las parras, acariciados

por los perfumes y por los filtrados rayos del sol, reflejados en la vajilla de plata, en los finísimos vidrios, en los perfumados cabellos y encendidas mejillas. Por las noches, conciertos y bailes, el misterio de estas paseos solitarios, que convidan á dulces confidencias, á la luz de los astros...

### III.

Como despedida de tan gratos días, —decía Mario,— celebróse un banquete. Hubo derroche de alegría para mitigar la pena de la separación; corrieron los vinos franceses en competencia con el Jerez dorado y el moscatel meloso; la efusión se desbordaba, y la risa argentina de las damas, mezclábase con el crujir de las copas; á los postres, las rosas y claveles se convertían en gratos proyectiles, y como en nidada de pájaros, una sinfonía de alegres rumores coronaba la fiesta.

En el momento más brillante, el anfitrión hizo ademán de que todos lo escucharan. Aquellos días de fiesta, se había sustraído á todos los agasajos, alegando el mal estado de su salud. En aquel momento aparecía amarillo como un muerto; tenía los músculos rígidos y se esforzaba en fingir una de esas amables sonrisas con que se quiere enmascarar un gran dolor.

—Amigos míos, —dijo,— siento daros un postre bastante amargo. Sabed que bien pronto voy á morir... No os asusteis, sin embargo; no es este el banquete de los Borgias; ni llevo en las entrañas la ponzoña mortal, ni pienso mezclar aquí, en reprobada orgía, el rojo vino con mi caliente sangre. Voy á morir como buen cris-

tiano, con la cruz en los labios y el arrepentimiento en el corazón. Contened el asombro; os lo explicaré... Desde que murió mi esposa, me tocó á mí también el dedo de la muerte; desde aquel día he sido la sombra, la apariencia de mí mismo; he arrastrado mis días en un vacío desolado, como páramo de nieve... ¡Cuántas horas de espantosa soledad he pasado aquí, en mi triste viudez! El rumor del viento en estos salones me parecía el eco de los pasos de mi amada; el ruido de las fuentes su voz inolvidable; aquí, en delirios de dolor le hablaba, y á veces del oscuro lienzo de estos muros, ó del soñoliento rincón me parecía verla surgir sonriendo, con su traje blanco de boda, su talle esbelto y el espléndido cabello dorado, sirviendo de marco al suavísimo y puro rostro... No la podía olvidar, y una pena devoradora, sin consuelo y sin lágrimas, seca y febril, me aniquilaba; vagaba por este solitario palacio entristecido, en largos días sin aurora y sin sol, y á no ser por el temor de perder mi alma, hubiera colgado mi inútil cuerpo de las frondosas encinas de estas montañas... Más hé aquí que un día mi médico me encontró enfermo del corazón, enfermo de muerte; desde aquel día me reanimé; ¡iba á concluir mi tormento, la rama inútil del árbol, se desgajaba!...

La muerte ha hecho su camino, y no son muchas las horas que he de contar. Más no quería morir solo; quería que mi entierro estuviese concurrido, como corresponde á mi clase; y así cuando mi médico me dijo, há pocos días, que el momento supremo podía estar cerca... extendí las invitaciones. No os quejeis amigos míos, si la broma es pesada; sin ella no habrías asistido á mis funerales. ¡Quedaos con Dios, y rogarle por mí!...

Y el Marqués, desencajado y vacilante, salió del salón, dejando atónitos á sus huéspedes.

Aquella noche, como había prometido, se dispuso á morir cristianamente, y al otro día, cuando el sol llenaba este jardín de alegrías, estaba ahí, cruzadas las manos sobre la morada banda de caballero, y en su aristocrática fisonomía parecía vagar un gesto de satisfacción y de supremo descanso...

#### IV.

El cielo se había cubierto de infinidad de puntitos luminosos, cuando Mario acabó su historia. Se veían, como gusanos de luz, brillar los pueblecillos en el fondo oscuro de la vega; una niebla gris se elevaba del fondo de los barrancos; la faja luminosa del horizonte había sido sustituida por una línea de nubes negras, y por donde el sol se había ocultado, aguda montaña se destacaba en ténue claridad; las redondas copas de los olivos, vistas desde lo alto, semejaban bocas de abismos; algunos lánguidos álamos oscilaban al borde de las acequias, y el ruido de los molinos llegaba, con cadencias de oleaje de un mar invisible.

—¡Bonito fin de fiesta ha tenido nuestra excursión! —dijo uno de nosotros;— Mario nos ha entristecido con una novela romántica...

—No, —añadió este;— los románticos pasaron á la historia. Y os he contado la del último.

## EPISODIO DEL DRAMA UNIVERSAL

Bajaba de la Alhambra con el corazón alegre. Fijo en ella el pensamiento con adherencia invencible; idealizándola á su antojo; viéndola con los ojos del ensueño, enamorada y risueña, contestar á las suyas con miradas de amor... De vez en cuando se detenía un momento y respiraba con fuerza, como si el aire le faltara; era la ansiedad de la emoción, que ahoga; mas de improviso un raudal de vida potente é indefinible penetraba en su ser, llenándolo de oleadas de entusiasmo, que teñían de color sus mejillas.

Su fantasía giraba sin cesar alrededor de aquella imagen delicada y atractiva, que surgía sonriendo, arqueando los diminutos labios, entornando suavemente los ojos, por entre cuyas pestañas se derramaba una mirada penetrante y dominadora... Veía aquel gracioso mohín de malicia con que enseñaba sus dientes blanquísimos, y aquella lengüecilla sonrosada, que aparecía en su cara redonda y suave como un espíritu tentador...

Miraba al mismo tiempo con ilusión las rosas que traía, aspirando con delicia su perfume, creyendo encontrar en él algo de la persona querida á quien iban destinadas, una expansión de ella, que hablaba á sus sentidos.

Las rosas, mojadas todavía por el rocío de la mañana, eran unas opalinas, de pétalos gruesos y anchos, bellísimas; otras rojas, aterciopeladas, con matices azulados; algunas con el delicado y pristino color de la rosa, y ese perfume sutil y alegre, tal vez el más espiritual y honesto. ¡Hermoso ramo, no compuesto de flores exóticas, sino de humildes rosas del Generalife, escogidas, acabadas de cortar en el momento más culminante de su vida y en el más refulgente de su hermosura!...

La analogía que sin querer había establecido entre la frescura de las rosas y la sonrisa de la amada no era galantería ni metáfora, sino realidad, algo positivo y fundado, que él vió de improviso, claro, patente y sin asomos de duda.

Y tanto se debía parecer á la sonrisa de ella la sonrisa de las flores, que mirando á éstas, él sonreía también, como si contestara agradecido á la otra, á la otra que de lejos le hablaba...

Así llegó al pie de la reja, en la calle inundada de sol. Nadie pasaba, hacía calor; pero á intervalos una bocanada de aire húmedo, que bajaba de las umbrías del río Darro, hacía oscilar suavemente las verdes persianas, produciendo rumores semejantes al crujir de un vestido.

Sería preciso hallarse sin vida para no sentir el torrente de alegría de aquella mañana; todo brillaba; corrientes luminosas y oxigenadas, que fluían sin cesar, resbalaban por

las fachadas de las casas, arrancaban destellos de los objetos salientes, de los balcones, de los miradores, de los hierros de las rejas, cuyos prismas, despidiendo chispas, parecían negros diamantes; el cielo de Granada, intenso, casi oscuro, se deshacía en polvo de oro, que alfombraba las calles, y en marea de luz, que sin deslumbrar, embriagaba...

Ella no tardó en aparecer. Con sus manecitas nacarinas echaba hacia atrás las hebras más indóciles de su cabello rubio; tenía los ojos bajos y el color encendido. Se quedó un momento parada, como vacilando; mas de pronto se irguió altiva, resuelta, con la mirada brillante y fija, que se clavaba como un puñal.

—Puedes irte para siempre; entre nosotros todo ha concluido...

Él se quedó helado, mudo; creyó que le habían dado un golpe en la nuca ó un puñetazo en el pecho; que el suelo empezaba á girar con la iniciación del vértigo... Pero ¡qué majadería! aquello no podía ser sino broma, una broma cruel... Acabar así de improviso, á traición, sin saber por qué, era como un asesinato...

Sin embargo, aquellas palabras enérgicas, vibrantes, le zumbaron en los oídos y le nublaron los ojos. Como cuando uno se marea se pega la vista al objeto que se ve próximo á desaparecer, así él clavó la suya en el esbelto talle de ella, en su vestido blanco, cuyos puntos rojos giraban una danza siniestra... Quiso reirse, bromear; cuchicheó ternezas con voz suave, de súplica intensa y desolada; fingió desdenes, altivo desprecio; buscó palabras aceradas para herir... y ¡nada! Ella no se inmutó; allí estaba delante, fría, inmóvil, con la sonrosada cabeza inclinada sobre el pecho, y siempre contestando lo mismo. ¡Todo había concluido!

—¿Y por qué, por qué es esto? —preguntaba desconcertado, sintiendo la ardiente inquietud de la ira.

—Porque no te quiero; —contestaba ella sencillamente.

—¿Y es posible eso cuando tantas veces me has dicho lo contrario?... ¿Es posible creer que mentías cuando te veía oír temblando mis frases de cariño? ¿Que el brillo de tus ojos, húmedos de emoción, que tus sonrisas eran sólo vil hipocresía?...

—Sí; así era. Yo no quería engañarte; era yo misma la que me engañaba. Creía que te quería; y quería quererte, sin conseguirlo... Mi emoción al oírte hablar de amores era verdadera, pero la causa no eras tú; no era cariño que sintiera por tí, era yo misma que me impresionaba como si soñara despierta... Tus palabras despertaban ecos en mi fantasía, pero nada, absolutamente nada en mi corazón... Te escuchaba conmovida como se oye recitar una tierna poesía...

Esta sinceridad, esta ingenuidad despiadada rindió al pobre enamorado; tal vez hubiera llorado como un niño, allí, ante aquella amada reja, testigo de su corta ilusión; más se acordó de que era hombre; pidió al amor propio su inmenso y amargo poder, levantó la frente serena y el rostro sonriente, le dijo á la preciosa niña que le agradecía su franqueza, le rogó que aceptara el ramo de rosas que le traía, y aquella última entrevista acabó á la hora de otras más felices, después de amable discreteo, descubriéndose él con solemnidad, como cuando pasa un féretro, ante aquella primera ilusión que se desvanecía...

## INDOMABLE

Un día, en el campo, su mano delicada y blanquísima, que es una ilusión hecha carne, levantó, con arrebató de alegría, una copa brillante. En aquel momento el sol arrancaba de sus cabellos y de la copa reflejos de oro; su cabeza tenía por fondo el azul intenso del espacio; los árboles lejanos se movían blandamente; el aire suave estaba saturado de oxígeno. Brillaban sus ojos con resplandor alegre, y mirando á todos lados, la luz, la brisa y las flores le hacían sonreír... De improviso apretó sus pequeños labios; ciñóse su frente; el velo de sus párpados cubrió un relámpago de contrariedad; cayeron sobre su ser sombras de desencanto y pesadumbres de hastío; se recogió como algo que se marchita ó se evapora, y arrojó con rabia la copa brillante, que se estrelló en el suelo con quejido de dolor.

Hay en su ser dos tendencias que se contradicen: una alegre, espontánea, cariñosa; otra esquiva, exigente, desilusionada.

En el iris de sus hermosos ojos encuentran expresión vivísima todos los sentimientos; y á veces, después de un destello de inmensa ternura, pasa la vislumbre sombría de cruel egoísmo.

Tiene talento y corazón; sus gérmenes buenos y malos lucharán allá dentro, en lo íntimo; mas ella permanece impassible, sin decidirse nunca; con la indiferencia por cálculo; la indecisión por costumbre y la pasión por temperamento.

Deslumbra la esbeltez de su cuerpo y aquella sonrisa suya, impregnada siempre de deliciosas contradicciones, de caricias y desdenes.

Ella conoce su hermosura. Cuando se mira al espejo para arreglar con exquisita elegancia los rubios cabellos oscuros, no puede resistir la tentación de enviarse un beso con la punta de sus dedos de rosa...

Una mujer así tenía que ser adorada. Lo ha sido, y más de una vez; pero ha hecho con el amor lo que aquel día con la copa brillante y dorada.

Un joven rico y bondadoso la quiso con entusiasmo; le ofreció su fortuna y un amor serio para toda la vida; esto le pareció poco. Era él demasiado bueno, poco inteligente, frío y soso.

Otro más guapo, atrevido y apasionado, hizo locuras por ella. Se las agradeció mucho en el fondo de su alma; simpatizó con él, lo acarició con el pensamiento; pero tampoco, tampoco era aquel. No encontraba los matices delicados, la atmósfera de poesía, el cariño ideal.

Por fin la amó el poeta. Le dedicó su juventud, su vida... y sus versos; la siguió como á la estrella de la esperanza, temblando de miedo y de alegría... Pero ¡era tan monótono! El esfuerzo nervioso de aquel lirismo la aburrió muy pronto. Este amor murió también, como la copa de cristal.

Y sigue soñando con el amor; queriendo sin querer; sintiendo la nostalgia del cariño que ahuyenta de su lado.

Lo busca, inquieta y recelosa, y cuando siente cerca del rostro el calor de la brasa, la apaga rápidamente; rompe, como niño caprichoso, el juguete deseado, para sentir el placer doloroso de la desilusión...

Es como el borracho que busca la plenitud de la embriaguez, y cuando cree hallarla, siente la repulsión de las náuseas...

Enamorada de un ideal demasiado indefinido; exaltados los nervios y el cerebro por sensaciones rápidas y ardorosas, cruza la vida descontenta, sin entregarse, sin sacrificarse; guardándose como una joya que se ha de lucir un día que no llega.

Y pasan los años, primaveras risueñas y estíos abrumadores. Su piel tiene ya transparencias mates; está triste, y el brillo de sus ojos se va suavizando, como luz de crepúsculo...

El otro día miraba al cielo, iluminado por un sol radiante, clarísimo. Asomada al balconcillo que cae el jardín, subía hasta ella el ligero y fresco perfume de las hojas, que se aumenta estos días otoñales; á su lado todo era quietud melancólica...

y, sin pensar en nada, sin saber por qué, sintió el ahogo de los suspiros, y á poco, escondida la cara entre sus manos, brotaba el llanto, expiatorio y benéfico, con martilleo doloroso...

## JUICIO DE DESAHUCIO

Entré en mi alma, y fuí derecho á la habitación de la Conciencia.

Es una sala estrecha, de paredes brillantes, como de relucientes espejos. Al mirarme en ellos quedó sorprendido de la gravedad de mi rostro: tenía cara de juez y de víctima. Sin embargo, me llenó de satisfacción ver que aquellos cristales estaban claros, y reproducían con exactitud el perfil de la honradez. El día antes, el Arrepentimiento, que andaba por allí medio oculto, con los ojos bajos esperando en silencio, se había entretenido en limpiarles el vaho, que los había empañado.

Como una sombra, me seguía también el Desengaño, y la Compasión me miraba, serena y triste.

Mandé comparecer á la Voluntad, que se presentó restregándose los ojos.

Su vista daba pena. ¡Pobre Voluntad mía, siempre soñolienta!

—Señor, —dijo;— aquí reinaba la quietud del sopor, y tú quieres agitarnos; ten en cuenta que estas experiencias son peligrosas; vas á encontrar una resistencia pasiva en tus potencias y sentidos; ya ves que soy la encargada de vigilarlos, y no estoy muy des-pabilada... Lo mejor sería que vivieras en paz con la Ilusión y el Capricho, y dejaras en paz á la Inteligencia, ejerciendo aquí su monarquía constitucional, de mera fórmula...

—¡Basta! —exclamé;— para algo soy el amo; no permito rebeldías; es preciso que esa ingrata salga enseguida de mi corazón; se ha reído de mis sueños; no ha pagado el amor que me debía... Haz que la Imaginación la presente, por última vez, á mis ojos. Voy á juzgarla en juicio sumarísimo.

—Serás obedecido, —contestó la Voluntad, dando traspies.

Me quedé un momento á solas con la Incertidumbre, que miraba nerviosa á todos lados, sin fijarse en nada.

—Debieras perdonarla, —murmuraba;— tal vez te quiera... Merece el desprecio; se ha burlado de tí... Te va á pesar si la arrojas de tu pecho... Vas á sufrir mucho si sigues amándola...

—¡Silencio! —grité, pues ya empezaba á vacilar.

A esto apareció la culpable, conducida de la mano por la Imaginación, que la iluminaba con sus más bellos colores.

Todo aquel aparato de justicia estuvo á punto de venir por tierra; flaquearon las piernas del pobre juez, y pensó arrojarme á sus pies, en vez de condenarla. ¡En verdad que estaba hermosa! Sus cabellos, en hebras rizadas y sueltas, rodeaban la linda carita, en la que brillaban como siempre los pórpidos ojos; había en sus labios entreabiertos una sonrisa suave, como la luz del crepúsculo... Aparecía esbelta, gentil, indiferente, provocadora, como la ví la primera vez...

Si el Despecho, que actuaba de Secretario, no me ayuda, sucumbo miserablemente.

—Estamos, Señorita, —en el santuario de mi Conciencia; va usted á ser sometida á brevísimo juicio, y enseguida arrojada para siempre de mi alma, cuyos dinteles no tiene derecho á traspasar, como hasta aquí ha hecho, sobornando mis sentidos y facultades... Ha sido usted ingrata, insolvente, no ha pagado ni con la más mínima cantidad de amor mi inmensa ternura... ¿Tiene algo que decir, algún medio de justificarse, alguna promesa, en fin, para que pueda seguir dignamente alojándola en mi corazón?...

Por toda respuesta, hizo un gracioso mohín de desprecio.

Entonces mandó desalojar inmediatamente la Sala, y pronunció sentencia condenatoria. La Reflexión se encargó de ejecutar el implacable fallo.

Pero mi alma ha quedado deshabitada y fría. Sólo el Desconsuelo me acompaña, y la Dignidad me conforta.



## TIERRA HUMILDE

Marchaba el tren muy despacio, como debía ser á aquella hora y en aquel sitio. Todo efecto soberanamente estético de la naturaleza es combinado por un secreto y poderoso instinto, y el tren no iba á descomponer aquel cuadro de placidez suma; no iba á privarme de aquella emoción dulcísima con el ruido ahuyentador de una marcha rápida. Antes al contrario, se deslizaba suavemente, como si temiera salir de aquel húmedo valle de delicada penumbra, de aquel silencio con que se recogía la tierra para el sueño, dentro del círculo de las montañas...

Eran los viñedos de Tarragona, que se perdían á lo lejos; los salpicados olivos, que extendían caprichosamente sus toscos brazos en lánguido desperezo; las hileras de viña nueva, que señalaban en el suelo esponjado las ligeras cañas inclinadas... De vez en cuando tupidos avellanos aparecían como frescas manchas azules en el fondo oscuro... Una brisa fresca, muy tenue y oxigenada, que no venía de ninguna parte y se sen-

tía por todos lados, llenaba los pulmones de frescura y embargaba el alma en un tranquilo arrobamiento. No se sentía ningún ruido; parecía todo suspenso, en expectación de algo sencillo y solemne; de la llegada de la hermosa noche, serena é iluminada; tal vez del sueño de descanso del payés honrado, que cierra los ojos lentamente, sin pena ni alegría... La luz era difusa y suave; el cielo clarísimo tenía un ligero matiz celeste, recortado por el color más opaco, pero también azulado, de las montañas cercanas. Un levísimo perfume, apenas perceptible, solo la respiración húmeda de las plantas, era lo que llevaba el aire. Nada era grandioso ni pequeño; las montañas no escalaban las alturas del cielo, la vista alcanzaba hasta lo hondo del valle... Era aquella la tierra humilde y agradecida; la tierra fecunda, que daba de su seno honestísimo cuanto tenía, é infundía en el alma, en aquel expresivo momento, pensamientos de íntima y profunda resignación, de resignación absoluta; el consuelo de la abnegación que dobla la cabeza...

Acostumbrado á las altísimas cumbres de mi tierra; á las luces deslumbrantes de los crepúsculos de fuego, con rayas de oro que ciegan, y reflejos de fragua y nubes cárdenas que asustan, aquel plácido acabar de la tarde, me desvanecía en un languidecimiento tan íntimo y penetrante, que era como una dulcísima muerte.

Y algo moría efectivamente en mí; morían las acongojadoras inquietudes, el deseo insaciable, la sed de vida y de amor, que habían despertado tal vez los perfumes enervantes de mis huertos moriscos; el malestar de la luz, el desasosiego de la pasión contrariada, el horrible escozor de la incurable herida de la desgracia... Y bebiendo la deliciosa tristeza de aquel valle humilde, la ternura de aquel paisaje escondido y lejano, de aquella tierra madre del trabajo y de la humildad, se sentía gana de morir besándola, porque ella guarda la verdadera paz, el sueño tranquilo, el dulce silencio que no turbó nunca la malicia humana...

## ESTADO DE ALMA

He de advertirle ante todo que esta carta, á pesar de firmarla una mujer, nada contiene que personalmente pueda interesarle. Léala, pues, sin apresuramiento ni curiosidad; es una extravagancia, y por lo que le pueda molestar le pido mil perdones.

Si tiene usted buena memoria, recordará que en uno de los últimos días de Junio de 1889, fué á despedirse de mi hermano, que aquel año había sido su catedrático.

No estaba éste en casa; pasó á esperarle, y nos encontramos en un gabinete donde yo me hallaba; saludóme usted muy finamente, y como en otra ocasión me fué presentado por mí hermano, como su mejor alumno, y ya nos conocíamos, no tuve inconveniente en hacerle la visita, en tanto que aquel regresaba.

Díjome usted que había terminado su carrera con éxito brillante; y me habló de sus aspiraciones, que me parecieron nobles y legítimas.

Hacía un día hermosísimo.

Por el balcón del gabinete, que dá al jardín, penetraba el aire caliente de aquella tarde de Junio, tomando frescura y perfume al pasar por las tupidas enredaderas, que formaban una malla impenetrable para los rayos del sol; los canarios colocados bajo aquel dosel de verdura, coreaban nuestra conversación con sus trinos, y ¿que le diré á usted?... Sería la influencia del medio, pero recuerdo que de sus aspiraciones de abogado incipiente, pasamos á hablar de poesía, de la poesía al amor, de éste á la mujer; una correlación muy natural.

Confieso ingenuamente que me fué usted muy simpático; con gran discreción y oportunidad ¡decía usted tanto!

Aquella teoría suya sobre el amor me encantó; era lo mismo que yo creía. Lo platónico, es falso y cursi; la sensualidad descarnada repugna; hay que fundir las palpitaciones del espíritu y de la carne, para que se dé el amor verdadero, intenso y humano. Usted dijo esto con palabras más veladas, pero lo entendí perfectamente, y en mi fuero interno lo aprobé con entusiasmo.

En cuanto á la mujer, también coincidieron nuestras opiniones; pidiéndome perdón por ello y con galantes salvedades, hizo usted una crítica acerba, pero exacta de nuestro sexo; quejóse de la superficialidad que domina hoy en sus gustos, en su carácter y educación; de la dificultad de encontrar mujeres de corazón, con inteligencia cultivada, y de fibra ardiente para amar de veras; mujeres ni prosaicas ni triviales, que comprendan las amargas luchas de la vida, que amen y piensen como ahora puede amarse y pensarse, sin el candor de otros tiempos, pero sin caer en las frías oscuridades de un materialismo brutal...

Sí señor; estuvo usted elocuente; mi respiración agitada y el brillo de mis ojos debió indicarle que tocaba en lo más íntimo de mis ideas y sentimientos; pero no se fijó en esto. Usted un joven, casi un niño entonces, se expresaba con candorosa sinceridad y no cayó en la cuenta de que, aunque de más edad, hablaba á una joven que no había amado nunca... Esto fué aquella tarde su única indiscreción, que le disculpó entonces, como ahora se la perdono.

No crea por esto que me enamoré de usted.

Confieso sí, como ya le he dicho, que despertó en mí extraordinaria simpatía: que removió los afectos de mi alma y hasta (nada me importa confesarlo puesto que no ha de volver á verme) ansiosos deseos de amor y pasión... Más no pasó de ahí.

Cuando aquel día mi hermano interrumpió nuestra animada plática, me despedí de usted dominada por una impresión en que se mezclaba la miel y el acíbar, intensa alegría y cruel pesadumbre.

Era que mi alma perpétuamente solitaria y aislada, como yermo abandonado, se había puesto por un momento en contacto con la suya, soñadora y apasionada; con un alma joven y sana, que presentía, como yo había sentido, las embriagueces del amor.

Pero este contacto fué solo de un momento; usted no vió en mí sino á la hermana de un amigo, de su maestro; yo... sentí algo, es verdad; cruzó por delante de mis ojos algo candente y brillante que los deslumbró, una nube de fuego y oro, algo que dejaba tras sí una estela de armonías y perfumes; pero la razón con su lógica inflexible me dijo: «¡Loca es imposible!»

Y no fué. No señor, no llegué á quererlo, aunque á ser posible, ciertamente que por mí no hubiera quedado.

¡Qué habíamos de hacer! La fatalidad quiso que yo naciera lo menos diez años antes que usted y que muy bien, en el orden natural, pudiera ser su madre; que fuera morena, cuando, por ejemplo, á usted sólo podía gustarle una rubia, y que sólo un momento se cruzaran nuestras palabras y se fundieran nuestras ideas.

En fin, que tal como entiendo el amor, ni le quise entonces ni le amo ahora, aunque el recuerdo de sus palabras me quitara el sueño alguna noche, y su figura joven y hermosa, (hoy será usted más hombre y quizá feo) no desapareció muy pronto de las mallas de mi memoria.

Sé dirá usted que á qué viene todo esto. Realmente á nada; ya le dije al principio que esta carta era una extravagancia, pero una extravagancia trágica.

Porque ha de saber que cuando recorra su vista estos renglones tan mal trazados, va no viviré.

Ni lo tome á broma ni se espante; es tal como se lo digo.

Una fuerza poderosa me obliga á dejar esta leve huella de mi paso por la vida, confiándole como triste legado el fondo de mis pensamientos, el penoso malestar que me conturba...

Quiero que alguien me recuerde; que sepa cómo sentí y pensé; y que, cuando el sangriento atentado que voy á cometer sólo inspire frases de horror, haya quien

perdone mi locura, y aún quizá quien me dedique una poca compasión, de la que tanto necesito...



El hastío y la indiferencia á todo lo que la vida puede ya ofrecerme, es lo que me hace odiarla; pero en esta última y sincera expresión de mis sentimientos, confieso que también en mi determinación toma parte el despecho.

Si he de decirle verdad, lo que más siento es cansancio. Ayer cumplí treinta y cinco años: llevo por consiguiente, veinte de deseos, de aspiraciones nunca cumplidas, siempre soñadas.

No puedo remediarlo; el carácter lo forman las circunstancias; la base la dá Dios ó el Diablo. He nacido y me he formado para el amor, para la familia; los he buscado inútilmente, con ansia, con sed, con entusiasmo. Han pasado años y años; veía que mis sueños se esfumaban en el lienzo de la realidad, y los sustituía constantemente con nuevos deliquios, con nuevos adornos de mi fantasía. ¡Siempre soñando, esperando siempre el resurrexit de mi espíritu!...

El mundo exterior para mí era inerte, indiferente. Toda la actividad de mis facultades, toda la savia de mi naturaleza se ha ido reconcentrando en mí misma, y esto me ahoga. Buscaba la expansión y el amor ¡imposible! sólo encontré el vivir odioso y vulgar, la ausencia completa de poesía y de afectos. Desde los dieciocho años mi cuerpo se ha consumido con la fiebre del deseo, y mi espíritu se ha extraviado con fantasmagorías seductoras...

¡Amor! pedía á voces mi ser todo, y por respuesta he encontrado siempre á mi lado el rostro satisfecho de los ahitos de sensualidad, y la estupidez de los egoistas.

¡Oh, maldita educación la que nos dan á las mujeres! Nos amortiguan la inteligencia y ensanchan desmesuradamente el sentimiento; nos forman para sentir, para amar, y no para las luchas de la vida.

Nos educan en la estufa del sentimiento, y la realidad es para nosotras una atmósfera exótica; y nuestra imaginación se llena de falsos ideales, de contrahechas abstracciones, del mismo modo que las plantas criadas en estufa, adquieren formas monstruosas.

Se nos deja regidas solo por las costumbres de un pueblo perezoso, donde lo que se llama progreso llega en forma de corrupción y vicio; entregadas á la frivolidad más desastrosa; sin otras ocupaciones que las personalísimas para la que no tiene el cuidado de una familia; sin más recreo que discurrir lánguidamente por nuestros hermosos y melancólicos paseos; en completo aislamiento, como mujeres de serrallo ó señoras feudales; expuestas á todos los peligros de la corrupción, en ciudades como ésta, antiguas y atrasadas, donde se ha perdido casi la fe cristiana, las rigurosas costumbres tradicionales, y ha entrado en cambio una inmoralidad tanto más espantosa, cuanto más íntima é invisible...

Y la que, como yo, tiene la desgracia de tener una imaginación viva y un temperamento apasionado; y por añadidura ha mordido el fruto pasional de libros amorosos, cogidos al azar... la que ha recibido de lleno todo el halago de fuego de esta tierra meridional, y ha sentido en su alma la invasión tumultuosa de un mundo de ilu-

siones y de radiantes delirios, si no ha tenido virtud ó santa abnegación de mística, puede llegar á caer en este desencanto mortal, en esta desesperación sorda que me aniquila...

Le digo que si soy honrada no es por virtud; entre las fatalidades de la vida existe la fatalidad extraña de la honradez, el mantenimiento de la virginidad del cuerpo, de la honestidad exterior, de esas formas irreprochables, que son garantía de las mujeres de mi clase.

No niego que todo esto se pueda conseguir luchando contra la inmoralidad y los malos instintos; tendremos entonces un heroísmo personal admirable; pero se pueden disfrutar todas esas buenas prendas sin más mérito que el de haber vivido entre ellas, imponiéndosenos como molde de vida en cada instante; así como las suciedades de la miseria y de la ignorancia son el limo donde germinan las flores azules de la corrupción...

Quiero decirle con esto —aunque me causa rubor el confesarlo— que más de una vez en mi vida he tenido pensamientos contrarios á la virtud de la pureza, y vagos deseos de abandonar esta antigua casa de mis padres, hoy tan solitaria y tan triste, para buscar alguna loca aventura; sensaciones nuevas y profundas... Pero esto no era tan fácil como yo me imaginaba en mis momentos de extravío. En el fondo, mi educación ha sido austera y religiosa, mis sentimientos serios y delicados, y mi carácter tímido y honesto. Lo que yo sentía eran arrebatos producidos por la soledad de mi espíritu, y las alucinaciones de una fantasía desvocada por lecturas indiscretas... Pensaba algunas noches, con las inquietudes del insomnio, salir de de madrugada, cuando nadie me pudiera sentir, irme á la estación, tomar billete para Madrid, y desde Madrid ir á

París en busca de emociones tan interesantes como las había leído en aquellas novelas que mi hermano guardaba en su biblioteca... Pero luego no teníamos á nadie, y me quedaba en casa ó me iba á misa tempranito...

No crea V. que este estado de mi ser es momentáneo, y debido solo á devaneos de solterona neurótica. Se ha ido formando lentamente, y si se hace cargo de mi género de vida, si recuerda el aspecto y el carácter de mi casa y de mi hermano, quizás comprenda mejor lo que tan difícil es de explicar.

Yo creo que no faltó á la verdad, en mi conciencia y ante Dios, afirmando que de todos mis hermanos, y á pesar de ser catedrático, es decir, el que ha hecho más carrera y ha lucido más, éste es el más inepto, quizás el único entre todos nosotros, que no tiene luces, vamos, que es casi completamente tonto.

Usted conoce á mis otros hermanos, á Ramón, á Agustín, á Rosa, la casada con D. Juan Vazquez, en Huelva, y me dará la razón de que todos son simpáticos, inteligentes, de carácter alegre y vivo; sobre todo á Ramón, de sobra lo conocerá usted por su fama de poeta, y habrá leído sus celebrados libros; solo este desventurado hermano mío, á quien la suerte deparó para mi castigo y condenación, es un pedazo de estuco, un monomaniaco solitario, un alma de cántaro, egoista y solterón; que en vez de la toga negra y la vistosa muceta roja con que está retratado, de tamaño natural, en la sala, y por todas las habitaciones de la casa, debía de tener una camisa de fuerza y estar recluso en una casa de locos...

Desde que se casó mi hermana Rosa, y nos quedamos solos en este caserón, mis relaciones con él han sido cada vez más frías é indiferentes. Hemos tenido algunos

altercados violentos, porque es de lo más penoso que usted se puede imaginar; todos sus actos son una serie de caprichos inaguantables, de rarezas estúpidas; yo no he de entrar en su habitación; en ella no se ha de limpiar nunca el polvo, ni tocar á sus papeles, ni á sus libros, ni á nada; tiene una magnífica alcoba, y sin embargo, ha de dormir en un catre, en una habitación pequeña, llena de muebles viejos... El hermoso despacho que tiene abajo, con su magnífica librería, que fué de mi padre, ha de estar siempre cerrado y él guarda la llave; allí no ha entrado nadie hace muchísimo tiempo y los muebles se están apolillando que es un dolor.

Hemos acabado por no hacernos caso el uno ni el otro. Hace más de diez años, que viviendo en la misma casa, ni almorzamos ni comemos juntos. Él se levanta temprano, almuerza muy deprisa y se va á su clase, que siempre la tiene por las mañanas; enseguida viene á casa, y se entretiene en reñir con las criadas, en que le hagan la cama á su presencia, ó en cualquier simpleza impropia de su edad y de su cargo; al medio día sale, casi siempre rabiando, y se va á la Cámara Agrícola, á leer los periódicos; á eso de las tres suele volver casi todas las tardes; después come, y ya hasta que viene á acostarse. Yo no lo veo más que por casualidad, al entrar ó al salir; nos damos los buenos días ó las buenas noches, y en paz. Algunas veces me llama muy irritado para pedirme cuenta de su ropa interior, y tanto me quema la sangre, que acabo por volverle la espalda, sin darle más explicaciones...

Y no crea usted que yo tendré otros pasatiempos agradables. Cuando era más joven tuve mucha afición á la música y me entretenía en tocar el piano. Ahora, hasta coraje me da verlo, cubierto con su forro de cretona, como si fuera un túmulo que guarda mis ilusiones de niña... Relaciones y amistades, tan pocas me van quedando, y tan indiferentes para mi corazón, que es como si no tuviera ningunas... Mis contadas

amigas se han casado ya hace tiempo. La que yo más quería, Trinidad Martín, tiene un sin fin de hijos, el mayor ya un pollo, y apenas si nos vemos de año en año, pues bastante tiene ella con las tareas de su casa, para que pueda ocuparse de mis ridículas impresiones de solterona perpetua...

Pero veo que en vez de precisar mis ideas, las estoy diluyendo cada vez más, con una porción de cosas que á usted no le importan nada, y que esta carta no lleva trazas de concluir. ¡Mejor! Mientras escribo me hago cuenta que hablo con alguien que se interesa por mí... después de todo, hoy, con escribir, he conseguido estar más tranquila... Ahora me avisa Filomena (una criada muy antigua, que tengo dedicada exclusivamente á mi cuidado) que vaya á comer. Bueno, lo dejaré hasta mañana, porque de noche no puedo escribir, y me queda que explicarle mejor lo que quiero decirle. ¡Un día más!... Esto va pareciendo una novela de folletín, con su «continuará» y todo.



Ya le indiqué ayer, en las líneas que anteceden, que estoy tan aburrida de la vida, tan cansada de sufrir tontamente, que he pensado quitarme de en medio, y acabar de una vez.

Le decía á usted que el despecho de no ver nunca realizadas mis ilusiones, la soledad en que he visto irse consumiendo lentamente, día por día y año por año, mi juventud y mis esperanzas, han depositado en mi alma tal cúmulo de desaliento y de desesperación, que el vivir así me es insoportable. Pero lo que olvidé decirle á usted ayer, es que á este motivo general se unen otros más inmediatos ó directos. Uno es el cruel padecimiento de la jaqueca; fuertes dolores de cabeza, que desde hace tiempo me

martirizan, y que cada vez son más punzantes y frecuentes, y el otro... el haber perdido hace pocos días, la última esperanza que he tenido, de poder casarme...

Verá usted. Bien á bien, no he tenido más que dos novios en mi vida. El primero fué, mi primo Alejandro, siendo yo una chiquilla. Este era entonces un pollo muy guapo y muy aplicado, que á mí me gustaba bastante. Vivían mis padres; y él y su madre venían con frecuencia á casa él íbamos juntos de paseo al carmen, y muchas veces de campo al cortijo.

A Alejandro se le iban los ojos detrás de mí, que en aquel tiempo, aunque sea presunción, debía estar muy mona; no había fiesta de familia, ni visita en que él no cayera siempre á mi lado, ni función de iglesia, ni día de paseo, en que no lo encontrara detrás, si bien es verdad que yo también procuraba que se enterara previamente... Me parece verlo todavía, tembloroso y pálido (porque era muy tímido) el día de su declaración. Me pidió mi abanico, y se puso á hacer como que jugaba con él; ya tenía prevenido un lápiz, y de pie, sobre el piano, volviendo la espalda á la familia, que estaba en la sala, escribió en la vitela: «Te quiero mucho, ¿quieres que seamos novios?» Me entregó el abanico y el lápiz, y yo enseguida, sin vacilar, puse por debajo un sí muy grande... Fuimos novios, y pelamos la pava algunos días por la ventana del jardín, hasta que la familia se enteró, y hubo disgustos y mares como montañas; á mí me celaron, y á él le trasladaron la matrícula y lo enviaron á Sevilla con su tío Fernando. Sin embargo, cuando regresó el verano, volvimos á vernos; pero un día yo le dí una cita, él no fué y le dije que habíamos concluido, y él en vez de disgustarse, le dió por burlarse de mí y llamarme muñeca y tonta; aquello me enfureció tanto que rompimos de veras, sin dejar de querernos, sin saber por qué... ¡En fin, cosas de chiquillos, que yo no sé para que recuerdo!... Pero el corazón me dice, ahora que todo

pasó, que aquél fué quizás el único y verdadero amor de mi vida... ¡Sí; yo le quise de veras, y él también me quería!... Para no dejar cabos sueltos, le diré á usted que dos ó tres años después de nuestras efímeras relaciones, Alejandro se casó con una joven muy buena y muy hermosa, de la que tiene tres hijos...

Pero vamos de prisa, que no veo manera de acabar nunca, tal vez por el miedo que tengo de concluir.

Mi noviazgo formal fué con D. Antonio Gómez, conocido abogado de esta ciudad, á quien usted conocerá. Dos años tuvimos de relaciones, concluyendo por falta de cariño y por ser él muy orgulloso. Cuando murió mi madre, se portó muy mal y demostró que ni me quería ni tenía educación. Yo creo que el fondo de todo es que se llevó un chasco creyéndome muy rica, y así que vió claro que sólo poseo una humildísima fortuna, se acabó de desilusionar. Después, me entregué al romanticismo y á la literatura; en una velada poética que se celebró en el Liceo, tuve la debilidad de leer una poesía muy melancólica, y esto acabó de ahuyentar á los pocos que hubieran podido pensar en mí para el matrimonio...

Casada mi hermana Rosa (los otros dos mayores lo hicieron en vida de mis padres) ya quedé yo sola, con el catedrático solterón, y cada día más sola... Sin embargo, no me resignaba á quedarme para vestir imágenes; hasta hace poco tenía mis esperanzas...

El invierno pasado vino aquí un Catedrático nuevo, que visitó á mi hermano; hace pocos meses encontraba casi todos los domingos al Sr. Sánchez, que así se llamaba, cuando iba á misa; también le ví pasar por delante de casa y mirar á los balcones, y la

cosa no tenía escapatoria, pues mi calle es tan excusada y fuera de camino, que el que viene por aquí no lo puede explicar por un tránsito casual... Á los pocos días el Sr. Sánchez volvió á casa, con el pretesto de regalarnos á mi hermano y á mí unas telas bordadas, que le habían enviado de su pais. Se fijó en mí de una manera descaradísima, mirándome de arriba á abajo, como si estuviera examinando un mueble ó á una yegua en una feria... Lo cierto es que se marchó y que no ha vuelto á parecer... Sin duda alguna le parecí ya demasiado vieja...



Desde que escribí los renglones anteriores me han ocurrido sucesos graves, que van á hacer de esta epístola una especie de memorias íntimas, alterando el fin que me propuse al empezarla.

La interrumpí la última vez por cansancio, y también por temor de realizar la tremenda resolución que tenía tomada.

Pasaron dos ó tres días sin que volviera á coger la pluma para acabarla, pero la obsesión de aquel pensamiento no me abandonaba.

Resolví, al fin, que lo que había de ser fuera de una vez; pero antes, por un resto de religiosidad no extinguido, quise confesar y me acerqué al tribunal de la penitencia la otra mañana...

El confesor se conmovió profundamente al conocer el estado de mi espíritu, y mis siniestros propósitos.

Me habló al corazón; me demostró que mi eterna condenación era segurísima de haber realizado lo que pensaba; me dijo que nunca, ni en los casos más desesperados, ni en las crisis más dolorosas y crueles de la vida, tiene nadie derecho á privarse de ella; que esta no se nos ha dado para gozar los placeres de los sentidos y las fugaces venturas que el mundo ofrece, sino para domar la carne, y, perfeccionando el espíritu, conquistar la vida eterna...

—Tú, hija mía, —me decía,— estás perturbada por los malos pensamientos y sentimientos que el demonio sugiere; esa soledad de alma es el abandono de Dios; ese descontento, ese hastío de la vida, es la frialdad de hielo del pecado, el alejamiento del único foco de calor, del único y dulce compañero de las almas, que es Dios mismo...

Y me presentaba la figura ensangrentada de Cristo, las privaciones dolorosas de los santos, el sacrificio cruento de los mártires, el triunfo incomparable de las vírgenes... Y yo iba sintiendo en mi alma un anegamiento de dolor, que al par me producía un dulcísimo y no esperado consuelo; un rompimiento interior de algo vicioso y malvado; un deseo vehemente de abnegación y sacrificio, de transformar todos aquellos tormentos de la sensualidad y del despecho en mortificaciones, de no buscar el amor humano, sino otro más hondo y purísimo, y sintiendo horror y asco de mi pasado, me parecía que me rodeaba una luz blanca y tranquila, y que llegaba á mi espíritu un misterioso calmante...

Pero todavía alguna vez, de nuevo, me atormenta la espantosa inquietud, me enloquece el dolor, siento el escalofrío de un despecho amarguísimo, y me parece que un ser horrible y burlón se ríe de mí despiadadamente...

## LUZ

¡Qué frescura y qué transparencia! Limpias las calles, claro el ambiente, perfumado el aire, blancas las casas, alegres y humildes las personas; por todas partes calma benéfica...

El pueblo parece suspendido entre el cielo y la tierra; tiene encima los picos grises de la Sierra, agudos como puñales; debajo, redondas lomas, cuajadas de olivos, que se despeñan en lo hondo; más allá la vega con tonos verdinegros, y en las últimas lejanías, soberbia hilera de montañas.

Desde sus hogares, los pobres, llenos de salud, miran con compasión desfilan las desdichas de los ricos enfermos, que, amarillentos y débiles, suben allí en busca de aires puros. Por la puerta de sus humildes casas los ven cruzar, por mañanas y tardes, macilentos y mustios, sin que los alivie el aire oxigenado, ni la alegría del cielo hermoso.

En aquellas casas tan pequeñas habita lo grande; la fe, la pobreza resignada, el trabajo, la salud. En cambio, los que por delante pasan, llevan la pobreza en el cuerpo, y en el alma tristes anhelos y roedoras inquietudes...



Un opulento Prelado levantó allí una casa, tan grande casi como el pueblo; majestuosa y sencilla, con dilatados jardines, donde se respiran siempre las brisas refrigerantes de la inmediata Sierra.

Aquella hermosa morada no tiene historia ni misterios; no hubo en ella espléndidas fiestas, ni el brillo del escándalo, ni los regodeos de la liviandad; tal vez no escuchó más murmullos que oraciones y pláticas suaves. Su juventud también fué corta, pues sus nuevos poseedores la dejaron abandonada, cerrada como un sepulcro, desmoronándose lentamente, pero silenciosa y risueña, como esos ancianos que, habiendo sido honrados de por vida, ven sin miedo la muerte y sin enojo la ingratitud.

Y allí está, con las pinturas desconchadas por el frío y la lluvia, las puertas crujiendo, los dorados muebles carcomidos, las rojas cortinas ondeando con el viento, como viejas banderolas; y desolados aquellos jardines, donde todavía las largas hileras de perennes arrayanes, se acuerdan de la morada sotana del espléndido Arzobispo...



Como la golondrina en el viejo alero del tejado, en la más escondida habitación de aquella casa habita Dolores, una joven ciega y huérfana, á quien la caridad ha cedido aquel rincón.

Es alta y rubia, con serenidad de angel y esbeltez de virgen. Tiene su rostro, la melancolía de la resignación, y sus ojos, claros y azules, semejan las muertas aguas de un lago.

Como la flor en las ruinas, Dolores es la triste sonrisa del solitario palacio.

Pasan los años, y su juventud se va borrando, como se han borrado ya los gentiles frescos en las señoriales paredes; nunca verá los hermosos paisajes que desde allí recrean la vista y serenán el alma; y un día, en el invierno, cuando la nieve cubra los riscos de la Sierra y las plantas del jardín, ó en verano, cuando lo inunde todo el olor del tomillo y de la alhucema, las argentinas campanas de la Iglesia lanzarán unas cuantas notas lastimeras; el caritativo párroco entonará un rezo, y cuatro hombres, por caridad también, la llevarán al estrecho camposanto, frente á la Sierra gris, que seguirá enviando siempre sus purísimas brisas y sus tónicos perfumes...

Espera ese día sin pena ni temores.

Siempre está contenta. Sin hastío de la vida ni miedo á la muerte; como el pájaro que cruza indiferente el solitario valle...

En cambio los enfermizos forasteros que allí suben, en busca de aires puros, defienden palmo á palmo la vida, que aman con delirio de náufragos; y cuando en aquel maravilloso horizonte caen las sombras del crepúsculo, sienten el duro tormento de la agonía.



¡Mañanas espléndidas del pueblecito de la salud!...

Toca la campana en la esbelta torre; las casas se rien en su blancura; la graciosa fuente de la plaza salpica el agua fría que descende del bullidor nacimiento; de los huertos y molinos suben rumores alegres; la cruz de piedra abre sus brazos delante de los árboles rozagantes, de intenso verdor; la brisa toca á diana en todos los pechos; las mujeres llegan con saludables colores, peinadas y limpias; los trabajadores con el traje del domingo; los enfermos confortados con aquella caricia matutina.

Se dice la Misa... Por la puertecilla de la Sacristía, al lado del altar mayor, penetra la luz deslumbradora de la mañana, acariciando las lámparas de plata, los viejos cuadros, las vetustas imágenes... Y Dolores, que no ha de ver la luz del sol, ni el hermoso paisaje que se dilata más allá de la Iglesia, siente en el alma los resplandores de otra luz más refulgente, el panorama infinito de la Belleza suma...

## AMANECIENDO

Silencio, no vaya á despertar. La luz suave y difusa del amanecer penetra cernida por el cedazo de encajes de los visillos del balcón.

En la quietud solemne del ambiente se respira el perfume de inocencia.

Los muebles son sencillos, de madera blanca; la lámpara tiene reflejos azulados, y sobre el lecho, altar de la pureza, una amplia gasa se extiende como nube protectora.

Entre la blancura y los matices azules, con la cabeza inclinada y el cabello suelto, duerme una niña respirando dulcemente; por sus labios vuela la sonrisa... Tendrá catorce años.

No ha gustado el acíbar de la vida; no han llegado hasta ella más que arrullos inocentes y mimos maternos; ha vivido en el tornaluz de una infancia dichosa, en la

que cuerpo y alma lo han encontrado todo dispuesto para favorecer un desarrollo tranquilo y hermoso; ¿qué sombra ha de empañar ese reposo benéfico?...

Quizás entre figuras indecisas y líneas borrosas, su imaginación recorre el mundo misterioso en que se agitan incoherentes y vagos los sentimientos, esas penumbras del sueño, en que parece sentirse el aleteo de los espíritus, y donde, en la oscuridad de la noche, despierta la flor dormida en el capullo...

Quizás la conmuevan anhelos sin causa y alegrías sin nombre; la ansiedad gozosa, la mortificación alegre, los primeros síntomas del amor.

En las claridades del crepúsculo matutino, la raya de luz que apunta en Oriente, aumenta en una graduación insensible su intensidad luminosa, y va, poco á poco, matizándolo todo de color, y bañando los objetos en arrebos dorados... El amor y la pubertad empiezan así también, como un amanecer...

Ya no le agradan los juegos infantiles ni las alegrías ruidosas; prefiere las conversaciones serias, y encuentra un goce desconocido en dejar al pensamiento que vague sin rumbo, en un vacío sin límite, envuelto en nieblas sonrosadas y adormecido por armonías misteriosas...

Ya se conmueve con todo lo bello que percibe; le causa pena ver como las flores se marchitan, y alegría intensa el azul del cielo y las nubecillas fugitivas.

Ya un día que oyó la palabra «amor», recorrió su cuerpo algo como el escalofrío de un presentimiento...

Tiene sus manos cruzadas sobre el pecho, su respiración es suave, como una brisa muy ténue; el color sonrosado; la sonrisa tranquila...

Es una curiosidad cruel querer penetrar el pensamiento y presenciar el misterio adorable, el momento indefinible, en que en el alma de una niña cristalizan los sentimientos de la mujer. Siento remordimientos de haber llegado hasta aquí. Pasemos sin que el ruido de nuestra respiración pueda despertarla; alejémonos como se alejan el peligro y el mal del que duerme confiado en Dios...

Tras de aquel cortinaje, que oscila, un Angel invisible la defiende, y nos amenaza indignado...



## GRANADA

He aquí que amanece un día hermoso, y sin embargo vuestra alma está triste. Una ráfaga de frío, la neblina del horizonte, cualquier desmayo de luz ó borroso emblema de la muerte, os precipita por las laderas del hastío ó en los abismos del recuerdo.

Son estos los días más aptos para ver las cosas sin el vestido de la fantasía, en nuda realidad. Días de clarividencia espiritual en que el pensamiento camina, como por la selva de Dante, entre vagas cavilaciones, tropezando aquí con un desengaño, y sintiendo más allá el escozor de un remordimiento; días en que vemos que ogni affano ogni croce, por todos lados el afán y la decepción que la sigue, la cruz que ataracea los hombros, amistades frías como el hielo, glorias perdidas, anhelos de este mundo, perpetuamente irrealizables...

Pues supongamos que hoy es un día de estos, y vamos á entonar un cántico de amargos recuerdos.



¡Si fuera poeta, cómo surgiría á mi voz la Granada de otros tiempos, próspera y feliz!

Zorrilla lloró la ausencia de Granada, la ausencia material; la ausencia de la Alhambra encantada, de sus cármenes, poemas vivos del sol y las flores, de la soñolienta corriente de sus ríos, de la misteriosa melancolía de nuestros paisajes; mas nosotros, los que en Granada vivimos, no podemos llorar esta clase de ausencia, sino la de su vida, la de su alma, la de aquellos hombres y prestigios que le dieron grandeza, y que, al ausentarse para siempre, dejáronla pobre, triste y decaída.

Sí; han muerto ó han emigrado. Allí en la colina roja del Camposanto, á la viva luz reflejada en la nieve de la Sierra, podreis leer en los fúnebres mármoles, los nombres de abogados famosos, médicos insignes, artistas eminentes, sabios profesores, sacerdotes verdaderamente santos, encarnación del espíritu piadoso de los granadinos, de nuestros hombres de chispa, cuyo ingenio era como el sol.

Y los que no guardó para siempre aquel palacio de la muerte, se ausentaron buscando la gloria ó el medro en la Corte. En ella brillan algunos, ocupando puestos eminentes; y otros, no pocos, en aquel reducido espacio de las viviendas madrileñas, cuyos altos muros apenas si por caridad dejan pasar un rayo de sol, siquiera sea del sol claro y amarillo de Castilla, en la angustiosa alcoba, ensordecida con mil ruidos, rindieron el último suspiro, pensando tal vez en la calma grandiosa de los paisajes granadinos,

en las lejanías de nuestra vega, matizada de tan suavísimos colores: celeste en los bordes del horizonte, blanco purísimo en la Sierra, morado en las remotas crestas de la Penibética, y, más cerca, el rosado y carnosos de las esbeltas torres de la Alhambra...



¿Y qué nos queda, en cambio de tanto buen granadino como hemos perdido en los últimos lustros? Solo unos pocos desengañados del presente, con un pié en la tumba, llevando ya en la frente la tristeza del crepúsculo, y una generación débil y apocada, cuyas fulguraciones de ambición se tragó el sumidero de la política...

Sin las estrofas escasísimas de algunos amigos míos, diríase que la musa granadina, la musa oriental, que suspiraba entre arabescos de grana y oro y dormía en los arrañes y rosas de nuestros incomparables jardines, había muerto para siempre; sin algún estudioso artista, que no he de mentar tampoco, nadie creería que Granada fué otras veces patria del arte; en el foro, impera la rutina y la servil imitación; nuestros hombres de ciencia pasaron... Quedan sólo algunas venerables figuras, que viven aisladas como el vetusto árbol en la árida planicie, objeto de esa admiración silenciosa y triste que inspiran las grandezas de ayer...

Si salieron jóvenes de mérito, se fueron, buscando en las profesiones del Estado, lejos de aquí, un refugio y un porvenir que no les brinda la gentil Granada.

Lo demás, talentos y esperanzas, parece que se han apagado...



No es sólo el desdén y menosprecio de este estrecho vivir en común, el que nos desalienta y consume.

Es, á más de causas económicas que no está en la mano de nadie evitar, esa decadencia moral, que hay que buscar en la falta de ideales, ó en poner éstos tan bajos, que en vez de noble estímulo, sean indigno acicate ó mortal cizaña.

En las bizantinas enemistades de la política, que tantas energías consume estérilmente; en la falta de fe, verdadera y práctica, que morigere las costumbres y levante el entendimiento y el corazón; de hidalguía y buen humor, tan característicos de los granadinos, de desinterés y fantasía, que iluminen la vida del espíritu, está la causa de nuestra decadencia.

Aquellos rencorosos bandos de Abencerrajes y Zegríes, de Gazules y Venegas, que ensangrentaron las calles de Granada, eran nonadas ante estos bandos de hoy, que, con la sonrisa en los labios, se destrozan...

Luchaban aquellos con el duro acero y se jugaban la vida; luchan éstos con las pérfidas intenciones y se juegan la honra.

Dios haga el milagro de unir á los granadinos, despertando patriotismo y fraternidad.

Si nó, no quedarán, con el tiempo, de Granada más que las ruinas de la Alhambra, y un conserje que las enseñe.

## DESPEDIDA

Iba á partir el tren de Zaragoza.

Los viajeros cruzaban el andén con el apresuramiento de quien teme no hallar un buen sitio; los coches en efecto estaban llenos, porque eran los días de la emigración de la Corte, de los viajes de placer, del regreso al hogar de provincia, para buscar en él el halago de las frescas brisas y el descanso del fatigoso estío.

Se oía el rumor de toda aquella gente, las frases de despedida, los encargos de última hora, el rodar de las carretillas, las voces del vendedor de periódicos, las risas alegres de los que se iban...

Había ido á despedir á una mujer, que me engañó miserablemente. Toda una interesante historia que me había contado era pura fábula; y aquella cita en la

Estación del Mediodía, para salir ella por la del Norte, fué el afrentoso inri de la más dolorosa burla...

Estaba junto á un poste de hierro, extenuado por la rabia sorda del despecho, por ese abatimiento profundo y amarguísimo que produce el amor propio, cuando se ve justamente castigado con una sangrienta ironía.

Y clavado en aquel sitio, despedí á otra, que tampoco volveré á ver más...

Asomada á una ventanilla ví á una joven, cuya belleza delicada atraía, como si á su lado se respirara una atmósfera de irresistible ternura.

Era delgada y elegantísima; tenía las facciones densamente pálidas, y una ligerísima sombra violada cercaba sus ojos, en los que se reflejaba profunda melancolía y heroica resignación; su piel parecía tan fina, suave y trasparente como si fuera algo incorpóreo, y sobre su bella frente y el negro cabello, artísticamente peinado, llevaba un ligero sombrero de paja blanca, que hacía de su cabeza un conjunto de exquisita gracia.

A través de su sobretodo de viaje, se dibujaban las formas de un cuerpo arrogante, nervioso y esbelto, con la atracción irresistible de la juventud marchita. Debajo de aquel sobretodo, unos pies pequeños, admirablemente calzados, jugaban inquietos, seductores, ignorando todas las tristezas que apenaban el alma de su bella dueña, cuyas manos eran tan delicadas y elegantes, que se sentían deseos de besarlas.

Sonreía cariñosamente, y se movía inquieta, como si estuviera deseando de partir; pero aquellas sonrisas tenían la tristeza de los rayos de sol de invierno, que se esca-

pan de las nubes cenicientas, y la inquietud de su cuerpo revelaba los esfuerzos que hacía para dominar la emoción.

Sonreían también los que la despedían, pero en sus rostros se adivinaba una turbación y ansiedad indecibles. Cada uno de aquellos rostros expresaba el dolor de un modo distinto, y en todos se revelaba el propósito de aparecer serenos, de fingir indiferencia, de demostrar confianza. Su madre volvía el rostro de vez en cuando, como si llamara su curiosidad algo que pasaba, mas en realidad para contener el llanto; su hermana le arreglaba los pliegues del traje, le acariciaba la mano y la miraba con una larga mirada de cariño; su hermano, un apuesto oficial, se agitaba inquieto, hacía muchas preguntas, determinaba la hora de llegada á las distintas estaciones, la duración del viaje, daba consejos y hacía advertencias... Y él, el que debía ser el novio, apoyado en la portezuela del vagón, con el rostro contraído, le dirigía algunas palabras en voz baja, y luchaba por dominar algo muy grande que le subía del corazón á la garganta.

Ella tenía una voz simpática, dulce y armoniosa, pero con ese matiz apagado, con ese eco que vibra dentro de los pechos huecos.

El nombre de Panticosa me reveló lo que ya había sospechado; que aquella interesante y bellísima joven, estaba tísica.

Llegó al fin el momento de la separación.

Algún pensamiento de infinita tristeza debió empapar la mente de la enferma; alzó el velo que cubría su cara, mojado por las lágrimas, en vano contenidas; incorporóse, con el bello rostro inundado de indecible pena; miró, con una de esas miradas que

se enredan para siempre en el corazón, á aquellas personas queridas, y haciendo un supremo esfuerzo, enjugó sus ojos ardientes ó intentó sonreir...

Besó á su madre y á su hermana, que también lloraban, con una porción de besos apretados y violentos, y estrechó las manos de su hermano y de su novio... Se serenó de pronto; parecía comprender muy bien lo dramático de su situación; sus ojos hermosísimos brillaban, despidiendo luz... Pero el esfuerzo había sido demasiado fuerte; una tos traidora la acometió con insistencia, y entonces, no pudiendo hablar, sonreía, como si quisiera decir: «No asustaros, que no es nada...»

Sonó la campanilla de la estación; silbó la locomotora; salió el vapor furioso de las apretadas cajas, y empezó á moverse el tren, con la lentitud con que todo mal comienza.

Aquellos instantes me parecieron á mí, que era indiferente, muy largos. Las almas se asomaban á los ojos ansiosas, deseando abrazarse...

La enferma asomó su cabecita y su cuerpo esbelto por la ventanilla; y mientras lloraban los que la despedían, ella contenía la tos y se alejaba.

Yo permanecí inmóvil; el sol, que tocaba ya los bordes de la tierra, inundaba el horizonte de rojos resplandores, en medio de la decoración de fuego de aquella calurosa tarde, se destacaba con poderoso relieve la masa negra del tren...

Y mientras ella caería rendida, pensando quizás en las frías caricias de la muerte, ó en las húmedas brisas de los Pirineos, donde iba á buscar alivio, yo seguía mi-

rando, con las lágrimas en los ojos, aquél punto negro que se desvanecía á lo lejos, pensando también en la muerte que prefiere las almas buenas y deja las viles y corrompidas...



## EL CASTIGO

No la comparo á una estátua griega porque sus líneas curvas eran más pronunciadas que los delicados perfiles helénicos, y en vez de la ligereza espiritual de la belleza clásica, tenía su cuerpo la dejadez de los temperamentos ardientes y las pérfidas incorrecciones de la sensualidad.

En sus labios vagaba siempre una sonrisa provocativa; había en su cintura ondulaciones deslumbrantes; sus brazos eran redondos y mórbidos; la garganta cimbreadora, el seno espléndido, sin el poético recato de la virginidad, trepidando á compás de un anhelo interesante; y en sus ojos, chispazos de una luz inexplicable, que adormecía y excitaba al mismo tiempo, engendrando la inquietud del temor y las mortificaciones del deseo.

Ha sido orgullosa y traidora. Para ella el amor era un juego divertido y gracioso, cuyas peripecias despertaban su curiosidad, pero no interesaban su corazón.

Para el osado tenía favores, para el tímido una sonrisa benévola; la lástima fría con que el ahito compadece al hambriento.

Ha vivido cercada por la admiración; sembrando ingratitudes y recogiendo lisonjas...

Más ya todo pasó. Aquella belleza espléndida ha llegado al crepúsculo de lo que muere. Todavía su cuerpo conserva la esbeltez, porque lo bello deja tras sí una estela de luz, como las flores marchitas su perfume en la copa donde murieron; pero sus movimientos son menos ligeros, y no tienen ni las insinuaciones de la juventud, ni la imprevisión de la energía. Sí le queda cierta majestad, es á la manera de las arcadas del coliseo romano, soberbio aún en sus ruinas polvorientas.

Ya no tiene desdenes ni sonrisas de malicia. El tiempo la ha besado en la frente.

Los antiguos admiradores han huido de su lado, en busca de nuevos soles á cuyo resplandor embriagarse.

La savia de su hermosa naturaleza se ha reconcentrado en sus ojos, inundados de infinita tristeza, como el poema de la muerte y el adios postrero á la juventud y á la belleza.

Sus formas han perdido la gracia de la línea curva; sus manos han cambiado la rosada suavidad por la ingrata aspereza; y se faltaría á la verdad comparando sus labios secos con frescas amapolas, y sus mejillas con la transparencia de las rosas.

La vanidad le hace sostener una lucha desesperada por conservar los desperdicios de su hermosura.

Todo inútil. El edificio cuarteado se hunde irremisiblemente... Ha sonado la hora de la justicia.

Quiere sonreír serena y aparecer interesante. Es el recurso supremo del que muere en público, aquel recurso de los gladiadores vencidos, que adoptaban una postura airosa para recibir el golpe de gracia...



## FIN DE SIGLO

El café está hoy excelente... Tampoco el cigarro tiene mala cara; es oscuro como la tez de un mulatillo... ¡Y arde bien!



¡Que lucha tan espantosa! Lucha de ideas nobles y de egoismos brutales; de ambiciones locas y de errores estupendos. En el arte, en política, en religión, en literatura; ¡qué baraúnda, qué vértigo! El bien y el mal, el ángel y el demonio luchan á brazo partido, entre relámpagos de esperanza y sombras siniestras... Hermosos ideales se disipan como luces de bengala, ó sufren el bárbaro golpe del materialismo. Parece que el mundo empieza á hundirse, y la polvareda que se levanta nos envuelve á todos... Nos agitarnos en una atmósfera caliginosa, sin saber á donde ir. Lo inmediato, lo exclusivo, es satisfacer la vanidad ó las pasiones; más allá, casi no vemos nada.

Unos caen y otros se levantan; y en este hervor de enemistades y rencores, quizás también hay almas serenas y heroicas...

Es preciso luchar; la corriente nos arrastra, y el que quiera detenerse será arrollado por los que vienen detrás.

Luchemos, sí, ¿pero en qué campo?... La política no es la aspiración de la justicia; es el bandidaje colectivo, reglamentado; es la ambición de subir atropellando á los míseros, á los infelices; los filósofos se ríen unos de otros; muchos, la mayor parte, han convenido en abolir la filosofía misma: no hay más que hechos; los hombres de fe, ocultan su creencia, como en los tiempos de Vespasiano, ó se dejan arrastrar por las impacencias del orgullo; y en el arte, en la literatura, ¿dónde está la belleza?... Cada uno cree que es bello lo que le agrada ó le conviene...

Pero no hay que desmayar... luchemos.

Cuanto más reñida sea la pelea, mayor puede ser la victoria... ¿Que la mala fe inutilizará nuestro esfuerzo?... ¿Que vamos unidos amigos y enemigos y pueden herirnos á mansalva?... ¡No importa!... Es preciso vencer la indolencia y el escepticismo. Después de la tempestad vendrá la calma. Nos uniremos, los que amamos el bien, y al fin concluiremos venciendo...

Á luchar, pues... ¡guerra á los ambiciosos, á los estúpidos y á los farsantes!... ¡Guerra al egoísmo en todas sus manifestaciones!... Pero...



El café se enfría. ¡Que aroma tan exquisito se desprende de la pequeña taza, envuelto en ténue vapor! ¡Y el cigarro qué bueno es! ¡Qué ceniza tan blanca! Esta es la vida... Pulvis eris... Ceniza son las ilusiones; estos ténues hilos del humo son las esperanzas...



## LAS PRIMERAS ESCENAS

Vivía con su padre, guarda-vía de los ferrocarriles andaluces, en la caseta de estos empleados; en medio del campo, soportando en la soledad los volubles halagos de la naturaleza.

Cuando cruzaban los trenes, cargados de viajeros, sentía Cándida infantil curiosidad por saber cómo serían las grandes poblaciones á donde iba á parar toda aquella gente; pero nunca fué más allá de unos cuantos kilómetros y del pueblo cercano.

En la primavera, en los días templados y serenos, jugaba junto al riachuelo que pasaba cerca, se escondía en los floridos barrancos, saltaba setos y deshojaba flores. En los calores del estío, la sombra de una parra le servía de refugio; allí la enseñó su madre á coser, y allí se sentaba en las noches bochornosas, esperando que su padre hiciera la señal de vía franca á los trenes que pasaban. La época de los malos ratos era

el invierno: el frío, la lluvia y el viento, hacían muy penoso el servicio, y casi inhabitable aquella casita que parecía hecha para muñecos.

El paisaje era magnífico; y las hermosuras de la naturaleza, unidas al solitario género de vida, contribuyeron sin duda á hacer de Cándida una muchacha alegre, dulcísima, extraordinariamente sencilla y buena. Tenía delicadeza de sentimientos y una extraña precocidad; en su alma se reflejaba la agreste serenidad y la dulce melancolía de los campos.

En todos los objetos encontraba algo misterioso, que la atraía profundamente. Se encariñaba con cualquier cosa, de una manera obstinada. Besaba las alondras y las palomas, les daba de comer con su mano, y cuando alguna moría, le costaba estar mala de pena...

Su cuerpo era esbelto, exuberante, gracioso y fresco como vareta de nardos...



Todas las conversaciones de su padre se reducían á monosílabos; apenas si sabía hablar. De carácter sombrío, seco y amojamado, parecía una momia movida por secreto resorte. Tenía fama de valor y de buen corazón. Cuando se presentó en el pueblecillo cercano, como humilde empleado de la Compañía de ferrocarriles, nadie le conocía, ni dijo de donde era. Al poco tiempo hubo un incendio en la pequeña localidad, que consumió el ajuar y las casas de varias familias. El desconocido guardavía estuvo heroico y causó la admiración de aquellas gentes; y á pesar de su escasísimo sueldo, él fué el único que socorrió á los infelices perjudicados.

Otra vez ocurre un descarrilamiento á poca distancia. Varios coches se hacen astillas y aquello es un horror. Los viajeros se encuentran solos, sin más auxilio que sus propias fuerzas. Entonces él se presenta allí, y hace prodigios. Levanta el peso enorme que aplastaba á uno; saca la pierna de otro de entre las ruedas de un vagón; contiene la hemorragia de aquel, encaja los huesos descompuestos del otro...

Pero siempre estaba silencioso, enigmático, con su aspecto rudo y casi salvaje.

Todas las tardes, antes que llegara el último tren, cuando el sol se había escondido en unos olivares que había á la derecha de aquel rincón solitario, y los grillos y ranas chillaban desesperados, como si tuvieran empeño en que no se oyera el quejido incesante de la acequia, que saltaba estrellándose de peña en peña; cuando el aire se entretenía en preludiar una sinfonía en los alambres del telégrafo, y se percibía ya el silbato de la locomotora detrás de los cerros y el esquiloncillo de la ermita del pueblo, que tocaba á oraciones, el único personaje que aparecía en aquel escenario grandioso, era el huraño guarda-vía, que cruzaba tambaleándose, lleno el estómago de vino, la estrecha vereda que le llevaba á su desmantelada casa.

Allí estaba Cándida, siempre alegre y cariñosa. A lo mejor, cuando ella se acercaba sonriente para hacerle una espontánea caricia, encontraba en él esquivia frialdad ó le respondía con un gruñido de indiferencia. Pero en cambio, muchas veces, allá á la media noche, al salir á la vía á cumplir el molesto servicio, se acercaba á ella dormida, evitando todo ruido que pudiera despertarla, la besaba en la frente y en los hermosos ojos cerrados, y entonces los suyos, tan apagados de ordinario, se cubrían alguna vez, con el velo rutilante de las lágrimas...



Una noche esperaba impaciente á su padre. Al fin lo vió llegar más borracho que de costumbre. No se podía tener de pie.

La noche amenazaba ser cruel; el cielo estaba sombrío; el viento silbaba, se reía ó se quejaba, como si quisiera burlarse de aquel aparato fúnebre.

¡Qué noche más triste! pensaba Cándida, asustada y medio llorosa.

A todo esto, era la hora de hacer la señal de la entrada del túnel, al tren que se acercaba.

—Padre... el tren llega; dijo Cándida llamándolo.

El viejo se levantó vacilante, cogió su linterna y salió de la estrecha habitación.

Llovía de una manera desesperada, y á los pocos momentos, las ropas del guardavía estaban tan empapadas de agua como sus entrañas de vino. La linterna derramaba en el suelo vibraciones de luz roja, que se desvanecían en lo oscuro como relámpagos que salieran de la tierra.

Cándida seguía con la vista aquel reguero de luz, cambiante y siniestra, que le indicaba la marcha lenta y torpe de su padre; oyó los silbidos de impaciencia de la locomotora; vió pasar al tren, una masa negra y humeante, con las ventanillas vivamente alumbradas, como ojos asombrados abiertos en la oscuridad...

Después la lluvia, la sombra, el frío, su voz dolorida y ronca, que se perdía en las tinieblas llamando á su padre, que no contestaba, que no le contestó más...



Cuando la catástrofe tenía Cándida dieciseis años.

Recogieronla los empleados de la línea, compadeciendo muy sinceramente su desgracia, y hasta la mujer de uno de ellos, movida por un impulso de caridad, quiso encargarse de ella, tomándola como hija; pero era lo que su marido le decía: ¿cómo echar sobre sus hombros un peso tan grande, cuando ganaban apenas para poder vivir y alimentar á sus propios hijos? Además, la condenaban á una vida de privaciones seguras, en tanto que quizá por ahí algún pariente la acogería con agrado.

Se hicieron gestiones en busca de estos parientes, y al fin se dió con una tía de Cándida que vivía en Madrid, según decían bien acomodada, y á cuyo nombre consignaron á la muchacha, trasladándola gratis la Compañía en aquellos mismos trenes que á ella le inspiraban tanta curiosidad, cuando los veía desfilan por delante de la caseta de guarda-vía.

Ramona, su tía, era una mujer tosca y de aspecto antipático, aunque de buen corazón. Sus facciones hubieran podido ser hermosas, mas aparecían desiguales y duras, como forjadas á golpes de martillo.

Estaba casada hacía tiempo, sin haber logrado tener progenie, y había rodado mucho. Antonio, su marido, era un hombre vulgarísimo, sin educación, pero con la virtud de trabajar como un negro.

Los dos, reuniendo sus esfuerzos, habían tomado una tienda de vinos en el camino de los Carabancheles, y vivían relativamente desahogados.

A aquel tenducho destartalado concurrían los bebedores de baja estofa, bohemios, matuteros y mendigos. Y más de una vez, para cobrarles lo que habían bebido, Antonio tenía que sostener descomunales pendencias.

Excusado es decir, después de esto, que la taberna de Ramona era de lo más triste y sombrío que puede imaginarse. El casucho, construido con tablones viejos y mal unidos, estaba muy en armonía con aquellas laderas áridas, sin agua ni vegetación, que constituyen los alrededores de la Corte. Cuando el cielo se cubría de nubes cenicientas, y llovía, ó el viento se filtraba por las rendijas de las tablas, aquella atmósfera cargada con el humo del tabaco malo, los vapores del vino, y el olor de la ropa sucia y la gente pobre, se debía parecer á las cantinas de los buscadores de oro ó á los bodegones de los barrios bajos de Londres, á las trágicas sentinas de la miseria... Por la noche, Antonio encendía sus ahumados quinqués, y, colocado detrás del mostrador, con estúpida serenidad, contemplaba impasible á los matuteros repartirse el jornal del día, ó á los mendigos recontar sus ganancias.

Cándida se encontró entre aquella gente más aislada aún que en las soledades de la vía férrea. Acostumbrada á no ver más que un cielo claro y un sol esplendoroso, en medio de campos risueños, aquellas tintas sombrías y aquellos rostros, agrios y descompuestos por la miseria y el vicio, cayeron sobre su alma como una avalancha de amarguras inexplicables. Sus sueños de adolescente, las vagas dulzuras que adivinó, cuando por su cuerpo hermoso empezó á correr la savia de la pubertad, se encontraron, de improviso, frente á frente de una realidad

descarnada y horrible, que pesó sobre ellos con la desconsoladora angustia de un inmenso tedio.

La fina red de sus nervios se contraía de frío en las heladas mañanas del invierno; tuvo que ayudar á sus tíos en las penosas faenas, fregar la sucia vajilla, atender á la parroquia, cruzar por entre aquellos hombres groseros, que le decían obscenidades, y se regodeaban con la contemplación de su hermosura...

Al cabo de algún tiempo su rostro se había sombreado con la palidez mate de la melancolía, y por sus ojos grandes, húmedos, soñadores, asomaban de vez en cuando, las llamaradas del deseo de un alma inquieta, que buscaba inútilmente algo ideal...



¡El alma, el alma!... ¿quién ha deslindado sus potencias y ha medido sus energías? ¿Quién sabe cómo se engendran en ella esos puntos de luz, que son las ideas, esas fulguraciones de calor, que son sentimientos, esos impulsos desconocidos que nos empujan á través de la vida; esos surcos profundos de la conciencia, cauce por donde corren nuestras aficiones, nuestras pasiones y deseos, acaso como ríos caudalosos, cuya cuenca se ignora y cuyo desagüe se pierde en lo inexplorado?... ¡Ah, psicólogos desde Aristoteles á Tiberghiem casi habeis perdido el tiempo! Quereis describirnos el espíritu como á un mapa geográfico; á cada facultad su lugar, á cada tendencia su casillero, á cada idea su centro, á cada sentimiento su esfera... y á lo mejor el alma se escapa de vuestras manos, como vapor sutil que se evapora en las regiones de lo contradictorio, de lo difuso, de lo inexplicable...

Cándida, la niña agreste, educada en las soledades del campo, sentía en sus entrañas esa comezón inexplicable de lo bello, la nostalgia de lo infinito, traducida en aspiraciones ideales.

Algo fatal, algo que era como la resultante de las agitaciones de la carne y las languideces del espíritu, la impulsaba al amor, amor que presentía á través de una atmósfera sonrosada y pura, entre sonrisas y besos...

Y una mañana abandonó el tugurio de los Carabancheles en busca de espacio y luz; siguiendo á ese espectro de lo indefinido, encargarlo siempre de llevar á los soñadores al abismo...

Nadie al verla aquella mañana de Mayo, descender del tranvía en la Puerta del Sol, con la mirada inquieta y azorada, como paloma perdida, hubiera sospechado la inmensa inquietud de los pensamientos que cruzaban por su frente, ni las ansias guardadas en aquel pecho, envuelto en el humilde traje de la obrera.

Vagó sin rumbo por las calles; el ruido de los carruajes, la aglomeración de gente, el murmullo de la gran capital, la aturdiría dulcemente; pero, de vez en cuando, la realidad la despertaba con su punzante contacto. Se detenía ante los aparadores de los grandes establecimientos, y observaba, con ingénuo curiosidad, el lujo de las mujeres y el mirar despreocupado de los que cruzaban á su lado.

Cansada ya; no pudiendo permanecer más tiempo en el aislamiento de aquel extravío, se acercó á una florista, cuyo rostro joven y expresivo le inspiró simpatía. Le habló primero casi indiferente, con vehemencia después, luego con la efusión de las lágrimas...

Y poco después, cuando la tarde avanzaba, las dos muchachas bajaban juntas, como si se hubieran conocido toda su vida...



Á los pocos días, Cándida era la amiga de un alto empleado, muy fastuoso y con humos de aristócrata.

¿Cómo fué esto? Muy sencillamente.

La florista llevó á Cándida á su casa, en la que se amontonaban más de cien vecinos, de pobres oficios, vividores á su manera, y nada puntillosos en cuestiones de moral.

Allí conoció á la Juana, mujer de ojos saltones y fríos, habladora y zalamera.

Todas las rebuscas y gestiones que hizo Cándida para encontrar un trabajo ó manera honrada de vivir le resultaban al cabo infructuosas; aquella mujer interpuso sus buenos oficios, y le prometió que muy pronto estaría colocada ó ella había de poder poco.

Cándida no lo era tanto que desconociera lo bueno y lo malo; sabía lo bastante para que no pudiera encontrarse en ella la película de pudor que rodea á las almas vírgenes.

Todas las delicadezas de su sentimiento, la nativa bondad que atesoraba, le proporcionaron el escozor del remordimiento, se hallaron en crisis laboriosa, agriándose con la levadura del mal, formando en su espíritu un estado de irresistible inquietud, de vagos y mortificantes deseos...

No se deja únicamente de ser puro por un pecado solo; cabe una intoxicación lenta del mal, que va debilitando las energías latentes del bien; apoderándose del espíritu la anemia moral, esa postración amarga, que sin dejar de protestar, se hunde con cierta pasividad dolorosa en el abismo del pecado...

En ese estado de desfallecimiento la caída es muy fácil; tiene su explicación; el bien y el mal son como dos gases distintos encerrados en un sifón: el nivel del uno sube á medida que disminuye la densidad del otro...

No es fácil puntualizar aquí cómo pasó todo esto por el ánimo de Cándida. Creyó morir desesperada, concibió esperanzas de no sé qué, se decidió á obrar mal, se dejó llevar de la embriaguez de lo desconocido, se arrepintió luego; lloró cuando no lo esperaba, y amenazó sin saber á quién; á una determinación inflexible sucedió la relajación del abandono, y á un grito de rabia una súplica de misericordia; á cada hora mil figuras negras y burlonas la soliviantaban, y parecía que le iban poniendo pedacitos de hielo en el corazón y ascuas en el cerebro...

—Hija mía, —le decía la Juana,— no he visto una mujer más poquita cosa que usted; tiene el agua al cuello, y se está así, mano sobre mano, con unos remilgos tan raros... Hay cosas que parecen montañas, y luego resultan llanitas como la palma de la mano... Sobre todo, que usted no está ahora para melindres, y cuando se trata de guardar el pellejo...

Ella misma quizá no podría explicar cómo sucedió. Se vió agasajada, sintió extenderse á su alrededor una cadena de rosas, y esas murallas de mimos y galanterías que impiden la defensa; estaba sitiada con obstinación, sin tregua ni respiro, mas le

concedían una capitulación con honores de reina vencida; querían ahogarla, pero en atmósfera perfumada; el extrangulador de su honra era arrogante, tenía en sus labios palabras dulces y sonrisas amables, aunque frías y tristes como sol de invierno, y sus ojos miraban fijos, atrevidos, con resplandores de brasa encendida, en el fondo negro de la fragua...

Y una tarde, cuando la luz suave y triste del crepúsculo borraba los contrastes violentos; cuando los carruajes y los tranvías, cruzaban rápidos y atronadores, ensordeciendo el espacio con su rodar incesante, y la gente bajaba de los paseos, produciendo ese rumor de colmena, en que se mezcla el eco de mil conversaciones distintas, tristes ó alegres, procaces ó corteses, el crujir de la seda, las voces de los lacayos, el gritar de los muchachos, el ruido monótono de los pies sobre el embaldosado... Cuando las primeras luces del gas y de las lámparas eléctricas, están impacientes por apagar la poca claridad que va quedando en el cielo; cuando los teatros abren sus puertas, y los cafés se animan, y los comedores se iluminan; cuando en el horizonte y en la naturaleza todo es melancolía y tristura y en la villa animación y vicio... Cándida, recostada en una butaca, en el elegante entresuelo de una calle céntrica, con la mirada vaga y soñolienta percibía ávidamente aquel ruido confuso y aquella luz desfallecida que hasta ella llegaba, con la resignación amarga y la calma desesperada del náufrago, que, harto de luchar, se abandona muellemente en el seno blando de las olas...

Y su cerebro sobreexcitado latía violentamente, con la sensación del vértigo, con esa angustia de las pesadillas, en que se siente uno caer desde la altura á un vacío sin límite...



## HISTORIA BREVE

Hace algunos inviernos que era partiquina en Eslava.

En aquel escenario, escarnecido por el chiste indecoroso, pasaba desapercibida. Hacía papeles insignificantes, cositas de esas que no dan lucimiento, sin perjuicio de llenar su hueco en el coro cuando hacía falta.

Es tan difícil hacerse camino en las tablas, cuesta tantas vergüenzas y tantas opresiones, que á ella le parecía un triunfo haber llegado hasta allí.

Pero empezaba sin condiciones; modosita, sencilla, con la apariencia de una simple.

El público que aplaudía la hermosura y el atrevimiento, no se fijaba en aquella joven-cita delgada, figura decorativa que cruzaba la escena como una pálida estrella, sin las seducciones de la mujer ni de la artista.

Trabajaba sin embargo con decisión, con una constancia admirable. Era la primera que llegaba á la hora del ensayo; en todo era puntual; se aprendía los papeles perfectamente; atendía con prolijidad todas las observaciones de los Directores; procuraba agradar siempre, y cumplía bien.

En los chismes de la escena, en la lucha fiera con sus compañeras, en las envidias que despertaba su aplicación, se defendía con coraje, pero concluía por llorar como una niña mimada á la que le quitan sus juguetes, detrás de un bastidor, ó en su cuarto miserable del escenario.

El insulto ó el desprecio más pequeño llevaba á su rostro el ardor de la sangre y á sus ojos el brillo de una cólera profunda y devoradora, que se trocaba en llanto desconsolado y angustiosísimo, para deshacerse en seguida en sonrisas, cuando la cosa más insignificante la distraía en su pena.

En sus ojos se veía la luz serena de la inteligencia; en su cuerpo gracioso, había movimientos de pasión, indicios de un temperamento nervioso; en su valor para trabajar y sufrir algo de la firmeza del héroe; y en sus sonrisas y en sus llantos el sentimiento y alma volubles de una mujer inquieta, confundido todo en una mezcla indefinible y seductora.

Ignoro de donde vino, ni quien fué su familia, ni como había vivido antes de que la encontrara en aquella casa de huéspedes donde nos conocimos. Su rostro suave, abrillanado por la palidez, sus ojeras aterciopeladas y aquel mirar triste y humilde, denunciaban los sufrimientos pasados tal vez en los comienzos de su carrera artística, cuando quizás pordioseaba á la puerta de las Contadurías el mísero jornal de la corista.

Todos los días nos veíamos en la mesa, principalmente á la hora de la comida. Durante algún tiempo no cambiamos una sola palabra; nos mirábamos con curiosidad y nada más; pero al fin llegamos á ser amigos, y creo que de todos los huéspedes fui el único que llegó á inspirarle confianza.

Acabó por contarme cuanto le pasaba: intrigas de bastidores, traicioncillas de las compañeras, apuros económicos, y hasta las pretensiones y compromisos amorosos de índole más reservada... Durante algún tiempo yo tuve mis inquietudes con respecto al carácter de aquella amistad; pensé si mi actitud de afecto respetuoso pudiera parecerle á ella una timidez ridícula; hubo ocasiones en que temí haber despertado en aquella muchacha sentimientos de índole muy distinta de la amistad, á los que muy facilmente hubiera respondido mi corazón; pero sus confianzas, su ingenuidad encantadora, y la docilidad infantil con que seguía mis consejos, convencieronme de que no podíamos ser más que amigos, en el sentido más exacto y honesto de esta palabra.

Le hice algunos favores que me agradeció con toda su alma y ella tuvo conmigo atenciones que dieron mucho que hablar á aquellos majaderos de la casa de huéspedes; pero juro en conciencia que nada más puro que nuestro afecto.

Estuvo mala con un catarro ó grippe tan fuerte que parecía una pulmonía; yo entraba en su alcoba, en aquella habitación grisácea, estrecha, llena de muebles viejos y empolvados, y la acompañaba, le leía la sección de teatros de los periódicos, y hasta le serví de enfermero alguna vez, dándole las medicinas; ella me esperaba con impaciencia; decía que presentía mi llegada, que oía mis pasos desde que me acercaba á la casa, á pesar del ruido endemoniado de la calle...

Una tarde ya de primavera, pero de esas nubladas en que acomete de improviso el viento frío, como en las más crudas del invierno, nos encontramos por casualidad en la plataforma de un tranvía en la calle Mayor. Iba muy elegante, y muy desabrigada, y, viéndola temblar de frío, me dió lástima, y le echó mi abrigo sobre los hombros. No dijo nada, pero al instante la ví conmovida, con ímpetus de llanto.

—¿Que le pasa á usted, hija mía? —le preguntó.

Y entonces ella, sonriendo, con los ojos henos de lágrimas, y apretándome los dedos con mucha fuerza, acercó la cabeza, y me dijo muy bajito: ¡Que es usted muy bueno!...

Á pesar de esta sincera amistad, nos separamos sin contrariedad alguna, cuando se fué á trabajar á provincias.

Y, cosa frecuente en las tablas; ella que en Madrid no se había distinguido nunca en nada, ni había pasado de ser una partiquina insignificante, en Zaragoza, sin que sepa por qué circunstancias, obtuvo un éxito asombroso y se captó las simpatías del público hasta el delirio; estos triunfos se confirmaron á los pocos días en Barcelona; los bombos de la prensa eran francos y entusiastas, y ví con asombro que aquella insignificante y espiritual muchacha se trasformaba en poquísimo tiempo, en una de las tiples más estimadas y populares de España.

Sin embargo, ni pensó en escribirle ni ella se acordó, en medio de sus grandezas, del amigo de Madrid, del confidente de sus penas.

Yo también había prosperado; ya no era el modesto empleado de la casa de huéspedes; era un personaje.

Cierta noche, al entrar en el teatro de una capital de segundo orden, me sorprendió ver en el cartel su nombre, en letras muy grandes.

Esperé impaciente la representación, y la ví emocionado aparecer en escena á representar el Ghateau Margeaux. Estaba monísima; con su delicada figura de colegiala, y aquella cabecita rubia, de perfiles tan finos y elegantes... Trabajó admirablemente, bordando el papel de ternuras insinuantes, de gracejo exquisito, de ingenuidad encantadora... La aplaudieron con entusiasmo.

En cuanto terminó la obra fuí al escenario y pregunté por ella. Al principio no me conocía, pero luego me tendió las dos manos, estrechando las mías con efusión.

Noté que se puso densamente pálida; me contó rapidísimamente sus éxitos; al hablar miraba con inquietud, con temor mejor dicho, á la puerta del cuarto, que se hallaba entornada, y comprendí claramente que estaba preocupada, y que no se atrevía á decirme algo importante.

Al fin se impuso nuestra antigua amistad, y me dijo que tenía un amante que era muy celoso, que le daba una vida infernal; que la trataba peor que á una esclava, y le tenía un miedo horrible...

Vea usted, vea usted, me decía con los ojos brillantes y la voz temblorosa, mostrándome en la blancura de sus brazos torneados la huella morada de los golpes...

Rogóme que me fuera, y no volviera á buscarla; me dijo que nunca me olvidaba; que yo era el único amigo que había tenido en su vida; y que le tuviera lástima, porque, en medio de sus triunfos artísticos, era muy desgraciada.

Así lo hice en todas sus partes, y aún hice más, que fué no acordarme más de ella.

Pero estaba sin duda escrito, que nuestra amistad no acabara de un modo tan prosáico.

Hallábame, un año ó dos después de esto, de paso en un balneario concurridísimo, pero triste como un cementerio. El hotel, tan pomposamente anunciado, tenía el color de la tierra árida y polvorienta; aquel patio de recreo, entre las Villas amarillentas y empolvadas, entre aquellas paredes alineadas, parecía el patio de una cárcel ó de un manicomio; la animación de los bañistas era ficticia; los rigodones del salón eran un pretexto para distraer un hastío profundo, mortal; las conversaciones de la mesa, en voz baja, parecían los discreteos de un duelo; cuando llegaban caras nuevas, todos las miraban silenciosos, como mirarían los muertos, viendo llegar á sus compañeros.

El novicio sentía que el hotel se le venía encima, que le invadía aquella tristeza gris del egoísmo de los demás, del campo agreste, de las estrechas habitaciones, del rastro fúnebre que deja tras sí la enfermedad, aunque la moda quiera alegrarlo, y el lujo cubrirlo con sus flores de trapo...

Una mañana al salir del angustioso cuarto, para respirar el aire puro, me detuvo una camarera de cara bonita, pero ajada y estúpida, sonriendo con la inexpressión reglamentaria y el hastío propio de aquel Establecimiento.

—Usted es don Fulano, verdad?

—El mismo, hija mía.

—Pues del pueblo han traído esta cartita para usted.

La carta era de mi antigua amiga. «He leído en el periódico que está usted aquí, —me decía,— y le agradeceré en el alma que venga á verme, pues estoy bien mala, y me alegraría mucho de poder hablarle»...

Fuí al poco rato á donde me designaba; una casita de las afueras del pueblo, á medio construir, sola en el campo.

En una habitación baja, desmantelada, amueblada risiblemente, con muebles alquilados, que querían ser lujosos, me encontré á la pobre artista en cama, tan desfigurada, que no la hubiera conocido de no saber que era ella.

—Dios lo envía á usted por aquí; era horrible morirse así, sin ver una cara amiga...

Y me acabó de contar su triste historia; su madre había muerto hacía tiempo; su amante, después de explotarla miserablemente y de tratarla peor que á un perro, como ella decía, la abandonó al verla enferma, inútil; y no era esto lo peor, sino que la abandonó por otra, por una amiga y compañera, á quien ella tanto había protegido...

—Pero ahora no es ocasión de pensar en esto, —me decía revelando su alma generosa;— en vísperas de morir hay que perdonarlo todo, todo aún las más grandes iniquidades... ¡Y yo los perdono, sí los perdono á los dos, de todo corazón!...

—No piense usted en morirse todavía —le dije, por decir algo.

—No, amigo mío, —me contestó;— esto no tiene remedio; he vivido muy deprisa, he sufrido mucho... Hace bastante tiempo que estoy enferma, y cada día peor... No sé el año pasado como no me morí en Bilbao... Pero ya esto se acaba pronto...

¡Y vaya si se acabó! Á otro día por la tarde...

Y no he de profanar, relatándolos, el recuerdo de su cristiana muerte, los conmovedores encargos que me hizo; la despedida resignada de la vida, en los días de la juventud, de aquel espíritu, que habiendo vivido entre el vicio, logró conservar siquiera vislumbres de pureza, sentimientos desinteresados, un poco de amistad...

## NUEVA PRIMAVERA

Acariciadoras y alegres, impregnadas de perfumes, envueltas en las ondas luminosas de los días serenos, llegan las brisas del buen tiempo.

Y el resurrexit de la naturaleza se extiende como un eco dulce y tierno en el espíritu.

Somos así; nos envuelven las sombras violadas de la tristeza ó nos desperezamos en el hastío de las contrariedades, y basta un rayo de sol alegre ó un beso del aire perfumado para calmar la irritación del alma.

Vivimos luchando, mortificándonos, tejiendo nuestras debilidades con las debilidades del prógimo, y vienen las brisas primaverales á decirnos al oído: «Tonto, te ahogas en un vaso de agua; mira al cielo que sonrío, á la tierra que florece; mira como el rosal, que era una zarza desnuda en invierno, arañando los bordes de un camino helado, se

cubre ahora de ropaje verde y de flores embriagadoras, y cómo los árboles, que eran esqueletos clavados en la tierra, se trasforman en dosel delicioso, donde van los pájaros á esconder su felicidad; tu savia es más potente y delicada que la del rosal y la de los pájaros, no la gastes en producir, como las plantas que se secan, resinas amargas...»

Y ante estos razonamientos de la brisa, el alma se siente oreada y rejuvenecida, y amortaja sus penas y sus ilusiones muertas, cómo se amortaja el cadáver de una virgen: en el ataúd blanco del olvido, cubierto de flores, que son nuevas esperanzas...

Bien venidos los días de los esplendores y de los perfumes. El cielo, intensamente azul, por donde cruzan leves nubecillas blancas ó sonrosadas, se nos ofrece como una promesa, y la vida, agitándose inquieta y poderosa por doquiera, nos hace sentir el halago de este estremecimiento universal de placer.

La naturaleza sonrío, nos atrae con una caricia silenciosa, y nos ofrece su seno espléndido para que en él repose nuestro pensamiento, cargado de preocupaciones y de afanes miserables. Parece una esclava enamorada que busca la reconciliación con el amante desdeñoso.

Si en las lindes del camino de la vida encontramos paisajes risueños, ¿porqué no recrear la vista en esas perspectivas encantadoras, inundadas de luz? Ellas nos harán olvidar las fatigas del viaje y las majaderías de los acompañantes.

Los días de mayo son días benéficos. Cuando se siente fermentar en las venas el vino generoso de la juventud, cuando se puede esperar y amar, cuando las ilusiones brotan de la fantasía como burbujas brillantes que hieren el sol, los colores y los perfumes

son mensajeros de ventura, hermanos de esas ilusiones y esperanzas, con las cuales se funden en abrazos invisibles.

El amor es la esencia de la vida, lo más íntimo de los seres; brota lo mismo en las rocas abruptas que en los valles floridos, lo mismo entre amarguras que entre deleites; mas para que desarrolle todo su contenido divino, para que se nos muestre esplendoroso y consolador, necesita también ambiente y clima, transparencias en el cielo, pureza en el aire, desinterés en el espíritu, juventud en el corazón...

Esto lo saben los artistas y los poetas, que buscan en la naturaleza interpretaciones maravillosas, y descubren en las líneas, en los colores y en los sonidos, fulguraciones del espíritu, que vive alumbrando la realidad toda. Por eso han hecho siempre de la primavera la época feliz de los idilios.

La vida del artificio es la vida del pesar, la vida del egoísmo; escondidos en las ciudades, los hijos del progreso, vivimos bajo la pesadumbre inmensa de lo convencional, y es menester que las brisas regeneradoras de mayo vengan á recordarnos que existen hermosura y calma en las serenas regiones que hay fuera de nosotros.

La naturaleza en su lenguaje inconsciente alaba á Dios; es bella, es alegre, es buena, es Cándida; el hombre, el rey de lo creado, el autónomo, el libre, el progresivo, está triste y ajado, roído por la envidia, inquietado por el deseo, destrozado por la duda, extenuado por el remordimiento.

Canta la brisa una suave melodía, al cruzar por entre las verduras del bosque, recogiendo el aliento de las flores y los rumores del agua, y esa misma brisa llega á

nuestra frente arrugada, donde podían latir ideas brilladoras, alegrías vibrantes, y encuentra en ella pensamientos tediosos, tristezas de escepticismo...

Para ser feliz es menester empezar por querer serlo.  
Hay que convenir con el poeta en que

Es un horror para el azul del cielo  
que haya tantos dolores en la tierra!

## PIDIENDO IMPOSIBLES

En las granadinas, hasta las devociones son simpáticas. Los días seis, suben á San Nicolás, cruzando las calles del barrio morisco; contemplan desde allí la Alhambra, la vega, la amada Sierra, que nunca ojos granadinos se cansan de mirar, y rezan en la mudejar iglesia, callada y misteriosa, cuya esbelta y blanca torre, que parece de nieve, se eleva en aquellas alturas como estandarte de pureza, frente á los minaretes de la Alhambra, donde duerme la sensualidad... Llega el día veintidos y van en romería por la carrera de Darro, con la dulce sonrisa en los labios y la firme fe en el corazón, á rezar en otra iglesia solitaria, construida junto al tajo que amenaza soterrarla, á la «abogada de los imposibles».

La entrada del templo, que semeja una fortaleza cuyos muros lame el soñoliento Dau-ro, invade el lecho del río; ante el pórtico, en la placetilla semicircular que dá frente á Granada, la sencilla cruz de piedra es testigo inmóvil y perenne de aquel hermoso cuadro, tantas veces copiado: el arco roto, los puentecillos adornarlos de jaramagos,

las robustas piedras grises y verdes laderas; y arriba, vetustas portadas, celosías de conventos, cerradas siempre como los votos, balcones rientes cuajados de flores, arbustos ó higueras que asoman su cabeza; y más alto, las rojizas murallas que se desmoronan y el Generalife que se vislumbra.

El aire trae la frescura de los avellanos y la melancolía de los álamos del «paseo de los Tristes.» Por las tardes se unen allí tantos colores y perfumes á la música lánguida del río, que el espíritu se embriaga sin querer, y la vista resbala desde el palacio árabe á los muros de los conventos, de donde sale la voz sugestiva y vibrante de la campana, ó la canturía de las monjas, en tanto que enfrente, los ruiñeños cantan sus abrasados amores...



¡Bien hacen las granadinas teniendo esa fe que espiritualiza y fortifica su vida; que las hace resignadas con la desgracia, heroicas en los trabajos, alegres en medio de la universal tristeza, sencillas, humildes y honestas!

Busquen otras los éxitos momentáneos, esas lisonjas que, como relámpagos, deslumbran sin alumbrar; la granadina neta, será la que pasa graciosa y humilde, como la visión purísima del Dante, enamorada y creyente.

La devoción, sin embargo, no las hace supersticiosas; al contrario, pocas mujeres, como las nuestras, profesan la verdad católica con tanta rectitud y fidelidad. ¿Cuántas veces no os han sorprendido, en las grandes crisis de la vida, cuando la experiencia y sabiduría de los hombres vacila y se amedrenta, con su criterio firme, sencillo y luminoso, como la fe misma que lo inspira?...

La granadina reza, más no abandona la tierra en místico éxtasis; atiende á lo terreno con miras generosas, y es picaresca sin descaro, apasionada por temperamento, discreta y graciosa...



¿Qué es absurdo que una santa consiga imposibles del cielo?... Solemos llamar casualidad, maravillosa casualidad, á lo que ellas llaman milagro. Una jovencita queda huérfana, pobre, casi sin familia ni amigos; ¿qué ha de hacer? Se encomienda á Dios, pide con lágrimas á sus devotos santos que la ayuden, y si por casualidad un pariente desconocido se acuerda de ella ó un hombre honrado la solicita y se casa, ¿quién tendrá derecho á profanar su fe?

Al borde de la ruina ó al borde del sepulcro ¿cuántas veces no surgen hechos imprevistos, sucesos inesperados que cambian la faz de las cosas, como aquellos súbitos cambios de los poemas clásicos, que los retóricos llamaban máquina, cambiaban la situación de los personajes, y el ánimo quedaba suspenso, trocándose la pena en alegría, y el irremisible hado en ilógica ventura?...

Si no creéis en la Providencia, respetad la fe de las mujeres y pasad sin reiros; más si creemos en Dios, ¿cómo negar su poder omnipotente?...



Oreadas por el fresco airecillo que acaricia sus cabellos; sin preocuparse de grandes problemas, ni rendirse en la ruda lucha del vivir, elegantes sin presunción, apacibles

y risueñas, van las jóvenes devotas á Santa Rita. ¡Dios les otorgue el especial favor que anhelan, que será, sin duda, legítimo como sus deseos y dulce y grato como sus sueños!...

No teman la esquivez de los hombres ni piensen que sus devotas prácticas las alejan del mundo. El mundo está loco, pero tiene intervalos lúcidos, y distingue al cabo el oro del oropel.

Si hombres pusilánimes desconfían de la mujer, es porque no conocen á estas.

Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen. Buscan la felicidad en la aparatosa forma ó en la deslumbrante elegancia, y no el seguro puerto, el tesoro de ternura de la mujer que reza...

## EN EL CARMEN

Tupidos bonibus adheridos al encañado cubrían el estrecho mirador, formando una gruta de verdura; solo por uno de sus lados, como inmensa y hermosísima decoración, por encima de hilera de frondosas macetas de claveles, geranios y albahaca, extendíase el panorama de la Alhambra, el Generalife, el cerro del Sol, y á la derecha, en lo hondo, Granada, con sus diminutas casitas amontonadas, perdiéndose á lo lejos, entre los tonos oscuros de la Vega y el claro matiz del cielo.

Aquella glorieta era el sitio predilecto; una mesa blanca estaba allí esperándonos, y muchas veces el último rayo del sol, después de acariciar el mirador de Lindaraja y los tristes balcones de la Sala de Comares, arrancaba destellos de rubí y topacio de los vinos de la alegre comida. Alrededor de la plazoleta, el jardín con sus cuadros de flores, sus estrechos senderos, los largos y sombríos parrales, el mudo y verdoso estanque, los fríos troncos de las higueras, y los frondosos

frutales, todo jugoso, húmedo, con brillantísimos colores, formaba un rincón de enervante poesía.

¡Horas dichosas aquellas, en que las frescas brisas que subían del Dauro nos refrigeraban, y oleadas de perfumes y armonías lo inundaban todo! La Alhambra, siempre expresiva y triste, allí enfrente, era la amiga y el testigo de nuestras inocentes alegrías. Vímosla todos desde niños, y ella fué nuestra perenne ilusión, lugar de ensueños juveniles, reveladora constante de ansiados ideales. Sus brisas nos traían el halago de caricias; rumor de castos besos había sido siempre el susurro de sus bosques, llenos de misterio y grata penumbra; y sus alicatados multicolores, vistos de lejos, entre los rojos torreones y las carcomidas murallas, eran la imagen de nuestra juventud, cuajada de los colores de las ilusiones, adormecida y desmoronándose en lánguida pereza...

No nos reunía la amistad de un día, sino el afecto de toda la vida, el respecto y admiración recíproca, la noble semejanza de caracteres, grata cadena de mirto y rosas. No hablábamos de las groseras cosas de la vida, que agitan hoy los espíritus movidos del bárbaro escepticismo; no teníamos ambiciones ni enconos, ni emulaciones mortificantes, ni competencias de ingenio; eran nuestras risas la moderada expansión de la amistad, y ajenos á las luchas de la vida social, éramos poetas sin lira y sin rima, que gustábamos un momento las dulzuras del descanso en aquel pequeño oasis, al lado del áspero camino...

Nos recreaba el arte, nos embebía la naturaleza, y como síntesis de ambas, aquel amado vallecillo del Dauro, que veíamos á nuestros pies, y la sugestiva Alhambra, que era nuestra musa.

Vibraba en las manos de alguno la guitarra con sublime maestría, dejando escapar sus ayes y suspiros, sus apasionamientos locos, sus cantos de amor; entonaba otro con voz emocionada, nuestros cantares granadinos, mezcla extraña de tristeza de amor insaciable y de llanto de plegaria; cruzaban á veces, en aquella placidez, como estrellas fugaces, las frases de ingenio, ó una sentida poesía, ó se comunicaban los sentimientos en voz baja, temerosos tal vez de que desapareciera el encanto misterioso...

De improviso, en el silencio de aquellas horas, entre los frescos suspiros de la noche, sonaba majestuosa y solemne la campana de la Vela.

Era la señal de despedida. Y bajábamos las tortuosas callejas del Albaicín, pasando silenciosos como sombras por aquellas encrucijadas, semillero de leyendas, mundo de ensueños; al mismo tiempo que los ruiseñores cantaban en el bosque, al rumor del agua, sus hondas quejas y sus tiernos amores.



## LAS HORAS MUERTAS

Empiezo esta meditación sobre el tiempo perdido, con unos versos que acabo de leer:

Corazón, mira hacia atrás  
Y latidos más serenos  
Por dicha tuya tendrás;  
Pues si no hay placer de más,  
Hay sufrimiento de menos...

Sí, es grato recordar; más nos exponemos á tropezar con la piedra negra de los engaños, y echar de ver en el camino los parajes áridos de los días perdidos, las horas derrochadas, que fueron cayendo lentas, perezosas, como los copos de nieve de la indiferencia, en el abismo del tiempo...

La tristeza del remordimiento se apodera del alma al contemplar el tiempo que se ha perdido á lo lejos para no volver mas... ¡Cuántos días y cuántas horas oscurecidas por el desencanto y por el hastío, forman la masa grís de la existencia, la obra muerta de la vida! Ésta evoluciona implacable; el tiempo pasa suave y poderoso, como caricia de fiera. Si la esperanza sonríte; si la dicha colora las horas y la sonrisa los labios, el tiempo es un madrigal, una brisa que orea y alegra; si el dolor ó las contrariedades atormentan, es tirano que hiere con mano fuerte, vendabal que azota; pero si se va la vida sin aromas de virtud ni ahincos de trabajo, el tiempo es el estúpido caer de la gota que se filtra en la roca, el monótono martilleo del yunque de aborrecido trabajo...

El estudio forma al sábio, la fe y la caridad al santo, la ambición al poderoso, el trabajo al artista; solo el perezoso no es nada: producto híbrido, infecundo, masa corrompida...

Sin firme energía espiritual, es difícil sustraerse á las influencias del ambiente social; las costumbres, como el aire, tienen gérmes de vida y muerte: purifican ó infeccionan. Pero van mezclados, y nos es fácil separarlos.

El Café es un hábito que responde á una necesidad de los tiempos: al deseo de disparatar y discutir que todos sentimos; además es un refugio confortable para los desocupados, punto de cita para los que no quieren estarlo, cátedra para los ignorantes, y mesa de disección, según Leopoldo Cano, para los murmuradores.

Los cafés han extendido extraordinariamente la sociabilidad, pero haciendo este vínculo más superficial; han favorecido la fusión de clases, pero han contribuido poderosamente á la formación de la burguesía, incolora y egoista.

Estas reuniones son un fenómeno de química social curiosísimo: los individuos se agrupan por afinidades peculiares, con precisión maravillosa; á un lado los ruidosos, á otro los misántropos; aquí los políticos y allí filósofos á su modo, jóvenes y viejos, tontos de remate, ó listos en demasía; pero, casi siempre, la necedad á borbotones, la barbarie del pensamiento, la conversación indecente, el comentario salvaje...

La reunión del café ha sustituido á la de familia; suele ser hogar del que no lo tiene, ó prescindir del suyo.

Y la voluntad que más se envanece de su libertad, el que se supone más independiente, se hace esclavo sumiso del hábito, y sigue, quizás toda su vida, como manso buey, el surco profundo que aquel le traza...

En invierno el Café tiene su atractivo; la atmósfera, aunque insana, está caliente; el oído se acostumbra al rumor de tantas conversaciones; y el calor, el ruido, la aglomeración de personas, y la bebida misma, hacen que la sangre circule con más rapidez y una animación ficticia invada al espíritu.

Pero las horas que en él se pasan es tiempo que estérilmente se pierde, son las horas muertas de la existencia. Si el sueño es imagen de la muerte, la pereza es imagen del sueño. Mas el sueño tiene su despertar tranquilo, y la pereza el desvelo de la pesadilla. Cuando cerrais los ojos, el alma se ausenta discretamente para que pueda reposar el cuerpo; el mundo entero, con todo lo que hace pensar ó sufrir, desaparece, como los contornos del cuadro cuando falta la luz... En la pereza no; dormita el cuerpo en la inacción, mas el espíritu cosquillea allá dentro; revuelve los deseos más ardientes; levanta mares de inquietudes para el porvenir, y la imaginación, excitada con la

misma quietud exterior, hace soñar con las empresas más imposibles, pinta las ambiciones más halagüeñas como irrealizables, hace sentir anticipadamente todos los dolores del trabajo malogrado... El sueño es el margen ó la página en blanco en que descansa la vista; la pereza el texto borroso ó ilegible de una mano torpe...

Y es indudable que no pocas horas han muerto para la juventud y el trabajo, mirando la luz filtrarse á través de los cristales; contemplando los reflejos que arranca de los frisos dorados, de las lunas brillantes, de las bandejas de níquel, de las lámparas, cuyas figuras rientes sostienen las bombas de esmeril; ó el paisaje oscurecido por el humo, cuyo cielo azul cruzan ligeras nubes sonrosadas...

## TORMENTA

¡Ea! Ya pasan los aviones chillando y sacudiendo sus alas parduscas, mojadas con las primeras gotas de lluvia; allá, por el norte, se levanta una nube muy negra, que sube y se extiende ocultando á las otras, blanquísimas, amontonadas en el cielo como vedijas inmensas de algodón; el viento viene fresco y húmedo, trayendo el olor del campo y vapores de tierra mojada; brillan los tejados y los adoquines, y la gente acelera el paso, aspirando con gusto aquellas ráfagas húmedas, y mirando con recelo la oscuridad que se viene encima...

¡Ah! se ha abierto el cielo, y el fulgor del primer relámpago deslumbra los ojos, con su luz azulada y vivísima...

Lento, pausado, como torrente de piedras que ruedan, como tela que se rasga, el trueno llena de ecos el espacio.

Otro relámpago nos deja ciegos un momento; un cosquilleo eléctrico recorre la epidermis. El cielo parece que se levanta y se ensancha; se sienten deseos de volar, de cruzar sereno por entre aquellos elementos encolerizados...

Arrecia el aguacero; la lluvia se hace tupida, como una malla de hilos líquidos que todo lo envuelve; choca contra los cristales, chorrea por las paredes, y baja por las aceras como río desbordado...

Ya empieza á ceder; se ha abierto un hueco de claridad entre dos nubarrones cárdenos; la lluvia se ablanda, cae más fina y perezosa; una luz blanca ó intensa sube rápida, acometiendo con decisión á las nubes negras, que se batan en retirada...

La cabeza se despeja; los nervios se tranquilizan; aquellos pensamientos punzantes, aquel rescoldo de contrariedades pequeñas, de preocupaciones nimias, pero inquietantes y mortificadoras, se van alejando lentamente, como la masa negra de las nubes...

Antes que en el cielo, había sentido dentro de mí la oscuridad del hastío, la conmoción eléctrica de la impaciencia, los relámpagos del despecho...

Había salido de clase, de aquella clase gris de la Universidad, sin luz de sol ni de ciencia, harto de oír conceptos vulgares, inútiles, oscuros y macizos como piedras, palabrería gárrula del Profesor pedante y aburrido, que tartamudeaba y sonreía como un mono; fuí casa de don Blas, á ver si me daba dinero, y me recibió en visita, con su señora, tan estúpida y habladora, que había tenido que bajar la cabeza, callar como un tonto y escapar de allí para no ahogarme; fuí á buscar á mi amigo Manuel, y no

lo encontré; pasó á ver si la veía á ella, y nada; tropezó en el camino con una camilla, donde llevaban un enfermo al Hospital; ví en un aparador un precioso y elegante traje, que no podía comprar; en una librería, un libro primoroso y nuevecito; me acordó que tenía que estudiar mucho, y que escribir dos cartas urgentes y molestas; que tenía que pagar una cuenta al día siguiente; que no podía ir al café; que estaba constipado... Y todas estas cosas formaron sin duda la nube que tan oportunamente descargó...



## DE PASO

Estaba muy de prisa, pues no me quedaba tiempo para hacer todas las visitas de despedida. Fuí tachando de la lista, primero los menos simpáticos, aquellos con los cuales me había unido sólo la casualidad ó conveniencia del momento, después los de más etiqueta, luego los que vivían más lejos, los amigos de café ó del Ateneo; de modo, que las visitas se redujeron á tres ó cuatro.

Cuando cruzaba las calles, y veía aquellos tipos de siempre, con quienes tantas veces me había encontrado, experimentaba una sensación de tristeza; ellos eran en realidad mis únicos amigos; miraba al fondo de las tiendas, y á los lujosos escaparates y todo lo encontraba igual; yo solo había cambiado.

Una tarde, cuando iba más abstraído, me encontré á Joaquina. Los dos nos detuvimos; ella parecía asombrada, sin saber qué decirme. Yo también confieso que me sentí turbado.

Me contó que había pasado una temporada fuera de Madrid, en Portugal, y que á su regreso estuvo bastante mala. La encontró, en efecto, muy desmejorada; tenía los labios secos, el rostro pálido y hundido; sus ojos expresivos y claros miraban con un mirar lánguido, que caía sobre mí como triste caricia; conservaba su elegancia, pero se adivinaba en su trajecito gris una lucha formidable con la miseria.

—Me alegro de haberte encontrado, —le dije, estrechándole la mano, que ella no retiró, como si otorgara un perdón que no se había pedido;— así me despido de tí; me voy.

—¿Por mucho tiempo? —me preguntó con aquella voz suave, insinuante, tan dulce y expresiva; con aquella voz que en otro tiempo me hizo temblar y soñar; con aquella que yo escuchaba algunas veces con los ojos cerrados para oirla mejor, para que entrara toda en mi alma; aquella que al sentirla me producía emoción tan súbita y profunda como si un rayo cayera á mi lado; aquella con cuyas notas se fué mi vida y se apagaron mis horas felices...

—¡Quizás para siempre! —le contestó con el brío del que se clava un puñal; con la decisión heroica de quien tiene ya trazado su camino; con el arranque brutal del que quiere romper algo y lo arroja con fuerza.

Hizo un movimiento de sorpresa y me miró fijamente; luego, como un débil tallo que se dobla, bajó la cabeza, se quedó un momento callada, y la levantó enseguida, serena y humilde, con los ojos brillantes como si á ellos fueran á acudir las lágrimas, con aquella mirada tan triste y resignada...

—Bien; ¡qué le hemos de hacer!... ¡Que seas muy feliz!...

Y todavía hablamos algunas palabras; más que hablar, nuestras almas se contemplaron en muda despedida, como se despiden dos gotas en la cresta de la ola, ó dos hojas que unió el remolino...



## EL SERMÓN

Tenía el cuerpo enflaquecido y el alma vacía. Rachas de viento helado y remolinos de dudas cruzaban por ella, dejándola aterida y solitaria.

Todavía sentía estremecimientos para el amor, y buscaba en púrpuras ojos la llama azulada del espíritu. El amor se me ofrecía como un recuerdo lejano. Tal vez más que un recuerdo, era un presentimiento; lo cierto es que en mi alma cansada latía de vez en cuando la arteria de la espiritualidad.

Causábame tedio la vida incoherente; muchas veces me detenía en las calles sin saber á donde dirigirme; miraba las lujosas baratijas que se ofrecían á mi vista, y quedaba como asombrado de lo que siempre había visto.

Las aceras de la Puerta del Sol y de la Carrera, eran para mí desfiladeros de fantasmas; aquellas gentes, que discurrían mustias y silenciosas, me parecían preocupadas por algo triste...

Era que yo llevaba dentro la tristeza, la nostalgia de la tristeza misma, sentida allá entre la luz y las flores, en la Andalucía de las altas cumbres nevadas...

Vida social, amigos, teatros animados, cenas alegres de última hora, nada bastaba a disipar aquel hastío indefinible, que era como un enfriamiento...

Madrid se me hacía insoportable; me ahogaba en aquella atmósfera de vida material...



Como después de la fiebre viene una dulce laxitud, en la ciudad morisca se apoderó de mi ser un melancólico sentimiento de resignación.

El ansia de placeres se calmó; parecía que mi sangre, que había hervido agitada por sensaciones mundanas, entraba en quietud; una soñolencia benéfica se apoderó de mi espíritu, y mi pensamiento se elevaba a regiones más serenas. Quedábame extasiado ante el bello paisaje del campo inundado de sol; y viendo el vuelo caprichoso de los vencejos, que entraban y salían de los altos agujeros de la Catedral, me parecía que me despegaba de la tierra, y llegaba hasta ellos, y con ellos giraba entre las negruscas cresterías, que se destacaban en el intenso azul del cielo...

En el desvencijado Casino, no oía más que el estallido del taco de billar y necias conversaciones; y gustaba alejarme, paseando por las húmedas laderas de los montes, buscando el misterioso atractivo del bosque solitario; contemplando, desde lo alto, las casas de la ciudad, acariciadas por el sol, que se quebraba en sus aleros y jardines, arrancando de ellos reflejos brillantes y sombras amorosas; empapándome en

la honda tristeza de los morados crepúsculos... Algunas tardes entraba en las naves del templo, siempre silenciosas, y allí experimentaba sensaciones extrañas de cosas invisibles; ecos misteriosos para el corazón, de sutilísima pena; y me parecía que en la sombra de las capillas se recataba la silueta de mis primeros amores, puros y llenos de encanto, y que por las enjutas de las altísimas columnas, cruzaban aéreas figuras, que, como espirales de humo, se borraban...



La vida religiosa me había inspirado desde niño temor respetuoso, misteriosas sugerencias. Pensando en el trabajo, la pobreza y la oración, en el puro misticismo y continencia que han de practicar los frailes y sacerdotes, sentía la angustiosa veneración que inspiran el dolor y el sacrificio voluntarios, el instintivo terror que se siente al pensar en la muerte ó en la justicia absoluta, divina...

Ese temor mezclado de atracción, la extraña emoción de lo sobrenatural, el pavor delicioso de lo teológico, misticismo, ó como querrais llamarlo, esa sensación se apoderaba de mí siempre que contemplaba una catedral, siempre que veía alguna imagen con nimbos de gloria, y la faz dolorida, separada de este mundo, terrosa por la penitencia, mirando sin ver, con el ser hundido en lo infinito... Cuando leía una página de la Edad media, surgían en mi imaginación los trajes pintorescos, de mil colores, de magnates y plebeyos, el crujir de los aceros, el canto funerario de los monjes, que, con cirios en las manos, cruzaban por oscuras galerías; veía facistoles cubiertos de música, cuyos acordes llegaban á mis oídos con los trágicos acentos del Miserere; calles estrechas y sucias, covachuelas misteriosas, y cruces ensangrentadas... Pero sobre todo, estas evocaciones y aquella sensación, despertaban en mí un deseo, un

sueño mejor dicho, alimentado desde niño, que me atraía con seducciones maravillosas y era... predicar en una catedral llena de fieles... Cerraba los ojos, y creía ver las naves perdiéndose en la sombra, las velas del altar alumbrando débilmente, y que hasta mí, aislado de todos, subido en el púlpito, con blanca sobrepelliz, llegaba el olor del incienso y el rumor de blando oleaje de los rezos...

¿Qué era todo esto? Tal vez reminiscencias; cuando niño había vivido al lado de una Catedral...



Encendiéronse poco á poco las luces, arrancando reflejos de las aristas doradas; fueron llegando los fieles, enlutados y silenciosos; el resbalar de sus pasos sobre las frías losas producía un rumor parecido á un siseo prolongado; en el altar se movían los sacerdotes, arrodillándose y levantándose; luego todos rezaron con un ritmo suave y cadencioso, como el eco de un torrente lejano... después reinó un silencio imponente; nadie se movía; sólo las lámparas suspendidas del arco toral giraban lentamente... Entonces sentí un golpecito en el hombro y una voz enérgica y cariñosa, que me decía: «El sermón, ¡vamos!...» Me levantó y seguí á aquel hombre, que me llevó ante el altar mayor, y allí nos arrodillamos; no veía nada más que luces deslumbradoras; mis ojos se adherían con la tenacidad del vértigo á los objetos pequeños que tenía delante, á las flores del bordado de los paños del altar, á las figurillas doradas de los candelabros, al incensario de plata, colocado en el suelo, del que se escapaba oscilando un hilillo de blanco humo... Cuando estuve en lo alto del púlpito, me pareció que me habían suspendido en el vacío; las paredes de la iglesia se alejaban, se alejaban cada vez más; miré á lo alto, y me pareció que los festones y nervios de la bóveda giraban

elevándose como nubes á impulsos del viento; y abajo un mar de cabezas que me miraban, un centelleo de ojos, cuyos rayos subían hasta mí en oleadas luminosas, llenas de ansiedad y de fe... Pensó que era menester empezar, y recordando mis discursos del Ateneo, dejó escapar el Señores convencional y solemne; mas inmediatamente comprendí que esta invocación no cuadraba bien; no eran aquellas miradas, puras y radiosas, que me envolvían, mi público de otras veces, frío ó irónico: aquellas almas no me pedían ciencia ni elocuencia académicas, sino consuelos celestiales, las que asomaban á los ojos humedecidos de lágrimas, ó incentivos de amor, las que, inflamadas de caridad, brillaban como ascuas; sentí al calor de aquellas miradas romperse alguna fibra dura del corazón, me pareció que algo interior suave y caliente como la sangre, subía en oleadas desde mi pecho á la cabeza, y un sentimiento extraño, mezcla de intensa alegría y de compasión profunda, me hizo añadir á la frase académica esta otra que pronunció temblando: y queridos hermanos... Maravillosamente iban acudiendo las palabras á mis labios; yo mismo me escuchaba con asombro; hablaba algo dentro de mí, con ecos desacostumbrados.

«Qué podré deciros yo, si de lo alto no viene á mí la luz. El hombre nace en medio del pecado, y si la luz de arriba no le alumbrá, miseria y vanidad será su vida. Vanidad las riquezas, á costa de tantas amarguras adquiridas; vanidad los placeres, que dejan al saciarse profundo dolor y anegamiento de hastío; vanidad la gloria y los honores, que se ambicionan con terrible inquietud y se poseen luego con íntimo desprecio; vanidad el amor, que de lejos nos deslumbra y de cerca nos consume; vanidad la amistad, que al buscarla, se desvanece como sombra; vanidad de vanidades, cuanto tocamos, y todo vanidad... Nunca se harta el ojo de ver, ni el oído de oír; (Eccles. I, 8) pero todo lo que vé se disipa rápidamente, todo pasa con la velocidad de un tren en marcha, y la única realidad es la muerte... El ansia de saber, el ansia de gozar, nos

mortifica, y todo lo que aprendamos en la vida lo hemos de olvidar bien pronto para siempre, y todo lo que hayamos gozado no lo hemos de volver á sentir jamás... ¿El trabajo por la humanidad, la gloria para la posteridad?... ¿Qué valen, si no lo hemos de ver, ni sentir? No hay gloria para quien no la puede conocer; ni hay hombres grandes, porque todos se confundirán y borrarán en la muerte, como gotas de agua que caen en el mar. Ninguna idea tiene base para el hombre; en cuanto deja de ser, nada existe ya; ni el mundo, ni la historia, ni la materia son ya verdad para él; serán verdad para otros, más no para él. El mundo se refleja en el alma, pero el alma de cada hombre es más grande que el mundo, porque el mundo sin el alma no es nada, y con el alma es mundo. El alma colectiva no existe, porque cuando yo duermo no siento nada de lo que millones de almas están gozando y sintiendo al mismo tiempo; y cuando muera, todos los dolores y goces del mundo me serán absolutamente extraños: aunque murieran mis hijos de hambre nada sentiría. La humanidad tampoco es una, más que en accidente; si tuviera unidad en sí, los hombres serían unos, y ni los hombres ni los pueblos lo son... Ya veis como en el espíritu humano no hay más que un punto de apoyo, que es la fe en un destino ultraterreno; ni más unidad posible que la de Dios...



Y al despertarme las voces del órgano, en el mismo sitio donde me había quedado dormido, al arrullo del silencio, la penumbra y la grata temperatura, todavía repercutían en mis oídos las formidables reflexiones de mi sermón; todavía me parecía oír el eco elocuente de mis propias palabras, todavía quedaban, en lo más íntimo de mi ser, como efluvios de calor y huellas de luz, de algo que había pasado revelador y profundo, como una tromba de fuego...

## LO QUE QUEDA

Recuerdo el momento de mi primer llegada á Madrid.

Era el último día de Noviembre; había realizado al fin aquel viaje soñado por mí, casi desde niño; llevaba el alma llena de esa tristeza que infunde la realidad de lo que se ha deseado mucho tiempo; de nostalgia de lo que dejaba detrás, de las inquietudes del porvenir...

Fué aquella una mañana muy fría; había nevado el día anterior, y la nieve apartada en la vía, era lo primero que encontraba al detenerse el tren en las estaciones. ¡Montones de nieve sucia, quién había de decirme que eran el símbolo de lo que iba á recoger en Madrid!... Poco antes de llegar, empezó á amanecer; abatido, extenuado por la emoción mantenida tantas horas, por el cansancio propio del largo viaje; caido sobre los cojines del carruaje; viendo, á la incierta luz del crepúsculo, cómo se desvanecían los últimos hilos azules del amargo cigarro, sentí que el tren se detenía, y bajé...

El frío de aquel amanecer ingrato; los tipos que á voces me ofrecían carruaje y habitación; la entrada de la Corte, tan triste y desolada; y luego la oscuridad, el mal olor, la ausencia de afectos, la soledad en que me encontré en la casa de huéspedes, me envolvieron en nubes melancólicas, como lo estaba el cielo gris y opaco. Todas las cosas y personas adquirirían á mis ojos un relieve profundo, y se grababan en mi espíritu con dureza...

Al encontrarme á solas con mi ambición, ante un horizonte oscuro é incierto, en el que todo eran amenazas, sentí algo como miedo, un miedo frío, con el que se mezclaban la tristeza del recuerdo, al surgir en la imaginación indócil la figura de mis padres, de mis hermanos y amigos, aquella vida modesta y retraída, que dejaba para emprender la lucha con el azar...



La víspera de mi viaje nadie durmió en casa. Y yo menos, que sobreexcitado y nervioso me acosté á las doce. A las cinco salía el tren, y recuerdo que contó, una por una, en el sonoro reloj de la Catedral, todas las horas...

Mi madre estuvo por la noche, arreglando el baul; colocando, con detalle y primor extraordinario, todos los objetos; contando y repasando los trajes y prendas de cada clase; buscando en el movimiento y el trasiego un modo de desahogar sus nervios, para no romper á llorar. Varios días llevaba de ocuparse de mi ropa, de clasificarla, la de más abrigo y menos, de marcar algunas cosas olvidadas; de ir reuniendo todo lo que pudiera hacerme falta. Y parece que todavía percibo aquel olor á ropa limpia, á jabón y perfume, que exhalaba mi enorme baul...

Todos estos días habían sido para mí de inquietud, unida á la alegría del que va á realizar una ilusión largo tiempo acariciada. Pero á medida que se acercaba la hora, empecé á sentir temor, y la inevitable pena de la ausencia. ¡Cuántas veces, en aquella noche que precedió á mi marcha, sentí como arrepentimientos de mi tenaz empuje, como impulsos de quedarme!...

Pero no; era preciso ser libre; sentía con pasión el deseo de la libertad; de lo desconocido; de volar por regiones nuevas, de placer y sorpresas; de ver mundo; de entrar en las batallas de la ambición y del trabajo...



Después... deslumbramientos de la juventud; entusiasmos luminosos y pasajeros, como liebres agudas; los amargos desengaños, los hondos desmayos de la voluntad, y las negras caídas... Días largos, interminables, sin esperanza, atravesando el penoso desierto; nostalgias íntimas; delicadezas de alma, que se quiebran como el cristal, al chocar con la grosería; purezas que se manchan; fe sonrosada, poesía del corazón, que se evapora... El espolio candente de la lucha, la costra de egoísmo y de maldad, que se va formando sobre las heridas del alma...

Más tarde, desvarios de la imaginación; proyectos múltiples que renacían sin cesar; fracasos dolorosos; días de indolencia morbosa; ansia mortificante de trabajo; locura de amor falso, engaños viles; tristezas del despertar; la exacerbación de la fantasía, que engendra el deseo de la producción literaria, hasta el vértigo; el halago del primer aplauso; la desilusión del vacío, del aislamiento, de la inanidad de todo el mundo forjado por la imaginación, fomentada por el orgullo y el amor propio...

Y luego... las fuerzas gastadas; el arte mudo y severo, sin haberse conmovido, con mis fugaces ardores; la ciencia inmensa, inabarcable; el amor latiendo tembloroso y triste, como el primer día, en lo más íntimo del alma; y encima de esto el peso inmenso del desencanto, la cadena abrumadora del remordimiento, por la actividad malograda; y en el cuerpo el desgaste del tiempo, la herida por donde se escaparon la salud y la vida, que se fueron en fuegos de artificio; la consunción de los músculos, secos por el ardor de estériles excitaciones; el agotamiento, el cansancio de un pecho vacío, donde ya la muerte ha clavado su puñal implacable.

## EL HERMANITO

Era aquella casa estrecha y sombría. Jamas entraba el sol dentro; pasaba resbalando por sus balcones, como para causarnos envidia á los que la habitábamos. En la plazuela de enfrente, y en las altas casas de la acera opuesta, sí lucía espléndido en los días serenos.

Nuestras habitaciones eran tan reducidas que apenas podíamos rebullirnos; algunas muy oscuras, como una tumba, donde era menester encender luz al mediodía. No recuerdo haber gozado las alegrías infantiles, las escenas risueñas, ni las dulzuras del hogar. Frío en invierno hasta tiritar aterido junto al brasero; calor insoportable y bochornoso, en los largos días del verano; y siempre la inquietud de la escasez, el malhumor y las preocupaciones, pesando en derredor como una atmósfera grís...

Si alguna felicidad gusté, fué tan pasajera, que se desvanecería al evocarla.

Iba á un Colegio, en aquella capital de provincia donde mi padre estaba empleado, situado en una calle húmeda y triste. El maestro era colérico, antipático, y mal intencionado. Nos hablaba á voces y nos daba sendos disciplinazos y guantadas. Premiaba la delación, y castigaba con violencia, con inhumanidad mejor dicho, á verdaderos inocentes. Con todo, yo no temía ir á la escuela, como otros chicos, pues allí, á pesar de aquel temor constante en que estábamos todos, encontraba momentos de expansión, algún entretenimiento. Además, á mí me gustaba aprender, y tenía una inteligencia más perspicaz que todos mis compañeros. Creo que era yo un niño precoz, pues siendo tan pequeño, pensaba con la misma seriedad que ahora, juzgaba á los demás, meditaba mucho, y sufría vergüenzas incomprensibles á mi edad.

Los días de la infancia, que se ha convenido en llamar bellos, porque para algunos niños pasan entre risas y juegos, sin pensar ni sufrir, fueron para mí y mis hermanos bien amargos. ¡Pobres hermanos míos! Ernesto, el segundo, el que me seguía, era la bondad misma. ¡Cómo sufría el pobre niño al vernos tristes á todos! Recuerdo, como si la viera, su carita de ángel, sus ojos grandes y expresivos, con aquella mirada que reflejaba tan tiernamente los tormentos que agobiaban su alma inocente, y aquella boca entreabierta, como por constante suspiro, que jamás se quejó ni protestó... Mi último hermanito, Emilio, el pequeñín, no se dió cuenta de estas angustias. Cuando Ernesto y yo íbamos á la Escuela, él estaba todavía en pañales. Era un chiquillo hermosísimo; de ensortijados cabellos rubios, robusto y blanco. Estaba tan alegre siempre, que sus risas eran el único sol que entraba en nuestra casa, la única felicidad que el cielo nos permitía entrever... Pero se murió.

Una mañana amaneció con una calentura intensa; el angelito, que casi nunca lloraba, se despertó con un lloro desconsolado y se quejaba de un dolor, de una pupa, que

tenía en el vientre; la fiebre le privó bien pronto del sentido, y cayó en un amodorramiento fatigoso. Dos días duró; dos días que mi madre y yo pasamos sin dormir ni comer, en la estrecha alcoba...

Al amanecer el tercero, mi madre tenía en sus brazos el cadáver de Emilito... No lloré; no pude llorar. Cuando vino un hombre muy feo, como un presidiario, y se llevó á mi hermano en una cajita de madera blanca, me quedé en el balcón, mirando la dulce placidez de aquella tarde de estío; con la mirada fija en el sitio por donde lo ví irse para siempre; sintiendo en la garganta dolor, y en el alma así como frío, frío intensísimo, que heló en ella quizás para siempre, la alegría y la juventud, como la helada temprana mata los primeros brotes de los arbustos y de las florecillas nacientes...



## LA CUESTA DE LOS MUERTOS

Comienza en el paseo de los Tristes y termina en lo alto de la Alhambra, en aquel camino de tierra roja que conduce al Cementerio...

Salid de la sonriente Plaza Nueva; seguid la Carrera de Barro, al borde del río que murmura blandamente por entre alfombras de verdura; recreaos en aquellos puentes caprichosos; en aquellas sinuosidades, que parecen combinaciones de cuadros creados en una fiebre de amor; mirad el tajo amenazante que parece próximo á derrumbarse sobre vosotros, y en cuyas alturas, majestuosas y erguidas, como colgadas del cielo, se levantan las torres de la Alhambra. Cruzad el paseo de los Tristes, siempre silencioso y sensual: á su derecha, en aquellas umbrías, rincones del placer, entre los tonos verdes, amarillos y violados de los álamos, los cipreses y las parras, asoman su cabeza las flores de escondidos jardines; á la izquierda la morisca cuesta del Chapiz, camino del Albaicín; y allí en aquella hondonada del río, por donde se va á la mágica fuente del Avellano en las

mañanas alegres, al pie de aquel paseo solitario, entre el Generalife blanco y la Alhambra rojiza, empieza la cuesta arenosa, estrecha y húmeda, que es el camino de los muertos...

Si haceis la expedición en un hermoso día de espléndido sol, los colores os deslumbrarán, y el cielo de intenso azul, y la alegre poesía desbordándose á vuestro lado, os hará olvidar toda imagen lúgubre; sólo pensareis, si pensais en algo, en los días en que Granada era corte de reyes, rica y seductora cuando habitaban aquellos recintos, hoy desmantelados, apuestos moros y mujeres hermosas, embriagadas por insaciables deseos; pero si subís la Cuesta de los Muertos en uno de estos días de Noviembre, nebulosos y opacos, recobra todas sus fúnebres seducciones.

El cielo ceniciento tiende como un manto de quietud sobre tantas bellezas; el aire húmedo y frío habla de la muerte; los nopales brotan de la arena que se derrumba; las secas higueras se agarran como esqueletos desesperados á las viejas y agujereadas tapias; y al lado de la cuesta, escalonada y enverdecida por el musgo, una veredita más suave señala el paso de los fatídicos conductores de despojos humanos.

Por aquella veredita tan estrecha han pasado por última vez en su lecho de flores, pálidas como la cera y entre blancas gasas, las vírgenes granadinas que murieron enamoradas; los jóvenes, que fueron esperanzas; los artesanos víctimas del trabajo y del sufrimiento; los ancianos que vivieron tranquilos y risueños, los niños inocentes, las madres amantes, y las esposas apasionadas y sumisas, moras de temperamento, y de corazón cristianas...

El canto de los ruiseñores los acompaña, y las altas torres moriscas, coronadas de yedra, que despreciando al tiempo van muriendo lentamente, los despiden en silencio.

Todo en aquel sitio es misterio y poesía, luz y sombra, algo así como lo espiritual y material confundándose, y el más allá de la muerte haciéndose visible.

Aquella naturaleza tan expresiva parece que se identifica con el espíritu; la imaginación cree verlo bullir en la oculta cascada, cruzar el cielo espléndido, y, roto el lazo fatal, respirar eterno perfume, amar siempre en una embriaguez perpétua é infinita...

Y cuando en la tarde se percibe el doblar de las campanas, con sus tiernos y cristianos ecos; y en el fondo de paisaje el ciprés se levanta y el sáuce llora, algo triste y consolador al mismo tiempo, penetra al corazón, algo que hace pensar en el amor que murió y en la esperanza que nace...



## AMBIENTE DE IDILIO

Sin ánimo para mirar siquiera la risueña campiña por donde el tren cruzaba, entré en los húmedos y fertilísimos valles de la Penibética.

El perfume penetrante del azahar llegaba disuelto en un aire fresco y puro, que me producía inconsciente excitación de alegría, como si los átomos de mi cuerpo reconocieran en los del aire á sus hermanos, ó llamaran éstos ruidosamente al alma para despertar en ella á la esperanza...

Estaba el cielo alegre y diáfano; á través de la ventanilla, veía cruzar los árboles de verde intenso, y los accidentes de las bellas perspectivas, que cambiaban á cada momento.

En la estación que estaba solitaria y silenciosa, iluminada por claros rayos de sol, como invitando con dulce sosiego al viajero, me esperaban mi tío y mi primo, que me recibieron con grandes muestras de alegría.

Mi tío tendría cincuenta años, y era de mirar vivo y de rostro bondadoso, aunque se echara de ver en él algo de esa suspicacia con que los habitantes de pueblo miran al que viene de la Corte ó de la capital de provincia. Eugenio, mi primo, era un joven muy simpático, moreno, de esbelta estatura y modales distinguidos.

—Vaya hombre, y que estropeado vienes, —me dijo mi tío mirándome de arriba á abajo;— pero aquí te arreglaremos. En Madrid se vive demasiado deprisa; hay muy pocas condiciones favorables para la salud, y no es extraño que la naturaleza se gaste... Aquí verás en cambio que vida tan distinta; todo verdad; mucho paseo por el campo, buena tajada y buena leche; nos levantamos temprano... por supuesto que esto no es obligatorio, y tú puedes seguir tus costumbres; pero ya verás, ya verás como tu tía te hace madrugar... No sabes lo impaciente que está por verte; se figura que vienes casi difunto, y que ella te va á redimir de la muerte; desde que por tu carta supimos que venías, y que al fin alguna vez te habías acordado de estos pobres lugareños, no ha parado un momento de pensar en tí, y de hacer cálculos sobre tu viaje; te ha preparado una alcobita que tiene un gran balcón á la huerta, de modo que desde la cama podrás estar viendo los almendros y los parrales, aunque se me figura á mí que esto te tendrá sin cuidado... Desde esta mañana nos está diciendo que preparemos los caballos para salir á esperarte, porque sería una vergüenza que te hubieras encontrado aquí solo...

No sabía que contestar á mi tío, y lo hacía á medias palabras, que yo mismo notaba lo poco expresivas que eran para corresponder á su acogimiento cariñoso.

Realmente estaba tan débil que apenas podía tenerme de pie. Mi primo me miraba con curiosidad, á la que se mezclaban la simpatía y la compasión. Apenas nos

conocíamos; recordaba haberlo visto alguna vez, siendo él todavía muy niño. Me parecía cortado, y como sin atreverse á hablarme.

—Toma mi yegua, —me dijo, cuando fuimos á montar en las caballerías,— tiene el paso más ligero y más cómodo; la jaca es muy juguetona y solo está acostumbrada á mis piernas, y en cuanto al caballo verás como mi padre no te lo ofrece...

Emprendimos el camino, cuando todavía se oía el silbato de la locomotora, que se alejaba detrás de los olivos.

Caía la tarde; el sendero por donde marchábamos era estrecho; algunas veces no cabíamos los tres, y Eugenio se adelantaba, dejándome solo en conversación con su padre. Aquella conversación tuvo varios temas, que se agotaban en seguida, á causa de mis monosílabos. Hablamos del campo, del pueblo, de Madrid, y de política. Mi tío leía muchos periódicos, y estaba mejor informado que yo de lo que pasaba en la Corte; pero él no se fiaba de la prensa, y creía que en Madrid debía ocurrir algo trascendental, que los periódicos no podían revelar.

—Tú que vienes de allí, sabrás lo que hay, —me decía;— ¿qué se dice de la Reina? ¿Sagasta se va ó no se va? Los republicanos creo que están muy removidos...

Y como no podía contestarle sino con opiniones muy vagas, no se quedaba satisfecho, y sonreía maliciosamente, como si creyera que yo no lo juzgaba capaz para comunicarle aquellos secretos políticos y hablarle de cosas tan elevadas...

El paisaje era encantador; la vegetación jugosa; con los cenicientos olivos alternaban las enanas cepas, arrastrando por el suelo los sarmientos, entre cuyo verdor brillante asomaban hermosos racimos dorados ó negros; á lo lejos las montañas, con su silueta morada, recortaban el cielo, ya de un celeste muy pálido, y al borde del camino, entre los cañaverales, pasaba una acequia con el rumor macilento del agua...

A aquella hora, el campo estaba inundado de intensa melancolía, y, á pesar de mi tío y de Eugenio, y de sus afectuosas palabras, me parecía que me encontraba enteramente solo...

Al fin distinguimos en un recodo del camino, las primeras casas del pueblo. Mi tía nos esperaba á la salida de él, acompañada de Angustitas, mi prima.

Apenas nos distinguió á lo lejos comenzó á saludarnos, agitando el quitasol y el pañuelo. Cuando llegamos, me apresuró á echar pie á tierra y á abrazarla; la encontré mucho más ajada que la última vez que la había visto en Málaga, pero todavía conservaba su cuerpo esbelto, sus airosos ademanes, aquellas manos tan delicadas y aquella sonrisa tan bondadosa.

No supe que hacer con mi prima, ni qué decirle, ni cómo saludarla; estuve un momento indeciso, sin saber si besarla ó nó, pero viéndola ruborizada, coloradita como una cereza, no me atreví á profanar sus mejillas, y me contentó con estrecharle la mano. Tenía trece años y una cara tan alegre, que era inevitable sonreír al mirarla; era delgada como su mamá, con el cabello negro, y los ojos muy vivos ó inquietos.

Eugenio se encargó de conducir los caballos, y los demás nos fuimos á pie, en dirección á la casa.

La ternura y sinceridad con que mis parientes me acogían, llenaron mi alma de dulce emoción, y todo lo que me rodeaba me parecía extremadamente simpático.

Realmente es aquel un pueblo encantador, edificado en un ribazo de verdura, con casitas pequeñas, de calles solitarias y muy limpias, con el pavimento de grandes piedras blancas.

Acostumbrado al ruido, me sorprendía aquel silencio extraordinario, interrumpido solo por el rumor del agua al caer sobre las ruedas de los molinos, y por los ecos misteriosos del campo.

Como ya oscurecía, estaban los labradores en sus casas, y desde las puertas nos miraban con curiosidad, especialmente á mí que era el forastero.

La de mis tíos es de las mejores del pueblo; tiene la sencillez elegante, los colores claros, la limpieza exquisita, ese ambiente amoroso y humilde, alegre é ingenuo, de la casa de labor andaluza.

Las habitaciones muy blancas, los suelos charolados, los muebles sencillos, con una pulcritud y corrección admirables... Nada sobraba ni faltaba nada.

—Tú echarás aquí de menos las comodidades de Madrid, me dijo sin embargo mi tía: —Pero hijo mío, no hay más remedio que tener paciencia... Lo que te encargo es que estés con confianza, y hagas lo que te parezca, y pidas lo que quieras... Lo que queremos es que te pongas grueso como un campesino. Desde mañana ya lo sabes; hay que hacer un esfuerzo y madrugar un poquito; tu tío dice que en Madrid te le-

vantarías á la una, ¡qué disparate!... Bueno, enseguida que te levantes, tu gran vaso de leche, recién ordeñada; después un paseo largo, por las viñas; luego el almuerzo; un ratito de siesta al mediodía, creo que no te vendrá mal; la comida y más paseo; por la noche... ¡por la noche sí que te vas á aburrir!... ¿Te gusta el tresillo?... pues partida no ha de faltar; y alguna otra diversioncilla que te buscaremos, porque esto, hijo, no es tampoco ningún desierto, y has de encontrar amigos y aún amiguitas, y no feas... Y ahora, basta de planes, y vamos á la práctica... ¡á la mesa!

Nos sentamos á la mesa, que acababan de disponer dos criadas frescas y limpias, que todo lo hacían sonriendo. El comedor tenía balcones que caían al campo, y todavía, á través de los cristales, se veían los resplandores del crepúsculo y las avanzadas de la noche; una gran lámpara hacía resaltar la blancura nítida del mantel, la transparencia purísima del agua, los tonos de rubí y de topacio de los vinos, y la sabrosa madurez de los higos, de los melocotones y de las uvas, que en los fruteros, sobre frescos pámpanos, perfumaban el ambiente.

Fué larga la comida; mi tía me abrumaba con sus instancias; ella me servía los platos, y luego me decía, con ese tono de mandato cariñoso que se emplea con los enfermos y los niños: «¡Te lo has de comer todo!» Mi tío sonreía, viendo mis apuros, y le decía á su mujer:

—Angustias, no vayas por quitarle á Antonio la debilidad á proporcionarle una indigestión; al estómago hay que acostumbrarlo poquito á poco.

No hablamos mucho; yo quería escuchar aquellas voces que tan dulce eco despertaban en mi corazón; pero ellos esperaban para hablarme, que les diera motivo con mi conversación, y maldito si á mí se me ocurría nada.

Eugenio me dijo que aquel curso iría á Granada á comenzar la carrera de Abogado, y me hacía preguntas de Madrid, al que tenía grandísimos deseos de ver; Angustias no despegaba sus labios; pero me encantaba mirando sus manecitas bellísimas y sus ojos vivos é inteligentes.

Cuando nos sirvieron el café me sentía reanimado.

Aquella intimidad de la familia me parecía deliciosa y envidiable, más positiva que la vida inquieta de Madrid. Cruzaba por mi imaginación el ruido de la Cervecería y el bullicio de la Puerta del Sol, en medio del cual me encontraba solo; y al compararlos con aquella quietud presente, respiraba con la satisfacción del que ha escapado de un peligro... Sin embargo, todavía llevaba la imagen de Madrid grabada como un sello de fuego en mi ser; y para borrarla suavemente, se iba formando otra imagen sonrosada y ligera, otro nuevo sentimiento, delicado como la sonrisa casi infantil y el esbelto cuerpo de Angustitas...



## EL ALBA

Cuando ya tarde se retiran las visitas, que desfilan como fantasmas, sin hacer ruido, inclinando la cabeza y estrechando las manos, queda sola la familia.

Todos andan de puntillas y hablan en voz baja; parece que tienen miedo de quedarse solos, y se juntan; si uno se levanta alguien le acompaña; sus rostros macilentos reflejan una gran ansiedad; al menor ruido sus nervios se estremecen; creen ver un peligro cercano, y sus ojos, dilatados por el temor, parece que buscan en derredor algo invisible...

La enferma está en el lecho pálida como la cera; tiene el rostro consumido; un círculo morado rodea sus hermosos ojos negros, bajo las largas pestañas; su cuerpo es tan delgado que se oculta entre las ropas, y sus brazos y manos, amarillas y finas, se destacan sobre la roja colcha de la cama, como un esqueleto en un fondo de fuego...

El marido, con la cabeza baja, está aterrorizado; largos insomnios, inquietudes sobrehumanas, recuerdos placenteros, ansias crueles, el temor de lo desconocido, los sufrimientos mismos de la enferma, algo como el miedo de verse resbalar á un abismo, señalan en él su huella dolorosa. Las hermanas, solícitas y conmovidas balbucean oraciones mezcladas con suspiros. El padre tiene los ojos enrojecidos y húmedos, y fuma sin cesar, para entretener su sobresalto. Los pequeños hijos de la enferma, los nietos del viejo, duermen ya; pero, á veces se despiertan, y se oye á lo lejos su llanto de pesadilla. Los muebles parecen expectantes y silenciosos; con ese silencio atormentador de las cosas, que revela algo extraordinario.

Va pasando la noche. Dormitan unos; piensan otros con pavor en la muerte inevitable; algunos, con melancólica quietud, permanecen en acecho...

El ruido de una puerta, la voz medrosa del sereno, el ladrido de un perro, las notas vibrantes del reloj, producen súbitos estremecimientos.

Al fin llega á los balcones la primera luz incierta del amanecer. Se oye el toque de la misa del alba; los más despabilados y devotos se yerguen, abren de par en par el balcón, para que entre el aire puro de la mañana, y salen á misa.

En la pequeña ciudad todo es silencio; las blancas y humildes casas parecen dormidas como sus habitantes; la ténue claridad que apunta en el cielo lucha con las sombras de abajo, y en algunos rincones, la luz del alumbrado ó el farolillo de alguna imágen, indica que todavía es de noche.

La iglesia está también en mística penumbra; las lámparas y las dos velas del altar, que enciende un acólito soñoliento, no logran disipar los velos oscuros de su alrededor.

Celébrase el sacrificio; una serena majestad, una dulce paz parece que desciende y se reparte en aquellos corazones agitados. Los contados fieles que hay allí empiezan á verse con sorpresa, unos á otros, cuando por las altas ventanas, cerca del negro artesonado mudejar, comienza á entrar la luz del día. Al salir á la calle, con la caricia de la brisa húmeda, sienten el dulce consuelo de la resignación...

Y vuelven á la casa del dolor, donde entran andando de puntillas y hablando en voz baja; vuelven á sentir el hálito caliente de la alcoba y el eco de los suspiros ahogados; en los pálidos rostros sigue la misma angustiada interrogación; pero aquel silencio abrumador es solemne y grandioso; y la muerte que se acerca, cada vez más, parece otra alborada, que empieza á lucir después de la noche de nuestros dolores...



## BRINDIS EN LA ALHAMBRA

Esta tarde nos detenemos un momento en el camino de la vida para mirar atrás y adelante. ¿Qué vemos?

Atrás, un pasado vaporoso, indeciso, casi infantil, lleno de emociones sencillas ó de nostalgias juveniles. De vez en cuando, en esta planicie del recuerdo, que festonan las neblinas del olvido, aparecen pequeños lagos que, como espejos brillantes, reflejan el sol de la dicha; son aquellos instantes de ventura en que terminamos la carrera, en que acudimos temblando á la primera cita en la soñolienta calle de nuestra fantástica Granada, en que recibimos enajenados el primer candente contacto de un beso, revelador de insaciables placeres; el momento aquel en que llegamos á Madrid, con el alma repleta de propósitos y ensueños, y vagamos libres, independientes por primera vez, en las incitantes ondulaciones de la vida madrileña, donde dejamos jirones de la pureza de nuestras almas, en cambio de algunos desencantos, y de aquel hastío

que, á uno en pos de otro, nos trajo á este remanso de la vida, á esta morisca y dormida ciudad, donde vivimos como insectos perezosos, embriagados en su ambiente de poesía. Más lejanas y más puras, en los horizontes sonrosados de la infancia, se nos ofrecen esas interesantísimas emociones que guardareis en la memoria, como yo, con el suave perfume de rosas marchitas; y os parecerá ver aquellos paseos por los hermosos campos de la Vega; la inolvidable travesura de que alguna vez fuimos protagonistas, las tiernas escenas familiares de la Noche Buena, llena de misterio y de emoción; de la Semana Santa, en que nos sumergíamos con deleite místico en las grandezas de nuestra religión, tan arraigada en nosotros, que no la han podido arrancar, á pesar de haberla sacudido furiosamente, ni las lecturas heréticas, ni los ambientes anti-religiosos, ni los pecados de la juventud, ni el descuido, azar y desasosiego de la edad en que vivimos...

Os parecerá ver, como á mí, en esta mirada retrospectiva, con todo su relieve encantador, esos días tan simpáticos en nuestra Ciudad; las fiestas del Corpus, con su sabor tradicional y característico, que se pega al alma; el día de la Toma que levanta el ánimo y la fantasía en vuelos caballerescos de moros y cristianos, cuya sangre mezclada corre por nuestras venas; las poéticas romerías de San Miguel y San Nicolás, en el Albaicín, cuya descripción agotaría las fuerzas de mi pensamiento; y tantas otras escenas, que en nuestra vida han dejado la huella de una emoción grata y risueña. Al lado de estos oasis luminosos, no faltan en esta mirada al pasado, largas manchas de sombra y de amargura; algunos días tristes, marcados en el camino con piedrecitas negras, y otros muchos, muy continuados y muy largos, en que hemos vivido ¡triste es confesarlo! en la cárcel de la indiferencia y del descontento, malgastando en la holganza nuestras mejores y más fructíferas horas; días penosos, vividos con pesadumbre, que son el debe abrumador abierto en la cuenta de la actividad y del trabajo...

¡El porvenir!... Hemos hablado y hemos pensado en él con la inquietud del que teme despertar á alguien que duerme. En el porvenir duerme todo; duermen las penas y las dichas, y no sabemos cuáles despertarán primero.

En los días serenos de nuestra feliz amistad, pensar en el porvenir era pensar en lo imprevisto, en el cambio, en aquello que ha de venir y no se desea; nos iba bien con el presente; allá en momentos de amenas intimidades, nuestra imaginación se recreaba deslizándose por los laberintos de lo desconocido, y soñábamos despiertos con aventuras, amores, prosperidades y proyectos... que acababan cuando concluía el paseo por esta queridísima Alhambra, ó cuando nos separábamos con pena de la estrecha mesa del café, donde dejábamos con la ceniza de los cigarros el humo de nuestros sueños...

Hoy el tiempo nos sale al paso y nos pregunta descaradamente á dónde vamos, y es preciso pensar en la contestación.

Nosotros no queremos movernos; seguimos espectadores de nosotros mismos, pero ha sonado el timbre que anuncia el cambio de decoración.

Al separarnos de esta arrulladora intimidad, dulce como un idilio, en cuyo seno nuestro corazón ha palpitado suavemente y nuestra inteligencia se ha desarrollado sin esfuerzo, podemos decir que, si perdimos el tiempo en el sentido práctico y positivo, no lo hemos perdido, no, para la quietud de la conciencia y el tranquilo regocijo del espíritu...

No es triste el porvenir para quien lo espera con juventud é ilusiones; con la emoción de lo desconocido, con el temor de una cita misteriosa.

Un mundo de ensueños y de ideas palpita todavía en nuestras frentes.

Toda la poesía, toda la sensualidad, toda la belleza penetrante de esta querida ciudad, en que por fortuna hemos nacido, penetra en nuestro ser y lo extremece y lo embriaga; sentimos impulsos desconocidos, ansias de cariño, nostalgia de ideales, y todo debemos esperarlo del tiempo, que nos recata con coquetería sus secretos.

No renunciemos á Granada al alejarnos de ella. Si sentimos por esos mundos que nuestro cuerpo se marchita y nuestra alma envejece, si nos vemos anegados por la prosa de la vida, vengamos á este piélagos de luz y belleza, almáciga de ensueños é ilusiones.

Hagamos de Granada y de nuestra amistad un culto y, como todo culto y toda devoción, será un misterioso consuelo en las amargas contingencias de la vida.

Vivamos; creamos en Dios y en el amor. ¡El amor! Cantarle un himno más sería ridículo, cuando él es el que aquí nos congrega, el que colora con iris radiante nuestros pensamientos, el que respiramos en estas flores de la Alhambra, cuyo perfume es tan intenso, porque han nacido en tierra de amores legendarios, pisada por los leves pies de las mujeres más espirituales y apasionadas del mundo... Y si el amor nos guarda también hondas tristezas y grandes dolores, ved que estas moradas violetas y estas rosas delicadísimas, mojadas aún con la humedad del bosque, han necesitado morir, ser arrancadas de los brazos azules de la yedra que las cobijaba, para poder ostentar en esos bellos búcaros, que son su tumba, toda su inmaculada belleza, y todo su exquisito perfume...

¡Y ahora bebamos! El vino es como los rayos del sol, que animan y alegran. El oro de esta copa que quiebra un rayo de luz de la Alhambra ¡guarda tantos secretos! Un mundo inquieto de esperanzas y colores, una vida fantástica y febril se levanta como bruma al llevar á los labios la copa tentadora, en estos sitios saturados de poesía.

Mil idilios y leyendas brotan de la imaginación, bastantes para escribir libros inmensos de locuras; pero lo mejor es lo que no se dice nunca, lo que queda siempre callado en lo íntimo; como lo más hondo del amor, y lo más expresivo de la poesía, es silencioso y triste; con esta tristeza solemne y resignada de las ruinas moriscas, con el silencio misterioso de este bosque...



## TARDE GRANADINA

En el palacio de la Alhambra no se siente el más ligero rumor. Desde los balcones del Salón de Embajadores, siempre abiertos á la lluvia y al sol, como el alma á las alegrías y tristezas, se ve enfrente, muy cerca, el Albaicín, con sus casas blancas y sus cipreses oscuros, en el cielo clarísimo. Un resplandor argentino, ideal, que se vislumbra allá, hacia la roja Torre de los Picos, indica que pronto saldrá la luna, antes que se apague la luz sonrosada de la tarde. Va á nacer una esperanza en la tristeza del crepúsculo.

Debajo del viejo balcón hay otro, cuyos negros hierros esperan en vano, desde largos arlos, que alguien venga á apoyarse en ellos; sus ladrillos cubiertos de cesped, de verde claro y tonos amarillos, dicen algo trágico; nadie los ha pisado, Dios sabe desde cuando; y Dios sabe también cuantos esbeltos cuerpos que yá no existen, cimbrearon en él su cintura, y cuantas miradas y suspiros de amor recogió la brisa húmeda del

bosque y del río, que pasa debajo... Álamos delgados, escuetos, cuyos penachos de hojas agita el aire, se levantan, se ierguen, desde aquel fondo rumoroso y sombrío, para asomar su cabeza al balcón misterioso...

La sombra ha invadido ya el techo de cedro y nácar de la regia sala; los vivos colores del alicatado, se oscurecen; solo vibran, en el amortiguado ambiente, los reflejos del oro de la extraña lacería. De vez en cuando, las flores de azahar que caen en el verde estanque del Patio de los Arrayanes, producen ecos sugestivos, como chocar de apretados besos...

El Alcázar árabe está dormido; en aquella tumba de amores reina siempre silencio profundo, que interrumpe solo el suspiro del aire en los fríos azulejos y en los calados ajimeces.

También los paseos están solitarios. Sobre las anchas hojas azuladas, que se extienden como manos abiertas en los linderos del bosque, una lluvia pasada ha dejado redondas gotas, como cuajados brillantes...

¡Amada Alhambra! Qué bien expresas la soledad del corazón, la dulce nostalgia de lo ideal. Bajo tus rotos muros la yedra llora ilusiones perdidas, pero los brotes nuevos de los árboles y el arrullo de tus fuentes cantan inacabables endechas... Parece la caduca existencia, pero algo más perdurable habita en tí; la poesía, que fluye del recuerdo, del silencio, del perfume...

Por los claros celestes de los oscuros árboles vimos cruzar la risueña cabecita de la mujer amada; su breve cintura, su cabello ligero que movía la brisa, su sonrisa que

iluminaba más que el sol... Y todavía ¡pobre corazón! el murmullo del agua te parece el eco de su voz argentina; todavía el rumor de las hojas te recuerda los pasos con que se acercaba á tí temblando la musa de la adolescencia...



*Aquí termina este libro, porque sería pesado continuarlo más. Se ha formado sin plan ni concierto. Casi siempre el bondadoso señor Regente de la imprenta, colocaba los trabajos á su gusto. Alguna vez la mano del azar es feliz... Nace esta obrilla turbada é indecisa; leyéndola ahora veo que su contenido hubiera podido formar una narración más interesante y fundida. Pero qué hacer; ya no tiene remedio.*

*Después de todo, tanto este como otro hermano suyo que se está imprimiendo en Barcelona, no son, como dije al principio, más que notas, preludios, sinfonía de las primeras emociones desordenadas que llevan, con atolondramiento juvenil, al seno de la pasión, donde las almas se moldean, y se cobra aliento para obras de más empeño, las cuales saldrán, si Dios y el público me ayudan.*



# unas palabras sobre

El escritor en las cumbres de Sierra Nevada, ca. 1892. En: *Álbum fotográfico de una excursión de miembros del Centro Artístico a Sierra Nevada*, ca. 1892. Archivo y Biblioteca de la Casa de los Tiros (Granada)



NICOLÁS MARÍA LÓPEZ:  
cautivado en el *país de los sueños*

AMELINA CORREA RAMÓN

*Nicolás María López.*

**TRISTEZA  
ANDALUZA.**



*Tristeza andaluza.* Granada: Tip. Lit. Vda. E Hijos de P. V. Sabatel , 1898.  
Biblioteca de Andalucía (Granada)

En el año 1901 el periodista y político cordobés Rodolfo Gil (1872-1938), buen conocedor de Granada, pues en su Universidad había cursado estudios de Filosofía y Letras, publicaría un sugerente volumen, que se presenta acompañado de las más diversas ilustraciones, y lleva por título *El País de los Sueños. Páginas de Granada*<sup>a</sup>. El libro dedica diferentes capítulos a los monumentos significativos, a lugares emblemáticos de la ciudad, a sus fiestas y tradiciones, a personajes populares, o bien, a momentos que el autor considera especialmente poéticos o sugerentes, vinculados de alguna manera con la capital nazarí: “Rapsodia morisca”, “La ciudad muerta”, “Vísperas de Pascua”, “Flores de almendro”, etc. Por último, establece un apartado final donde lleva a cabo un repaso de la fecunda vida intelectual granadina.

<sup>a</sup> GIL, Rodolfo, *El País de los Sueños. Páginas de Granada*, Granada, Tip. Lit. Paulino V. Traveset, 1901. Existe edición facsímil actual: Granada, Ediciones Al-baida, 1992.

Lo que persigue el autor de *Puente Genil* –pues en la antigua localidad cordobesa donde había visto la luz en 1856 el poeta Manuel Reina había de nacer también Rodolfo Gil-, el objetivo de su libro, no es en realidad otro que proyectar una imagen impresionista de la ciudad finisecular que la dibuje ante los ojos del lector, auténticamente, como un “país de los sueños”. De ahí que comience su obra con la siguiente invocación:

Venid a Granada!

Vosotros los que tenéis el corazón desgarrado por el dolor; los que contáis por siglos las horas de hastío; los que os habéis dejado entre las zarzas de la vida pedazos del alma; los que huís del ruido que aturde y del bullicio que enloquece: venid a Granada.

Los que desdeñáis la alegría fugaz que entre las risas brota y en los labios muere, y anheláis la intensidad del goce íntimo en la penumbra del misterio; los que, prontos a beber el dulce vino de la dicha, no encontráis copa en que escanciarlo [...]: Llegad a Granada.

[...] Alabad a esta ciudad, escultores de la palabra; que de ella se dijo que no tenía rival ni en el Egipto, ni en el Irac, ni en la Siria. Alabad a Granada, que ella fue llamada por las árabes *el cielo del mundo*<sup>b</sup>.

Sin duda alguna, el protagonista de nuestra historia, Nicolás María López (1863-1936), amigo de Ángel Ganivet y compañero en el círculo de regeneración intelectual y artístico que

<sup>b</sup> *Ibidem*, p. 11.



Retrato de Nicolás María López

sería la Cofradía del Avellano, autor del precioso e intimista *Tristeza andaluza*, asumiría sin vacilar estas palabras. Su amor por la ciudad de Granada llegó a condicionar incluso su existencia personal, hasta el punto de que renunciaría a un mayor desarrollo profesional con tal de poder residir por siempre en su adorada tierra. Su carácter melancólico y el intenso apego que siempre demostró hacia Granada explican que, cuando en 1884 se traslade a Madrid con objeto de obtener el Doctorado en Filosofía y Letras, y se vea obligado a permanecer en la capital durante varios años por motivos laborales, su obsesión continua sea la de poder retornar a su amada tierra:

¿Cómo explicar a mis amigos que yo llevaba en el fondo de mi ser la huella imborrable de la ciudad morisca, el opio enervante de la Alhambra, el sentimiento de humillación e indiferencia, incompatible con la vida activa e inquieta del periodismo?

[...] Y no descansaré hasta que vuelva al Carmen, y oiga la campana de la Vela, y huela los jazmines de las murallas... Allí está la calma, la dulce soñolencia, el placer de no hacer nada, la ilusión de lo imprevisto. ¡Y no dejar aquella felicidad por esta vida de angustia de pesadilla, de ambición...!<sup>c</sup>

<sup>c</sup> LÓPEZ, Nicolás María, *El veneno de la Alhambra*, Granada, Imp. Luis F. Piñar Rochar, 1971, p. 63.

Para Nicolás María López, inficionado del poderoso *veneno de la Alhambra*, parecieran escritas, pues, las invitatorias palabras de Rodolfo Gil:

Los que sentisteis en vuestro espíritu el beso divino del arte; los que os arrobasteis en la contemplación de la Naturaleza, más amada cuando más se entrega al hombre; los que agitados por el sacro numen de la poesía vais por el mundo cantando todo lo grande y noble en su aspecto más bello; los que en las glorias del pasado buscáis consuelo a las desdichas del presente y en el enigma de las ruinas y de las edificios vetustos queréis descifrar la profecía de los tiempos mejores: quedaos en Granada<sup>ch</sup>.

Y eso que, en realidad, Nicolás María López Fernández-Cabezas no había nacido en la misma Granada, sino en el muy cercano pueblo de Santa Fe, donde asentaron su campamento los Reyes Católicos para llevar a cabo su asedio final al reino nazarita de Boabdil. Allí, por otro lado, se firmaron las célebres Capitulaciones por las que la Corona accedía a financiar el viaje planteado por el almirante Cristóbal Colón, que desembocaría en el descubrimiento de América. En esa histórica localidad vendría al mundo el autor de *Tristeza andaluza* el 11 de octubre de 1863, como hijo primogénito de una familia acaudalada y de alto nivel cultural. Dos años después la familia se trasladaría a la capital, después de tomar posesión su padre de una plaza de notario.

La Granada con la que se encuentran Nicolás María López y su familia a su llegada es una capital sin duda hermosa y que goza de un importante patrimonio artístico, pero que, tal y como constata el erudito Pascual Madoz en el volumen con-



Patio del Carmen de los cipreses, residencia del autor

<sup>ch</sup> GIL, Rodolfo, *El País de los Sueños*, p. 11.

creto de su magna obra *Diccionario geográfico-Estadístico-Histórico de España* (1845-1850), se trata de una ciudad ciertamente venida a menos y sometida a un proceso de franco declive. Madoz señala la notable disminución poblacional que siguió a la guerra de los moriscos y a su posterior expulsión, así como, de manera más reciente, el efecto devastador que ocasionaron diversas epidemias. A todo ello hay que sumar “el levantamiento de la América española, que cerró sus mercados, en los cuales las manufacturas de seda granadina tenían mucho despacho, y la desmembración del territorio de la chancillería, constituida hoy en audiencia”<sup>d</sup>. La consecuencia de todo ello es que una ciudad que llegó a albergar en sus épocas de esplendor la cantidad de cuatrocientos mil habitantes, había pasado a mediados del siglo XIX a contar tan sólo con algo más de sesenta mil. Por lo tanto, el estudio navarro dictaminará como conclusión de su extenso análisis:

Granada por su posición deleitosa y amena, por las producciones de su partido y provincia, por la celebridad de sus monumentos y por el carácter perseverante y activo de sus moradores, es reputada como una de las poblaciones de primer orden en al Península. Sin embargo, es lastimoso confesar que esta hermosa ciudad se halla en una visible y rápida decadencia: su vecindario disminuye; muchos de sus arrabales están despoblados, y sus casas ruinosas presentan un aspecto triste y desconsolador. La

<sup>d</sup> MADOZ, Pascual, *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar: Granada*, estudio introductorio de Joaquín Bosque Maurel, edición facsímil, Valladolid, Ámbito / Editoriales Andaluzas Unidas, 1987, p. 171.

agricultura, que era el principal recurso de sus moradores, yace estacionaria por la imposibilidad de los transportes [...]. El comercio, meramente pasivo, no atrae capitales que puedan emprender activas negociaciones que dan impulso y vida a las operaciones de giro y sirven a veces para reanimar la industria<sup>e</sup>.

A pesar de ello, Madoz se encarga de resaltar una faceta en la que la ciudad parece haber destacado secularmente:

Granada ha merecido el título de una de las capitales de provincia más cultas y de más esmerada sociedad. Sus colegios, su universidad, sus corporaciones literarias, han formado hombres ilustres en todos los ramos del saber<sup>f</sup>.

Y en uno de esos hombres ilustres y cultos se habrá de convertir en breve Nicolás María López, en quien en fecha temprana se despertará la afición por las letras. Asiste con frecuencia a representaciones teatrales, lee infatigablemente libros, revistas e incluso los habituales folletines de la época, y, cuando cuenta tan sólo con dieciséis años de edad, proyecta fundar un periódico propio, así como escribir un libro sobre temas históricos granadinos. Pronto se hace socio del Ateneo Científico-Literario, y, como señala María Luz Escribano Pueo -autora de la única biografía extensa sobre el escritor-, en esta etapa inicial de su vida “manifestaba, en suma, las mismas aficiones, tristezas y costumbres que han persistido luego tantos años”<sup>g</sup>.

<sup>e</sup> *Ibidem*, p. 171.

<sup>f</sup> *Ibidem*, p. 134.

<sup>g</sup> ESCRIBANO PUEO, María Luz, *Nicolás María López “Antón del Sauce”. Vida y obra*, Granada, Universidad de Granada, 1996, p. 19.

Excursión a Sierra Nevada del grupo montañoso Diez Amigos Limited. Nicolás María López aparece el segundo por la derecha, apoyado en un bastón. En: *Álbum fotográfico de una excursión de miembros del Centro Artístico a Sierra Nevada*, ca. 1892. Archivo y Biblioteca de la Casa de los Tiros (Granada)



En el año 1881 inicia estudios universitarios de Filosofía y Letras y de Derecho, conjugándolos con el desarrollo de otras actividades de tipo cultural. Así, es nombrado secretario de la Sección de Literatura del mencionado Ateneo, y, por esas mismas fechas, constituye con sus amigos Gabriel Ruiz de Almodóvar, Matías Méndez Vellido y otros un “Gabinete Literario” que se reunirá de forma periódica para la exposición y discusión de temas de carácter literario o jurídico. Formará parte también, en la Facultad de Filosofía y letras, del grupo de alumnos predilectos del catedrático D. Antonio González Garbín, que practicaba un tipo de enseñanza de inspiración peripatética, esto es, transmitiendo su saber mediante largos paseos por la ciudad de Granada.

Al año siguiente, 1882, publica Nicolás María López el que será su primer trabajo de índole literaria. Se trata de un artículo de marcado carácter romántico titulado “¡Aún hay virtud!”, que apareció en la publicación granadina *La X*, revista que alcanzará una corta existencia.

Se inicia a partir de aquí la que será su larga y fecunda actividad como articulista, pues entra Nicolás María López a colaborar de manera asidua con el *Diario de Granada*, dirigido por Ricardo López Jofré. La temática de sus artículos abarcará desde la crítica social a la literaria, sin olvidar otros de tono melancólico, que muestran una clara inclinación poética. Esta colaboración se mantendrá luego desde Madrid, donde el autor ejercerá como corresponsal de ese mismo medio de prensa, así como del también granadino *Boletín del Centro Artístico*.

Al poco tiempo de licenciarse en Filosofía y Letras (pues en Derecho lo haría un año y medio después, en 1886), consigue, junto con sus amigos habituales, fundar una publicación periódica, de carácter tan efímero como solía ser usual en esta época de finales del XIX, denominada *Revista granadina*. Allí publicó un artículo de carácter poético con el título de “Después de marchitas”, que fue acogido con grandes elogios por los poetas cordobeses José Siles, y el ya mencionado Manuel Reina, y que inició, en cierto modo, la gran amistad que mantendría con éste último un tiempo después.

A finales de 1884, Nicolás María López se traslada –como ya se ha apuntado– a Madrid, con el objeto de efectuar el docto-



*Retrato de Ángel Ganivet.* José Ruiz de Almodóvar, 1898. Museo de Bellas Artes de Granada

rado en Filosofía y Letras, para, posteriormente, ir preparando los temarios de diversas oposiciones. Metódico y estudioso, organiza su vida de opositor soportando, con nostalgia de su ciudad, la insatisfacción que, sin poderlo evitar, la vida madrileña produce en su ánimo. Tras varios intentos, aprueba con el número uno la obtención de una plaza de escribiente de la clase quinta del Consejo de Estado. Este éxito, sin embargo, conllevará la desazón de ver prolongarse su indeseada estancia en Madrid. Aunque, reposado por fin de su etapa de incertidumbre laboral, ahora Nicolás María López disfruta de tertulias, obras de teatro y otras actividades culturales que le ofrece la vida de la capital, el futuro escritor se siente a pesar de todo empujado a buscar nuevas posibilidades que le permitan acercarse a Granada. De este modo, en 1889 se somete de nuevo a la realización de oposiciones, en este caso del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, junto con su entrañable amigo Ángel Ganivet., obteniendo respectivamente los números uno y cuatro. Destinado López a la Biblioteca Nacional, permuta su puesto poco después, pasando al Archivo de la Universidad de Granada, con lo que, si bien su carrera profesional queda probablemente limitada por unos horizontes más estrechos, sin embargo, logra culminar por fin su anhelo de volver a su querida ciudad. Como si en sus oídos resonaran íntimamente las futuras palabras de Rodolfo Gil: “quedaos en Granada”...

Tres años después de su regreso, a finales de 1892, se casa, muy enamorado, con una joven llamada Pepita Cardenete, la

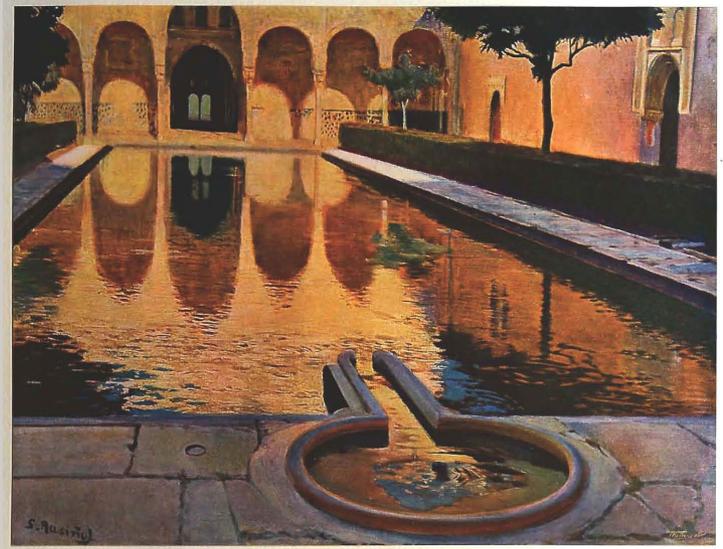
cual alienta su afición por la literatura. A pesar de ello, Nicolás María López, casi obsesionado por ascender de su posición de funcionario modesto, no deja de presentarse, con su ya conocida constancia, a sucesivas oposiciones. En el transcurso de este proceso, la dicha sentimental le durará poco, pues su mujer, enferma de tuberculosis desde antes de la boda, fallece en julio de 1897, dejando al escritor sumido en la desesperación y con dos hijos de corta edad. Será la misma vivencia que poco tiempo después sufrirán también escritores como Antonio Machado o Francisco Villaespesa, llevadas sus jóvenes esposas por el mal romántico por excelencia, popularizado e idealizado por la literatura y el arte: baste recordar la Margarita Gautier protagonista de *La Dama de las Camelias* (1848), de Alejandro Dumas, hijo, que inspiraría luego a Giuseppe Verdi su célebre ópera *La Traviata* (1853).

Resulta posible suponer que el recuerdo de los tristes momentos vividos ante la impotencia de la contemplación del sufrimiento de una amada abocada ya a un inevitable final inspirara al escritor el cuadro titulado “El alba”, incluido en *Tristeza andaluza*, donde podemos leer:

La enferma está en el lecho pálida como la cera; tiene el rostro consumido; un círculo morado rodea sus hermosos ojos negros, bajo las largas pestañas; su cuerpo es tan delgado que se oculta entre las ropas, y sus brazos y manos, amarillos y finas, se destacan sobre la roja colcha de la cama, como un esqueleto en un fondo de fuego...



El tono y espíritu de la pintura de Santiago Rusiñol está muy en consonancia con el de la prosa de *Tristeza andaluza*. Arriba, y a la derecha, dos obras de Rusiñol: Patio de la alberca y Arquitectura verde, pertenecientes a la serie Jardines de España.



El marido, con la cabeza baja, está aterrorizado; largos insomnios, inquietudes sobrehumanas, recuerdos pla-centeros, ansias crueles, el temor de lo desconocido, los sufrimientos mismos de la enferma, algo como el miedo de verse resbalar a un abismo señalan en él su huella do-lorosa.

El verano posterior a la pérdida de Pepita se va a refugiar apesadumbrado en las reuniones de la Cofradía del Avellano, reunión de amigos granadinos con inquietudes intelectuales, culturales y artísticas que se daba cita en torno a la fuente del mismo nombre, surtidor de renombradas aguas, situado al pie de la colina de la Alhambra. Sus componentes eran pe-riodistas, escritores y pintores, de todas las edades, desde el

veterano Antonio Joaquín Afán de Ribera (nacido en 1834) –patriarca del literario Carmen de las Tres Estrellas- hasta el jovencísimo Melchor Almagro San Martín (nacido en 1882), pasando por Matías Méndez Vellido, Gabriel y José Ruiz de Almodóvar, Rafael y José Gago Palomo, Francisco y Luis Seco de Lucena, Isidoro Marín, Rafael Latorre, Adolfo Lozano Sidro y, claro está, el propio Nicolás María. En este grupo experimentará Ganivet su teoría del crecimiento espiritual de las ciudades, tratando de alentar en sus contertulios la reactivación de sus voluntades aletargadas. Así, entre junio y agosto del año 1897 la Cofradía alcanza su máximo auge con la estancia vacacional en Granada del mismo Ganivet, que ejerce su magisterio y su positiva influencia sobre un grupo un tanto pasivo y abúlico sin el acicate de quien funciona, de alguna manera, como su *líder espiritual*. Como explicará Melchor Fernández Almagro en el Prólogo a las *Obras completas* de Ganivet editadas en 1943, la Cofradía del Avellano fue una “agrupación de amigos entre sí y de las letras, en quienes Ganivet, socráticamente, quería alumbrar fuerza del alma”<sup>h</sup>.

Precisamente debido a la iniciativa de Ganivet, surge un proyecto común que se plasmará en la publicación de un volumen, titulado *Libro de Granada* (1899), cuya factura formal responde a la modernidad de la estética finisecular. En el mismo participarán Nicolás María López, Gabriel Ruiz de Almodóvar y el propio Ganivet como escritores –que procurarán conjugar armónicamente poesía, narrativa y cuadro de costumbres-, y Adolfo Lozano Sidro, Rafael Latorre, Isidoro

**h** FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, “Prólogo”, en GANIVET, Ángel, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1943. Apud VIÑES MILLET, Cristina, *La Granada de Melchor Fernández Almagro*, Granada, Universidad de Granada, 1992, p. 282.



*Libro de Granada*. Granada: Imp. Lit. Vda. e Hijos de P. V. Sabatel, 1899. Cartel publicitario y cubierta. Biblioteca de Andalucía (Granada)

**i** LÓPEZ, Nicolás María, “Carta de un colegial”, en GANIVET, Ángel, RUIZ DE ALMODÓVAR, Gabriel, MÉNDEZ VELLIDO, Matías y LÓPEZ, Nicolás María, *Libro de Granada* 1899, ed. facsímil, Granada, Comares, 1987, pp. 136-137.

Marín y José Ruiz de Almodóvar como ilustradores. La obra se proyecta desde una concepción modernista del libro como objeto de arte, que reúne literatura, ilustración y artes gráficas en una primorosa y cuidada edición.

Pero a pesar del impulso incesante de su iniciador, y de la ilusión que todos pusieron en el trabajo, el lento proceso de esta primorosa edición hará que vea la luz tras el fallecimiento de Ganivet. Las colaboraciones de Nicolás María López en esta obra, tanto en prosa como en verso, se caracterizan por su romanticismo decadente, teñido en ocasiones de notas costumbristas, aunque incluso éstas, matizadas por el preciosismo de la prosa poética:

Anoche te hubiera gustado también ver la procesión en las Santas Cuevas. Al toque de oraciones se junta el Cabildo en la Iglesia, y con cirios en las manos, cantando la letanía, se dirigen a las tortuosas y estrechas galerías donde se guardan las cenizas de los mártires; la luz de los ciriales y el canto de los sochantres se quiebra, con fantásticos reflejos y extraños ecos, en aquellos laberínticos subterráneos, en cuyos rincones parpadean misteriosas luces, y se abren silenciosos altares... Al final, en las entrañas de la tierra, en pequeña capilla, todos se detienen, y, después de breves oraciones, se entona el himno *Ave maris stella*, con cuyos sublimes acentos, a paso acelerado, regresa la procesión, que pasa como sueño dantesco, bajando las cabezas, oprimida por la estrechura de las piedras, entre luces y sombras vacilantes...<sup>i</sup>

De estos últimos años de la década y últimos también del siglo XIX data su amistad con escritores e intelectuales como Natalio Rivas, Francisco Navarro Ledesma, Jacinto Benavente, Manuel Bueno, Miguel de Unamuno, Salvador González Anaya, Juan Ramón Jiménez o el ya mencionado Francisco Villaespesa, entre otros. Igualmente, conoce y traba relación en 1898 con el pintor y escritor modernista catalán Santiago Rusiñol, promotor del primer homenaje y reconocimiento a un pintor que yacía prácticamente en el olvido hasta entonces, como era el Greco. A través de este vínculo, el grupo de escritores y artistas granadinos establecerá una relación fraternal y fecunda con el grupo reunido en torno al Cau Ferrat, fundado muy pioneramente por Rusiñol en la localidad catalana de Sitges y que representa el intento por instaurar un arte nuevo, un arte *modernista*.

La actividad creadora de Nicolás María López avanza, por otro lado, a buen ritmo, y así, escribe el prólogo a las *Cartas finlandesas* de su querido amigo Ganivet, además de un prólogo conjunto con otros escritores para el libro *Entre Beiro y Dauro*, de Antonio Joaquín Afán de Ribera, como ya se ha mencionado, de la Cofradía del Avellano, y escritor prolífico, conocido como el “Patriarca de las Letras Granadinas”, en cuyo albayziniero Carmen de las Tres Estrellas asiste con frecuencia López a una fructífera tertulia literaria, que, convertida casi en institución granadina al extenderse su celebración durante casi treinta años, se vino reuniendo cada domingo

★ LIBRO ★ DE ★  
★ GRANADA ★  
★ 1899 ★



TEXTO  
DE  
Ángel Ganivet,  
Gabriel Ruiz de Almodóvar,  
Matías Méndez Vellido,  
Nicolás M.<sup>a</sup> López.

DIBUJOS  
DE  
Adolfo Lozano,  
Isidoro Marín,  
José Ruiz de Almodóvar,  
Rafael Latorre.

GRANADA.  
Imp. Lit. Vda. é Hijos de P. V. Sabatel.  
Mesones, núm. 52.  
1899.

*Libro de Granada.* Granada: Imp. Lit. Vda. e Hijos de P. V. Sabatel, 1899. Cartel publicitario y cubierta. Biblioteca de Andalucía (Granada)

desde los primeros días de al primavera hasta el comienzo de los primeros y ya inclementes días del invierno, en que quedaba suspendida. A dicha tertulia, de hecho, dedicará un detallado capítulo de su libro *El País de los Sueños. Páginas de Granada* el citado Rodolfo Gil:

Destinado al descanso fue por Dios el séptimo día de la semana, descansenos en *Las Tres Estrellas*. Allí no hay presidencias ni cargos que despierten rivalidades ni disgustos en el *genus irritabile*; allí se disfruta de la plácida tranquilidad el campo, de los suaves efluvios de las flores del jardín y de los goces puros de la imaginación; allí desaparece el rancio formalismo y la estirada coquetería de los actos académicos, para que la sinceridad y la cordialidad franca acojan a todos con afecto fraternal, uniéndolos con el cingulo de la sencillez y del amor a las letras y a Granada.

Cenáculo de cultura. Nido de amores misteriosos, resto de un antiguo palacio moruno que destruyó la codicia buscadora de los tesoros del rey vencido y fugitivo de Isbilía, Aben Abid: eso es este huerto famoso. En él escribió su novela Martín Gil aquel valiente y admirado poeta [...] que se llamó don Manuel Fernández y González, a cuya memoria ilustre la prensa y los literatos granadinos han rendido tributo recientemente, colocando con toda solemnidad en su honor una lápida sobre la puerta principal del carmen<sup>j</sup>.

<sup>j</sup> GIL, Rodolfo, *El País de los Sueños. Páginas de Granada*, pp. 156-157.

La Cofradía del Avellano

## Cartas de Angel Ganivet

Prólogo de Nicolás M.<sup>o</sup> López



GRANADA

*La cofradía del Avellano. Cartas a Ángel Ganivet. Granada: Tip. Luis F. Piñar Rocha, 1936*

Antes de finalizar el año 1898 Nicolás María López publica el que será su más apreciado libro: *Tristeza andaluza*, que será acogido en el ambiente intelectual granadino como un verdadero acontecimiento. El libro, sin fecha de impresión, llega a sus manos en el día de Nochebuena de 1898, pero no estará distribuido en librerías hasta los primeros días de enero del año siguiente. En él se recogen cuarenta y una estampas o cuadros breves de inspiración claramente modernista, que constituyen meditaciones en prosa poética sobre el ambiente granadino, escritos en un tono entre melancólico y triste. A ellos se suma un prólogo y una nota aclaratoria, en la que el autor pretende disculpar lo que, dice, no son más que “notas, preludios, sinfonías de las primeras emociones desordenadas que llevan con atolondramiento juvenil, al seno de la pasión, donde las almas se moldean”.

La publicación vino acompañada de un precioso cartel anunciador, dibujado por Isidoro Marín. Con este libro, el autor alcanza su más alta valoración literaria y recibe la atención crítica de escritores como el ya mencionado Rodolfo Gil, R. Varona (en *La Revista Moderna*, Madrid, 31 de marzo de 1899), Juan Pérez Jorba (en la revista granadina *La Alhambra*, pocos meses después de publicarse el libro, el 15 de mayo de 1899), el catalán Joan Maragall, su compañero granadino Méndez Vellido, e incluso las secciones bibliográficas (anónimas) de publicaciones periódicas como *La Unión Democrática*, así como el semanario satírico *Gedeón* (Madrid) le

dedicaron su atención, el primero en el número correspondiente al 25 de marzo de 1899, y el segundo, en el del 5 de abril de 1899. Por otro lado, la obra llegó a trascender las fronteras nacionales, puesto que un hispanista francés como Ephrem Vicent le dedicó un elogioso artículo en el *Mercure de France*, en el que, además de poner en relación la literatura con las artes plásticas, en una simbiosis tan característica de la consideración modernista, Vicent afirma que “Después de largo tiempo, yo no había leído un libro más fresco, más interesante en la forma y en los detalles. *Tristeza andaluza* son novelas muy cortas comparables a una acuarela, de un maestro acuarelista, pero de un maestro acuarelista de una escuela todavía ignorada o perdida. Suponiendo que sea de una nueva escuela se podría ilustrar con las obras maestras de Santiago Rusiñol”<sup>k</sup>.

El título que Nicolás María López elige para su obra resulta altamente significativo, y se puede poner en relación con una corriente minoritaria, que, vinculada con la renovación literaria del modernismo, intenta huir del tópico manido de la Andalucía perennemente ruidosa y festiva, reivindicando un más profundo y auténtico *volkgeist* andaluz vinculado con la tragedia y el dolor. En esa línea, conviene recordar una obra como el poemario *Alma andaluza* (1900)<sup>l</sup>, del poeta malagueño José Sánchez Rodríguez, para la que un jovencísimo Juan Ramón Jiménez compondrá su poema “Epilodal”, incluido también en su luego rechazado *Ninfeas* (1900)<sup>ll</sup>.

**k** Apud LÓPEZ DÍAZ DE LA GUARDIA, Nicolás María, “Epilogo”, en LÓPEZ, Nicolás María, *Tristeza andaluza*, ed. facsímil, Granada, Comares, 1988, p. XXX.

**l** SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, José, *Alma andaluza*, prólogo de Francisco Villaespesa, Madrid, Lib. de Fernando Fe, 1900. Existe una edición actual de dicha obra, con los siguientes datos: SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, José, *Alma andaluza (Poesías completas)*, estudio preliminar por Richard A. Cardwell, ed., introducción biografía y bibliografía por Antonio Sánchez Trigueros, Granada, Universidad de Granada, 1996.

**ll** JIMÉNEZ, Juan R., *Ninfeas*, “Atrio” de Rubén Darío, Colección Lux, Madrid, Tip. Moderna, 1900.

Juan Ramón manifiesta su rechazo ante las visiones que él considera falsas y superficiales de una Andalucía regocijada y alegre, propugnando en carta de octubre de 1900 al mismo Sánchez Rodríguez la necesidad de profundizar en una tendencia más intimista que ponga de relieve la verdadera naturaleza trágica que alienta en Andalucía<sup>m</sup>:

El poeta andaluz eres tú y sólo tú; tú no te has dejado cegar por colorines y músicas celestiales; tú has ido por dentro y has arrancado al alma de Andalucía toda la dulce nostalgia, toda la melancolía de su luz, “*la melancolía de su alegría*”; tu lira es un harpa de rosas cuajada de lágrimas, sobre un corazón de virgen andaluza; tú llevas en la frente toda la pena, toda la infinita nostalgia, todo el oro de nuestra raza egregia, desterrada del cielo<sup>n</sup>.

<sup>m</sup> Enrique Baltanás constata y explica la coexistencia de ambos tópicos contrapuestos en el capítulo “La Andalucía honda y la Andalucía superficial: Tristes y alegres” de su libro *La materia de Andalucía. El ciclo andaluz en las letras de los siglos XIX y XX*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2003, pp. 209-213. Cf. así mismo MARTÍN INFANTE, Antonio, “Génesis de un tópico del modernismo español: “la tristeza andaluza”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 55, n° 2, 2007, pp. 459-470.

<sup>n</sup> SÁNCHEZ TRIGUEROS, Antonio, *Cartas de Juan Ramón Jiménez al poeta malagueño José Sánchez Rodríguez. Relaciones literarias entre dos jóvenes poetas*, Granada, Don Quijote, 1984, p. 53.

<sup>ñ</sup> Precisamente Villaspesa publicará, unos años más tarde, un poemario titulado *Tristitia rerum* (1906), es decir, “la tristeza de las cosas”.

En la misma línea, que defiende la interiorización de una visión más compleja de Andalucía, frente a una visión simplificada, externa y colorista basada en tópicos manidos, se muestra también el almeriense Francisco Villaspesa<sup>ñ</sup>, quien escribe el prólogo de *Alma andaluza* en los siguientes términos, coincidentes en todo con el planteamiento de Juan Ramón:

Tu libro es un triunfo. Viene a destruir una leyenda fabulosa: la leyenda andaluza de los viajeros y novelistas franceses, de los cromos alemanes y las panderetas inglesas...

No; Andalucía no es el vergel floreciente de la alegría... Es el jardín encantado de las tristezas atávicas<sup>o</sup>.

Y consecuentemente, en el ya mencionado poema “Epilodal”, Juan Ramón, incide en esta visión más intimista y subjetiva de Andalucía, que parece mostrar connaturalmente un sentimiento doliente y amargo:

...Aún flota en la azul brisa la doliente poesía  
que lleva en sus arpegios Alma de Andalucía,

cual un perfume triste de rosas dolorosas,  
encarnado en un cáliz de febricantes rosas...

Aún palpita en el pecho el eco lastimero  
de una guitarra lánguida... el sollozo postrero

de una copla de amores..., de una copla de pena,  
ahogada en una lágrima, igual que una azucena

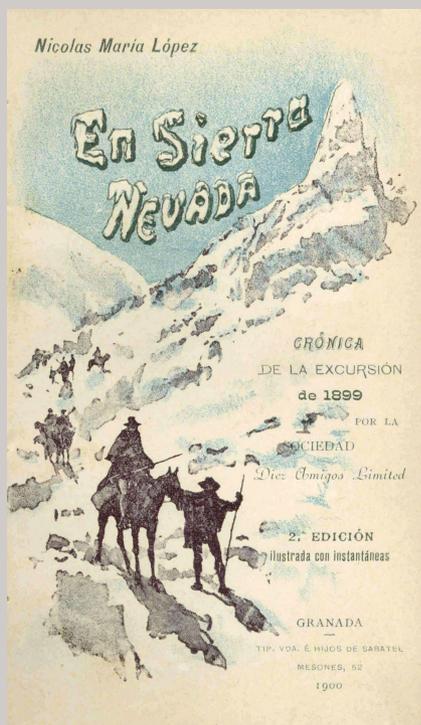
rebotante de Sangre..., igual que un albo lirio  
nadando en el espejo de un lago de Martirio... [...]

Atrás queda llorando la triste Andalucía,  
cual Visión sollozante de angustiada Harmonía...<sup>p</sup>

De esa “triste Andalucía” que llora, mediante cuya evocación se persigue una intensificación del sentimiento y la autenticidad, guiándonos por las fechas, había sido pionero Nicolás María López con sus escenas impresionistas incluidas en *Tristeza andaluza*, a finales del año 1898.

<sup>o</sup> VILLAESPESA, Francisco, “Carta-prólogo”, en SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, José, *Alma andaluza (Poesías completas)*, p. 95.

<sup>p</sup> JIMÉNEZ, Juan Ramón, “Epilodal”, *Ninfeas* (1900), *Primeros libros de poesía de Juan Ramón Jiménez*, recopilación y prólogo de Francisco Garfias, Madrid, Aguilar, 1959, pp. 1501-1502.



*En Sierra Nevada*. Granada: Tip. Vda. E Hijos de Sabatel, 1900. Biblioteca de Andalucía (Granada)

**q** ESCRIBANO PUEO, María Luz, *Nicolás María López “Antón del Sauce”. Vida y obra*, p. 50.

**r** LÓPEZ, Nicolás María, *En Sierra Nevada* (1900), ed. facsímil, Granada, Caja General de Ahorros de Granada, 1992, p. 146.

En el año final de la década, el escritor publicará *En Sierra Nevada* (1900), “que es la narración, a modo de crónica, de la excursión que un grupo de amigos *Diez Amigos Limited*, realiza a la Sierra. Se trata de un volumen extremadamente interesante, lleno de curiosas experiencias y peripecias, narrado en un tono de fina ironía y con la minuciosidad de un fino observador enamorado de la montaña, telón de fondo del paisaje granadino”<sup>q</sup>. Junto a las profusas descripciones de la naturaleza y la evocación higienista de la vida al aire libre —en boga por esos años—, no puede sustraerse su autor al influjo de lo literario, presente incluso en las altas cumbres de la Sierra. Así, recuerda la lectura de un autor prototípico del decadentismo:

Alguien llevó allí una novela francesa de un célebre autor modernista. La neurosis literaria vibraba en las páginas de aquella obra: una vida artificiosa, exaltada, con ideas y sensaciones profundas, pero inquietas, mortificantes y tristes, como todo lo anormal y extremado. Aquel arte refinado y doloroso era la antítesis humana de la naturaleza, saludable, espontánea, salvaje y luminosa que nos rodeaba<sup>r</sup>.

Mientras prosigue su carrera literaria, Nicolás María López no cesa en su empeño de mejorar su posición profesional, presentándose con obstinación a numerosas oposiciones; y así finalmente, en mayo de 1903, consiguió ser nombrado notario de Granada, tras aprobar las pertinentes pruebas.

Pocos meses después, contraerá matrimonio en segundas nupcias, con lo que su vida se verá doblemente encauzada con una nueva seguridad profesional y sentimental. Su esposa, Pilar Díaz de la Guardia, proporcionará al escritor la estabilidad emocional y la tranquilidad doméstica de la que carecía desde que quedó viudo, y le proporcionará, además, una numerosísima familia, sumando once hijos a los dos que ya tenía de su primer matrimonio.

A finales de 1915, el escritor adquiere un precioso carmen en el barrio del Albayzín, con objeto de alojar cómodamente a su creciente familia. La vivienda será bautizada como “Carmen de los Cipreses” y allí transcurrirá plácidamente su vida hasta sus últimos días, preocupado casi únicamente de las sucesivas obras de acondicionamiento de la casa. En esta etapa, Nicolás María López es ya un autor consagrado cuyo nombre resuena en los oídos de los jóvenes que empiezan, pero cuya literatura pertenece a un momento pasado. Así lo recuerdan, por ejemplo, escritores noveles como José Mora Guarnido y Constantino Ruiz Carnero en su obra *El Libro de Granada. Los hombres* (1915):

Cuando nosotros, recién salidos de la escuela comenzábamos a leer periódicos, veíamos alguna que otra vez la firma de D. Nicolás María López al pie de unas prosas muy sentimentales, muy pulcras, muy granadinas. A nosotros placíamos leer esas prosas, aunque no decían nada, porque producían una leve emoción espiritual. Hablaban del

cielo, de la luz, del paisaje, de los jardines. Era a veces ingenuas y lindas historias de amores románticos<sup>s</sup>.

Precisamente hasta ese año de 1915, fecha de la publicación de Mora Guarnido y Ruiz Carnero, no se había atrevido Nicolás María López a hablar en público sobre su amigo Ángel Ganivet, fallecido hacía ya diecisiete años, y sobre cuya muerte había guardado un respetuoso silencio. Sin embargo, ahora, en una velada celebrada el 24 de enero en el Centro Artístico granadino, el escritor leerá un trabajo sobre sus recuerdos comunes titulado “Ganivet íntimo”. Para entonces, ha perdido también ya a su buen amigo de la infancia Gabriel Ruiz de Almodóvar, y en 1923 fallecerá el otro de sus compañeros de la Cofradía del Avellano colaboradores en el *Libro de Granada 1899*, Matías Méndez Vellido. Sólo él queda vivo de ese grupo de cuatro escritores, y mantiene su quehacer literario a pesar de achaques y enfermedades. Con motivo del traslado a Granada en marzo de 1925 de los restos mortales de Ganivet, se publicará en el diario *ABC* un artículo en el cual se le denomina “íntimo y último superviviente de la famosa Cofradía del Avellano”<sup>t</sup>.

**s** RUIZ CARNERO, Constantino y MORA GUARNIDO, José, *El Libro de Granada. Los hombres*, Granada, Imp. Ventura Traveset, 1915, p. 45.

**t** *Apud* ESCRIBANO PUEO, María Luz, Nicolás María López “Antón del Sauce”. *Vida y obra*, p. 64.

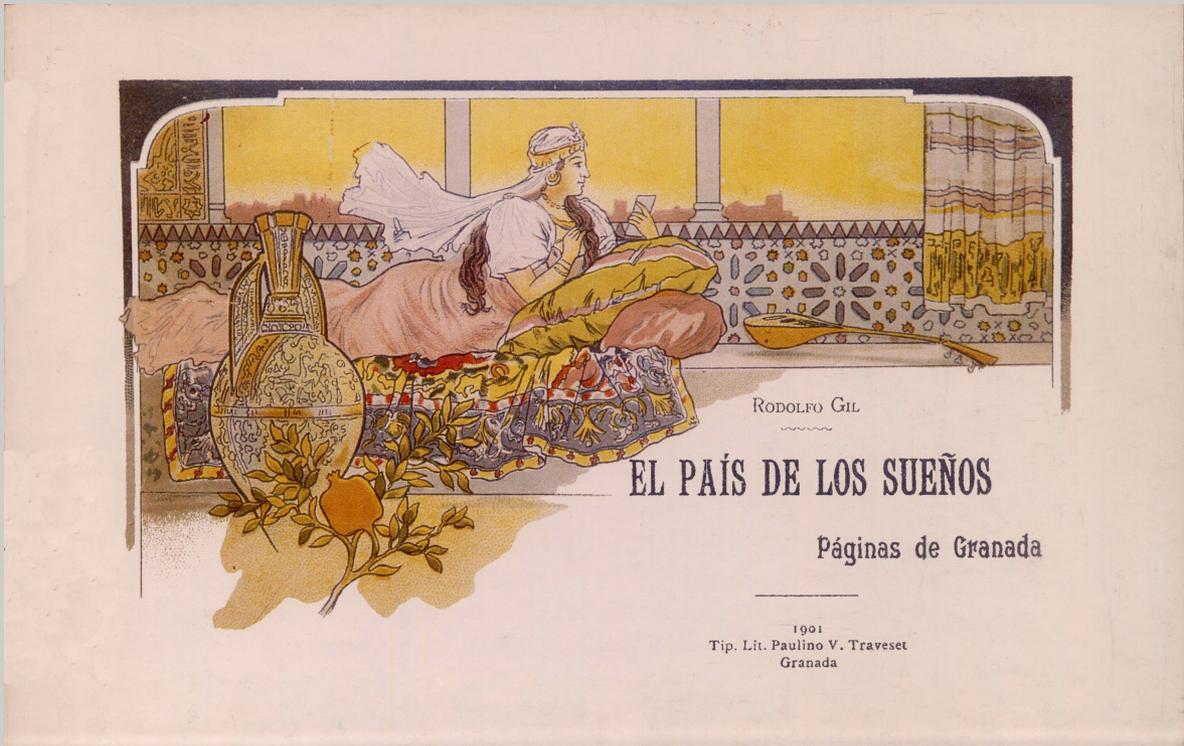
**u** No se puede olvidar que ya Ángel Ganivet, en su novela *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898), escribió que Antón del Sauce era la “cabeza visible del impresionismo granadino, y, como quien dice, la mayor autoridad literaria de Granada, pues en esta ilustre ciudad sólo se vive de impresiones” (GANIVET, Ángel, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, Madrid, Cátedra, 1983, p. 276).

Ese mismo año, el escritor realiza el que será su último viaje, que tendrá como destino Roma, ciudad que visita acompañado de su hija María. Las impresiones de estos días, así como las de otros muchos viajes realizados a lo largo de su vida se plasmarán con carácter impresionista<sup>u</sup> en su libro *Viajes románticos de Antón del Sauce* (Granada, 1932), en cuyo título utiliza el seudónimo literario que había usado entre los

componentes de la Cofradía del Avellano y con el que Ángel Ganivet se había referido a él en sus obras.

Durante esta última década de su vida, la presencia de Nicolás María López en la prensa de la capital granadina será continua, además de participar en su vida cultural a través, por ejemplo, del Centro Artístico, así como de diversas tertulias literarias. Colabora también en el periódico *Renovación*, que, impulsado por Antonio Gallego Burín, trataba de propiciar un resurgimiento de los valores regionales autóctonos, conjugados con la apertura hacia otras realidades regionales de España.

En enero de 1936 publicará su epistolario con Ganivet, bajo el título de *La Cofradía del Avellano. Cartas íntimas de Ángel Ganivet*. Y once meses después fallecerá, nunca repuesto del brutal impacto que supuso para él el inicio de la Guerra Civil. El fin de su vida estará, pues, marcado, por el signo de la tragedia, de la sinrazón de una guerra en la que pierde brutalmente asesinados a sus amigos más jóvenes, como Federico García Lorca y Constantino Ruiz Carnero. En los tumultos que tienen lugar en el Albayzín durante la contienda armada, el escritor llega incluso a sufrir un asalto en su domicilio del Carmen de los Cipreses, pocos días después de declararse el alzamiento militar. Trastornado y deprimido, sin capacidad para reaccionar ante una situación que se ve incapaz de asimilar y con una edad avanzada (pues cuenta más de setenta años), Nicolás María López languidece hasta su fallecimiento, acaecido el día 9 de diciembre de ese año 1936.



El país de los sueños. Rodolfo Gil. Granada:  
Tip. Lit. Paulino V. Sabatel, 1901

De su defunción se hace eco la prensa local, que publica numerosas necrológicas, entre las que destaca la sentida semblanza firmada por el ya mencionado Antonio Gallego Burín:

Recordadlo. Fino, recto, delgado, con su paso menudo, como si al andar quisiera ir triturando el Tiempo, su gran enemigo. Contra el tiempo, todo. El Tiempo no podía con él. Sólo la muerte, la gran cortadora de todos los hilos, le ha podido rendir, quebrar su resistencia y obligarle a mo-

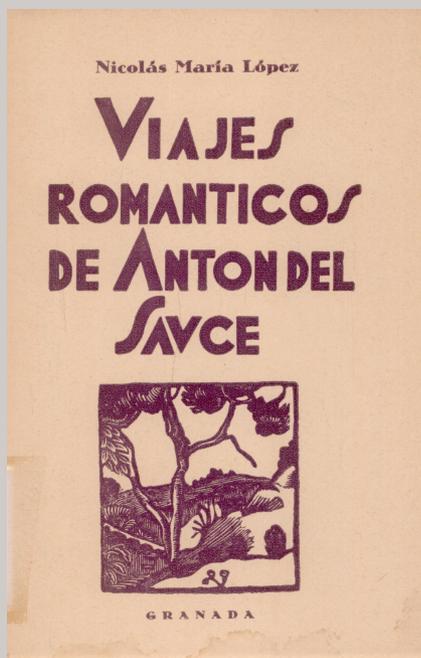
rir. Así se deslizaba él sobre la Vida como en un sueño, y perdida en el aire su mirada vaga e imprecisa, sombreada por una luz interior que iluminaba su rostro fino, atildado, de perfil agudo, rostro de viejo caballero, que sin anacronismo, podía emerger de la gorguera del hidalgo o de la chorrera de encaje del romántico. Palabra lenta, como su vida; ademán suave, como su actitud ante ella. Ni precipitaciones ni arrebatos. Siempre ese deslizarse, en una continua contemplación, como buscando en los aires la idea que deseaba recoger...<sup>v</sup>

A su muerte, dejará inédito un libro, *El veneno de la Alhambra (Elegías de Antón del Sauce)*, que tardaría aún muchos años en ver la luz, puesto que no se publicó hasta 1971. Según su hijo, Nicolás María López de la Guardia, se trata de una colección de “cuadros breves de sencillísima textura, pero con delicado equilibrio de anécdota y poesía, no muy distantes en sentido e intención de las elegías de otro amigo, el andaluz universal que nació en Moguer”<sup>w</sup>.

También inédita, situación en la que permanece hasta la fecha, quedó su obra autobiográfica *Apuntes de mi vida*, en la que repasa lo que ha sido su trayectoria, poniendo especial énfasis en los recuerdos de su infancia y juventud. El manuscrito se conserva sin fechar, por lo que se desconoce el momento exacto de su redacción.

<sup>v</sup> GALLEGO BURÍN, Antonio, “Nicolás María López”, *Ideal* (Granada), II de diciembre de 1936.

<sup>w</sup> LÓPEZ DÍAZ DE LA GUARDIA, Nicolás María, “Epílogo”, p. XX.



*Viajes románticos de Antón del Sauce*. Granada: Tip. Luis F. Piñar Rocha, 1932

## BIBLIOGRAFÍA

### Obras de Nicolás María López

GANIVET, Ángel, RUIZ DE ALMODÓVAR, Gabriel, MÉNDEZ VELLIDO, Matías y LÓPEZ, Nicolás María, *Libro de Granada 1899*, Granada, Tip. Lit. Vda.e Hijos de P. V. Sabatel, 1899.

*Tristeza andaluza*, Granada, Tip. Lit. Vda.e Hijos de P. V. Sabatel, 1898.

*En Sierra Nevada*, Granada, Tip. Lit. Vda.e Hijos de P. V. Sabatel, 1900.

*Viajes románticos de Antón del Sauce*, Granada, Imp. de Luis F. Piñar Rocha, 1932.

*La Cofradía del Avellano. Cartas íntimas de Ángel Ganivet*, Granada, Imp. de Luis F. Piñar Rocha, 1936.

*El veneno de la Alhambra (Elegías de Antón del Sauce)*, Granada, Imp. de Luis F. Piñar Rocha, 1971

*Apuntes de mi vida*, inédito, s.f.

### Ediciones actuales de sus obras

GANIVET, Ángel, RUIZ DE ALMODÓVAR, Gabriel, MÉNDEZ VELLIDO, Matías y LÓPEZ, Nicolás María, *Libro de Granada 1899*, ed. facsímil, Granada, Comares, 1987.

*En Sierra Nevada* (1900), ed. facsímil, Granada, Caja General de Ahorros de Granada, 1992.

*Sierra Nevada, la Alpujarra y la Alfaguara*, ed. de M<sup>a</sup> Luz Escribano Pueo, Granada, Fundación Caja de Granada, 1998.

*Tristeza andaluza*, epílogo de Nicolás María López Díaz de la Guardia, ed. facsímil, Granada, Comares, 1988

*Tristeza andaluza*, ed. de Miguel Ángel García, Colección Biblioteca de Granada, Granada, Universidad de Granada, 2012.

## Estudios

CORREA RAMÓN, Amelina, “Nicolás María López”, *Narrativa granadina 1898-1998. I: Narrativa y literatura personal*, Granada, Diputación de Granada, 1999, pp. 43-51.

CORREA RAMÓN, Amelina, “López Fernández-Cabezas, Nicolás María”, *Poetas andaluces en la órbita del modernismo. Diccionario*, Sevilla, Alfar, 2001, 160-167 y *Poetas andaluces en la órbita del modernismo. Antología*, Sevilla, Alfar, 2004, pp. 143-144.

ESCRIBANO PUEO, María Luz, *Nicolás María López “Antón del Sauce”. Vida y obra*, Granada, Universidad de Granada, 1996.

LÓPEZ DÍAZ DE LA GUARDIA, Nicolás María, “Un antecedente de la primera época de Juan Ramón Jiménez”, en VV. AA., *Criatura afortunada. Estudios sobre la obra de Juan Ramón Jiménez*, Granada, Universidad de Granada, 1981, pp. 88-110.

“”, “Epílogo”, en LÓPEZ, Nicolás María, *Tristeza andaluza*, ed. facsímil, Granada, Comares, 1988, pp. I-XXXIV.

RUIZ DE ALMODÓVAR SEL, Miguel, *El 98 granadino*, Granada, 1994.



Galería de lecturas pendientes



BibliotecaVirtualAndalucía

2014

“ Y uniendo a aquellas reminiscencias de nuestro pasado morisco las impresiones de la propia vida, se me ofreció, lo mejor de ella, compendiado en las horas pasadas bajo los arcos de la Alhambra, en los torreones rojizos y los umbríos bosques, sin pensar en nada, sin envidiar nada, gozando con los perfumes de los arrayanes, y con el agua cristalina que bajaba saltando... O sintiendo otras veces la emoción religiosa en la dulce penumbra de las iglesias mudéjares, bajo el hermoso artesanado; la impresión solemne de la muerte junto a los blancos sepulcros de la capilla Real; y el hálito luminoso de la fe, bajo las grandiosas bóvedas de la Catedral... Y recordando esta paz de la infancia, el cariño de los parientes muertos, el sabor poético de nuestras casas, de nuestra ciudad, de nuestras costumbres, sentí que se humedecían mis ojos, y que un dulce refrigerio, una deliciosa tristeza llenábame el corazón... ”



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN,  
CULTURA Y DEPORTE

